



Caer en la cuenta....

Caer en la cuenta no cuestiona la fe, escribe desde ella. Cuestiona las imágenes falsas de Dios y una teología caducada.

Emilio Lospitao

Caer en la cuenta...

Créditos

Autor: Emilio Lospitao

Edita: Revista Renovación

Publicado en las revistas:

Restauromanía y *Renovación* respectivamente
entre noviembre de 2010 y enero de 2014.

Esta edición: Otoño 2021

Caer en la cuenta...

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	5
#1/ LA IGLESIA DE LOS CÉLIBES	13
#2/ ¿CÓMO LLEGAMOS A CREER LO QUE CREEMOS?.....	19
#3/ LA REFORMA COMO ANTEOJERA TEOLÓGICA.....	20
#4/ LA PARADOJA DE LOS PARIENTES DE DIOS.....	21
#5/ ¿CADENA DE ORACIÓN? ¡NO, GRACIAS!.....	22
#6/ ¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE NUEVO PARADIGMA?...	24
#7/ NO OBSTANTE, LA TIERRA NI ESTÁ QUIETA NI ES PLANA.....	27
#8/ TEOLOGIZACIONES, VELO, ESCLAVITUD Y TUTELA DE LA MUJER.....	29
#9/ ¿A QUÉ LLAMAMOS DIOS?.....	36
#10/ IMÁGENES MÍTICAS DE DIOS.....	40
#11/ EL CIELO DE LA BIBLIA.....	43
#12/ DE ATEÍSMO Y TEÍSMOS.....	47
#13/ LA INERRANCIA BÍBLICA.....	53
#14/ EMPIRISMO Y CREENCIAS.....	59
#15/ BIBLIA Y REVELACIÓN.....	64
#16/ HABLAMOS DONDE LA BIBLIA HABLA....	66



PRÓLOGO

Caer en la cuenta no cuestiona la fe, escribe desde ella. Cuestiona las imágenes falsas de Dios y una teología caducada.

Advertencia al lector

El lector no va a encontrar en el presente trabajo relatos devocionales, si por tales relatos entendemos la literatura de auto ayuda, espiritualista y de inspiración religiosa. No es el propósito de esta obra. Esto no significa que sus contenidos estén al margen de la espiritualidad, entendiendo esta como el deseo de saber más y conocer mejor la realidad que compete a la fe y a la razón, que no se excluyen, más bien se exigen para la legitimidad de ambas. La "verdad", lo que quiera que entendamos por ello, no llega del cielo, como la lluvia, sino que la alcanzamos mediante el esfuerzo que supone el estudio diligente: pensar, analizar, usar la inteligencia y la razón, que es lo que nos hace libres (Jn. 8:32). Aun cuando no subvaloramos la aportación positiva que tiene el devocional, cualquiera que sea el medio, no obstante, somos de la convicción de que administrar solo ese "alimento" fomenta el infantilismo teológico y la inmadurez intelectual, dejando a las personas a expensas de lo emotivo, que es adonde se dirige lo devocional. La experiencia enseña que, a la larga, esto origina dependencia y resulta, por lo tanto, tóxico. Por desgracia, en las iglesias en general, y por el abuso de lo devocional, no se suele cultivar ni incentivar el pensamiento crítico, ni siquiera en los llamados "estudios bíblicos", que resultan otros devocionales más. Se cree –y se dice– que con ello se "edifica" a la grey, cuando consciente o inconscientemente se la está alienando por la falta de ese pensamiento crítico.

Este trabajo pretende hacer justamente todo lo contrario: enfrentar al lector con la realidad –

cualquiera que esta sea–, obligarle a pensar y a usar, en primer lugar, los recursos cognitivos y espirituales que radican en sí mismo; y, en segundo lugar, buscar los recursos intelectuales donde estos se encuentren, normalmente en los libros especializados para ampliar su horizonte bíblico y teológico. Porque, como ya se ha dicho, la verdad –lo quiera que esto sea– no cae del cielo como la lluvia, sino que procede de la búsqueda y del estudio diligente. De tal búsqueda y, sobre todo, del hallazgo, surge la formación teológica y el fortalecimiento espiritual.

Sobre el título

El título de este escrito, "caer en la cuenta", es prestado. Caer en la cuenta es una frase muy repetida por teólogos tales como el católico Andrés Torres Queiruga, al que citaré muchas veces. La frase en cuestión significa que en un momento dado descubrimos como novedad algo que ya estaba ahí, pero que no lo habíamos percibido por pereza intelectual, por una información insuficiente, porque nuestra atención estaba enfocada en otra parte de la realidad, o por cualquier otro motivo. Caer en la cuenta, por su propia naturaleza cognitiva y psicológica, es una experiencia vital, decisiva, es un mirar lo mismo con otros ojos, es una perspectiva nueva e inusitada hasta ese momento, es un descubrimiento... Según el autor del libro de Hechos de los Apóstoles, ese "caer en la cuenta" fue la experiencia que sufrió el apóstol Pedro en aquella visión durante su estancia en Jope (Hechos 10). No importa si el relato es histórico o no tal como el autor lo cuenta. Sí importa, y mucho, a tenor de la explicación que el autor de Hechos pone en labios de Pedro, que hasta ese momento el

llamado "príncipe de los apóstoles" no había entendido que debía echar a un lado los prejuicios étnicos y las perezas dietéticas del Levítico para acercarse a un gentil y anunciarle las buenas nuevas de Jesús el Cristo: "Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero a mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo" (Hechos 10:28). Tuvo que "caer en la cuenta" porque hasta ese momento no se había acercado a un no judío por dichos prejuicios. ¿Qué había entendido –o mejor: qué no había entendido– de aquella supuesta comisión de Jesús? De este relato cabe preguntarse si de verdad Jesús comisionó alguna vez a "ir por todo el mundo a predicar el evangelio", sobre todo porque Jesús mismo solo en contadas ocasiones salió de Israel y no precisamente con el propósito de predicar "el reino de Dios" a los gentiles; antes bien, advirtió a los doce que "por camino de gentiles y de samaritanos no fueran" (Mateo 10:5). Como en otras tantas deducciones, el cristianismo primitivo fue "cayendo en la cuenta" que su experiencia del Resucitado no podía quedarse encerrada en el tiempo y en el espacio. Fue por causa de la primera persecución desatada a raíz del discurso de Esteban, que unos cristianos helenistas anunciaron las buenas nuevas de Jesús a los gentiles (Hechos 8:4; 11:19-20). Es decir, no fueron ninguno de los apóstoles, sino unos judeocristianos helenistas que pasando por Samaria en su huída anunciaron el evangelio llegando hasta Antioquía y Damasco (cf. Hechos 9:1-2; 11:19).

El autor de Hechos parece que tiene intención de poner en evidencia este "caer en la cuenta" de la primera comunidad cristiana respecto a la naturaleza, el alcance y las consecuencias de "la gran comisión". Los líderes judeocristianos radicados en Jerusalén, cuando oyeron de Pedro mismo la explicación de cómo y por qué había entrado en casa de gentiles y había

compartido mesa con ellos, exclamaron: "¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!" (Hechos 11:18). ¿Qué concepto tenían estos líderes judeocristianos de la llamada "gran comisión"? Este registro en el libro de Hechos nos indica que el conocimiento referente a la "misión" y su alcance fue un proceso de maduración teológica a través de un estar cayendo en la cuenta. La "revelación" misma, entonces, no debe de ser otra cosa que ese estar cayendo en la cuenta más que una comunicación dialógica entre Dios y el ser humano (Queiruga). La cuestión, entonces, es: ¿qué estará intentando decirnos el Espíritu Santo hoy ante tantos cambios en el mundo a nivel científico, político, social, cultural, familiar, económico...? Porque es a través de este "caer en la cuenta" como parece que nos habla Dios.

Sobre el eslogan

"...no cuestiona la fe, escribe desde ella. Cuestiona las imágenes falsas de Dios y de una teología caducada".

Los artículos que forman este trabajo en ninguna manera ponen en duda la fe, aunque una lectura simplista a algún lector así le pueda parecer; antes bien, están escritos precisamente desde ella. Por una sencilla razón: poner en duda la fe es dudar del Misterio que supone la existencia del Universo y la vida que emana y se manifiesta en él. Negar este Misterio es negar nuestra propia realidad, nuestro ser y nuestra espiritualidad (que es distinto a "religiosidad"). "La espiritualidad se muestra más bien –incluso neurobiológicamente– como una capacidad concreta de todo ser humano, que si no es llevada a realización, redundará inevitablemente en un ser humano incompleto, atrofiado o amputado en esta su dimensión espiritual" (José María Vigil - Otra espiritualidad es posible). No obstante, aun

cuando poner nombre a ese Misterio lo limita, ha sido muy común en la historia, ya desde las mitologías, llamarlo Dios (o dioses). Además, la mayoría de las religiones –especialmente las monoteístas–, no han podido evitar la esquizofrenia que supone crear imágenes de Dios, aberrantes y arbitrarias unas veces, y piadosas y sublimes otras, como encontramos en la misma Biblia. Por otro lado, sobre todo las religiones fundamentadas en textos sagrados –y por lo tanto también la cristiana–, han dependido de dichas imágenes para estructurar sus “teologías” (cosmovisiones teológicas) desde las cuales entramaron sus creencias y expresiones ritualistas que le ofrecen su sentido de ser y de actuar. El arraigo a dichos textos sagrados, escritos en épocas precientíficas, ha petrificado imágenes falsas de Dios. De esas falsas imágenes y de algunas teologías caducadas damos cuenta de soslayo en los artículos que siguen.

La hermenéutica como tema transversal recurrente.

No obstante la heterogeneidad de los tópicos presentes en este trabajo, la hermenéutica es un tema transversal recurrente y reiterativo. Diríamos que es su razón de ser. Existe, por lo tanto, una acentuada crítica al “biblicismo” que, creemos, es la raíz de muchas ideas erróneas que se tiene de la Biblia misma y de Dios. Es ese “biblicismo” el que arroja una ingente de falsas imágenes de Dios, imposibles de aceptar en el nuevo paradigma teológico que se atisba. Por ello, creemos que desvelar y denunciar esas falsas imágenes de Dios es una obligación para una exégesis crítica. José María Vigil, teólogo católico, titula uno de sus artículos: “Errores sobre el mundo que redundan en errores sobre Dios”.^[1] Esos errores sobre Dios se derivan, por un lado, de la cosmogonía y la cosmología bíblicas, que son precientíficas, y de la interpretación literalista que hace el fundamentalismo por otro.

Prácticamente hasta el siglo XVIII la lectura y la interpretación de la Biblia se hacía de manera literal (a veces alegórica). Es decir, hasta esa fecha más o menos todos los exégetas eran “fundamentalistas”, aunque este término en este caso lo utilizamos anacrónicamente (no aparece hasta finales del siglo XIX). Pero a partir de los movimientos culturales del Renacimiento y luego de la Ilustración, que revolucionaron la Ciencia, la Filosofía y la Teología, fueron surgiendo reglas y métodos nuevos, alejados del literalismo, para leer e interpretar la Biblia. Dicha revolución cultural ha abierto las puertas de un nuevo paradigma teológico.

Al filósofo y teólogo alemán Friedrich Schleiermacher (1768-1834) se lo considera como el padre de la hermenéutica moderna. Como erudito del griego antiguo (conocía también el latín y el hebreo), percibió las diferencias lingüísticas entre las cartas paulinas auténticas y las Cartas Pastorales, que tanta literatura ha producido en un sentido y en el opuesto. Después de Schleiermacher, otros autores más le siguieron en la disciplina de la hermenéutica dando paso a las ciencias bíblicas modernas.

Ha sido esencialmente la hermenéutica y las ciencias bíblicas modernas las encargadas de poner en evidencia el error del literalismo bíblico. Desde este literalismo se afirmaba que Dios había creado el mundo en seis días de 24 horas hace seis mil años (los partidarios de la Tierra Joven); que el Sol giraba alrededor de la Tierra (todavía hay algunos que lo defienden); que el cielo era un lugar místico donde moraba Dios; que Dios había matado a todos los primogénitos de un país (Egipto) por culpa de su gobernante (el faraón); y un largo etcétera que prestaremos atención más detenidamente en algunos de los capítulos de este trabajo. Lo que queremos decir es que hubo un tiempo cuando todos los lectores e interpretes de la Biblia eran literalistas. Pero hoy esa manera de leer e interpretar la Biblia ya es insostenible.

Una cuestión de perspectiva

Respecto a la hermenéutica como método de comprensión de una realidad lejana y distinta en el espacio y en el tiempo a la nuestra, cabe el razonamiento y la lógica siguiente. Si nos convirtiéramos en observadores de una comunidad exótica, de cualquier lugar desconocido de nuestro planeta, y fuéramos tomando nota de todo lo que hacen y preguntáramos por qué lo hacen; y si fuéramos ordenando sus creencias y preguntáramos por qué lo creen; etc. llegaríamos a tener una perspectiva amplia de la vida social, política, religiosa y familiar de esa exótica comunidad. Este es el trabajo de campo del antropólogo, cuyas observaciones metódicas fundamentan la cultura social de la que se nutre la hermenéutica de cualquier texto y también, como no podía ser de otra manera, del texto bíblico. Entonces, a través de dichas observaciones, y a la luz de todo su entramado social, político, religioso y simbólico comprenderíamos cada detalle, por simple que fuera, de tal comunidad: sus tradiciones, sus costumbres y por qué dicen lo que dicen sus textos escritos si los tuvieran.

Esto es lo que el estudiante de la Biblia debe de hacer para entender los pormenores que hallamos en sus páginas, para lo cual no tiene más remedio que leer y estudiar libros de antropología social tales como "Instituciones del Antiguo Testamento", de Roland de Vaux; "El mundo del Nuevo Testamento", de Bruce J. Malina, y otros muchos de la misma naturaleza. En el caso de la historia del pueblo israelita podríamos parcelar su historia por etapas y ver que en cada una de esas etapas las instituciones fueron evolucionando o transformándose (también sus textos). No importa en qué etapa se dice "algo" referente a los miembros de esa comunidad", ese "algo" tiene un contexto social, político y religioso.

Las raíces culturales del tipo de sociedad que hallamos en el pueblo de la Biblia debemos ubicarlas, primero, en Mesopotamia, cuna de la civilización de todo Oriente Medio, y, por lo tanto, de nuestra civilización mediterránea. De Mesopotamia procede la mayor parte de las leyes que encontramos en el Pentateuco. También encontramos en la Biblia rastros de la civilización egipcia, donde se supone que el pueblo hebreo se formó como tal pueblo; y, por supuesto, de la civilización cananea, en cuyo contexto se ubican los relatos de las sagas de Abraham, Isaac y Jacob. Como los demás pueblos de su entorno, el pueblo israelita contuvo en su ordenamiento legal instituciones como la esclavitud, las leyes de la guerra, el repudio, la venganza personal, la patria potestad absoluta, etc., además de las muchas ordenanzas de carácter religioso derivadas de la constitución sinaítica. Pero la columna vertebral sobre donde se basaba la sociedad del pueblo del Éxodo, de interés para nuestro trabajo, fue el orden social patriarcal y las relaciones que giraban en torno al paterfamilias en su papel de esposo, padre y amo; es decir, la tutela de la mujer, la patria potestad absoluta y la esclavitud, que tienen su raíz en la cosmogonía de la época, donde se fundamentaba el orden social, político y religioso, de las que también damos cuenta brevemente en este trabajo.

Interpelación de la Modernidad al lenguaje y a los conceptos teológicos actuales

Existe una asincronía brutal, incomprensible, entre los conocimientos que nos ha aportado la ciencia moderna y el lenguaje y los conceptos teológicos que mantiene el fundamentalismo religioso. El teólogo José María Vigil dice que la historia de las religiones es la historia de un conocimiento humano en continuo crecimiento, y de una religión cuyas afirmaciones sobre Dios van retrocediendo paralelamente a aquel avance de aquel conocimiento humano creciente ("Errores

sobre el mundo que redundan en errores sobre Dios". <http://servicioskoinonia.org/relat/440.htm>).

Infinidad de veces hemos escuchado, o leído, que la Modernidad, como paradigma científico y filosófico, "echó fuera a Dios de la vida común", y en cierta medida es cierto. Pero esta afirmación necesita ser explicada, al menos en parte. Digamos que lo único que hizo este nuevo paradigma científico y filosófico fue estudiar los fenómenos de la naturaleza, y a esta misma, y mostrar las causas de dichos fenómenos. La difusión de estos conocimientos desacreditaron las creencias religiosas en las que estaba asentada la "vida común" de las personas. En la Edad Media se creía que las enfermedades, las tormentas, las sequías, los terremotos... eran originados por la voluntad de Dios como castigos en el peor de los casos, con su permiso en el mejor de ellos. Las personas se entregaban incansablemente al rezo, a los ritos, a las ofrendas a Dios, a los Santos o a las Vírgenes para remediar el caos que ello suponía. Pero no había respuestas visibles y satisfactorias.

No obstante, por la ignorancia, el vulgo insistía en lo mismo cada vez que los efectos se producían porque no disponían del conocimiento que ofrece hoy la ciencia. Por ejemplo, la gente común entregaba ofrendas, encendía velas... a Santa Bárbara cuando había tormentas y relámpagos; pero vino Franklin e inventó el pararrayos (1753). A partir de entonces la gente comenzó a poner un pararrayos en el tejado de su casa y se acabaron los rezos y las ofrendas a Santa Bárbara. ¡Así es como la Modernidad fue echando fuera a Dios de la vida común! Mejor dicho, la Modernidad echó fuera las falsas y míticas imágenes de Dios, no a Dios mismo; pero a la Religión parece gustarle mantener esas imágenes falsas de Dios, bien porque ella misma las necesita, o bien porque con ellas puede mantener controlada a la feligresía.

En el campo de la cosmología y la cosmogonía ha ocurrido lo mismo. Hasta el siglo XVI tanto la Ciencia como la Filosofía y la Teología se basaban en una cosmovisión aristotélico-ptolemaica: Se creía que el Sol giraba alrededor de la Tierra; que esta estaba quieta además de ser el centro del mundo; el mundo se concebía (en el lenguaje simbólico) con tres plantas (el huevo cósmico): arriba, el cielo donde moraba Dios; en medio, la Tierra (plana para el vulgo); y abajo, el inframundo, el Infierno. Tanto el lenguaje bíblico, como algunos conceptos teológicos derivados de este lenguaje, se fundamentan en esta cosmovisión. Pero a pesar de los cinco siglos que han transcurrido desde el reconocimiento del sistema heliocéntrico, y los avances de la ciencia en todas las disciplinas, que contradice dicha cosmovisión, el mundo religioso fundamentalista permanece en esos arcaicos conceptos y lenguajes del pasado. Habría que preguntarse quién ha echado fuera a Dios de la vida común, si la Modernidad con sus luces o el pensamiento religioso, incapaz de evolucionar y actualizar su prédica.

El teólogo católico Andrés Torres Queiruga dice que o logramos cambiar muy hondamente las palabras y conceptos con que expresamos y vivenciamos nuestra fe, o la hacemos incomprensible e increíble para las nuevas generaciones (Crear de otra manera, Sal Terrae). Y el teólogo y ex sacerdote Leonardo Boff, se pregunta:

"¿Qué hacer, pues, con los relatos de la Navidad y con el pesebre?", para afirmar a continuación: "Que continúen. Pero que sean entendidos y revelen aquello que quieren y deben revelar: que la eterna juventud de Dios penetró este mundo para nunca más dejarlo; que en la noche feliz de su nacimiento nació un sol que ya no ha de conocer ocaso".

[redescristianas.net]. María Clara Bingemer, teóloga brasileña, afirma que existe una fuerte sed de espiritualidad, pero, la mayoría de las

veces, fuera de las instituciones religiosas ... El cristiano del futuro –sigue diciendo– cuestionará mucho a la Iglesia y hará su propia síntesis. [periodistadigital.com]. Ese futuro, creo, ya ha llegado.

Una nota personal

La primera vez que tuve acceso a un texto bíblico tenía unos ocho o nueve años de edad. Era un Nuevo Testamento de bolsillo. Se lo había regalado un cura a mi padre por un trabajo de carpintería que le había realizado. Mi padre era carpintero. Sin mucho interés por la lectura de dicho "librito", mi progenitor me lo dio... ¡Era un libro sobre religión, pensaría él! No fui metódico en la lectura, pero recuerdo que algunos relatos me enganchaban mientras que otros los consideraba muy complejos. De otros más simplemente me preguntaba si eso que contaba el autor habría ocurrido de verdad o tendría algún otro significado que yo no alcanzaba a entender. Por ejemplo, que los que creyeran en Jesús "tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño" (Marcos 16:17-18).

El "librito" en cuestión se perdió y no se supo nunca más de él, pero sus historias quedaron en mi mente. Fue en un kiosco de la estación de ferrocarril de Mérida (Badajoz, España), durante mi periodo de "mili", que despertó mi curiosidad un libro titulado "Los Apóstoles". No recuerdo el nombre de su autor. Lo compré, más que por algún interés religioso, por los recuerdos que me evocaron de las lecturas de aquel perdido "librito". "Los Apóstoles" contenía lecturas biográficas y muchas citas de aquel "librito". Con mi traslado a la capital de España dio comienzo una nueva etapa de mi vida: me había casado, había sido padre de mi primer hijo e iniciaba una carrera profesional en lo que hoy se denomina Policía Nacional. Al pasar por un escaparate de una librería, en Madrid, vi que ofertaban una Biblia de formato grande, entré y la compré, 250 pesetas. Corría el verano de

1971. En mis muchas horas libres de servicio leía por doquier en aquella Biblia sin un programa de lectura, saltando de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante. Me encontré con el mismo problema que cuando era niño: ¿Cómo tenía que interpretar ciertos relatos que encontraba en la Biblia? Estas dudas originaban en mí cierta desazón y, sobre todo, una profunda frustración intelectual y teológica. ¿De verdad habló la asna de Balaam (Números 22:28)?; ¿se paró el Sol casi un día entero a la orden de Josué (Josué 10:12-13)? Sabía que el Sol no pudo ser, pero, ¿dejó entonces de girar la Tierra sobre sí misma?; ¿retrocedió la sombra diez grados del reloj (de sol) de Acáz, es decir, se detuvo la Tierra y giró a la inversa el equivalente a dichos diez grados (2Reyes 20:10-11)?; ¿construyó Noé un arca de tal envergadura que cupo tan vasta cantidad de animales para salvar la fauna terrestre de un diluvio universal (Génesis 7-8)?; ¿fue este diluvio universal?; ¿sobrepasó el nivel del agua los varios picos de ocho mil metros de altura que hay en el planeta?; ¿un castigo de esa envergadura porque los hombres se habían vuelto muy malos?; ¿más malos que algunos hombres (y mujeres) de hoy? Mi sentido común me decía que esos relatos deberían tener alguna significación simbólica, moralista sin duda, pero no estaba seguro. La lista de preguntas que me formulaba a mí mismo era muy larga. En cualquier caso, teniendo en cuenta que venía de una absoluta indiferencia religiosa, y a pesar de estas cuestiones puramente hermenéuticas, había descubierto al Jesús de los Evangelios.

Un hogar espiritual

Una cosa siempre lleva a otra de igual o parecida naturaleza. Cuando conocí lo que habría de ser mi familia espiritual (la Iglesia de Cristo del Movimiento de Restauración en Madrid), y donde luego crecí espiritualmente, ya había dado el gran paso que me separaba de la indiferencia a la fe. La persona del Jesús

que encontré en la lectura del Nuevo Testamento me llevó a la fe en Dios. Este "hogar espiritual" fue decisivo para el paso que di a continuación (el bautismo por inmersión solicitado deliberadamente por mí, en el verano del año 1972). No sé decir exactamente por qué, pero nunca hubiera llegado a donde llegué, en cuanto a la fe se refiere, en el seno de la Iglesia católica que había conocido en mi niñez. Estrené mi fe en un marco religioso con aires nuevos y frescos para mí. Pero mis dudas hermenéuticas no se resolvieron con la enseñanza que recibí aquí; más bien al contrario. Presentía que había que entender dichos relatos tal como se leían: ¡literalmente, lo decía la "Palabra de Dios"! Formular las preguntas descritas más arriba esperando respuestas críticas era cuando menos una ingenuidad. Si todos veían el cielo absolutamente azul, ¿cómo iba yo a sugerir que se avistaban nubes en el horizonte? Algo te dice que tienes que callar y asentir. Desde entonces he sido un devorador de libros, todos ellos relacionados directa o indirectamente con la Biblia: históricos, antropológicos, exegéticos, teológicos... De todo. El primer gran tema con el que rompí mi conformismo fue con el del estatus de la mujer en la iglesia, pero con esta disconformidad traspasé una línea roja. Aun así, este paso, como otros que le siguieron, era ya irreversible.

Hoy suelo decir que el ser humano es por naturaleza un "hermeneuta" nato, un intérprete idóneo de lo que lee y lo que oye... ¡hasta que es adoctrinado! Esta afirmación, ciertamente, es un poco hiperbólica, y la muestra está en que tuve dificultad para interpretar correctamente a la primera los relatos aludidos más arriba; aunque las dudas que me surgían defiende de alguna manera mi aforismo.

El adoctrinamiento tiene la diabólica habilidad de corromper la natural capacidad que tienen las personas para entender e interpretar la realidad. Este fenómeno es claramente

manifiesto en el entorno de las sectas, donde los sujetos adoctrinados dejan de percibir la realidad común para ver y sentir solo la "realidad" que le inculcan sus adoctrinadores. Hoy puedo afirmar que un poco de esto ocurre también en las iglesias, en cualquier iglesia. Es cierto que la hermenéutica, como disciplina, se basa en reglas y métodos para interpretar un texto, cualquiera que sea su naturaleza, sagrada o profana; y que dichas reglas y métodos hay que aprenderlos, por supuesto; pero el quehacer hermenéutico tiene una parte de "arte", de "sentido común", de "lógica". Este "sentido común" y esta "lógica" nos pone sobre aviso de que cualquier obra literaria ajena a nuestra cultura, distante a nuestro entorno geográfico y lejana de nosotros en el tiempo, tiene un mensaje "cifrado" para el lector moderno. Por "cifrado" no me refiero a "claves" ocultas, misteriosas o mágicas; es más prosaico que todo eso.

Cualquier editor de un supuesto texto arcaico se verá obligado a añadir a pie de página notas críticas que le sirvan de guía al lector y pueda entender sin dificultad lo que lee; ¡pero el lector ya se había apercibido de la necesidad de esas explicaciones, porque lo que leía no le resultaba totalmente inteligible! En cierta medida esto es lo que intentan hacer los "comentaristas" de los textos bíblicos. Pero estos "comentaristas", aunque se nutren de una vasta información interdisciplinar para realizar su trabajo, no están libres de presuposiciones e influencias teológicas que pueden distorsionar el sentido del texto bien por acción o por omisión. Esta distorsión se produce cuando, fuera de toda lógica y al margen de cualquier regla hermenéutica, se interpreta literalmente el texto bíblico (por ejemplo, que Dios hizo al primer hombre del polvo de la tierra y a la primera mujer del costado de éste, que una burra hablara, etc.).

Descubriendo la hermenéutica

La presencia de diferentes géneros literarios en los libros de la Biblia, entre ellos legendarios, épicos, míticos..., nos aboca a una profunda revisión de la filosofía hermenéutica para entenderlos e interpretarlos según las reglas de dichos géneros, así como del lenguaje simbólico, aspectos indispensables a tener en cuenta para una correcta aproximación a los textos bíblicos. Este proceso, que no tiene vuelta atrás, surge del cambio de paradigma que supuso el paso del geocentrismo al heliocentrismo, porque con él comenzó la ciencia moderna, y con esta las demás ciencias incluidas las ciencias bíblicas, la arqueología moderna, la crítica textual, etc..

Pero digamos desde ahora que la lectura de la Biblia no es sencilla, al contrario, es muy compleja, precisamente por lo dicho más arriba. No obstante, ello no significa que su lectura se deba relegar a los eruditos; pero sí requiere para el neófito una mínima guía hermenéutica además de conocer, aunque sea elementalmente, la historia de los libros de la Biblia y, sobre todo, la historia del Canon, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento; por ejemplo, "¿Quién escribió la Biblia?": <https://revistarenovacion.files.wordpress.com/2014/01/quien-escribio-la-biblia.pdf>

En principio, las versiones de la Biblia que leemos en nuestro idioma son traducciones de las lenguas originales (hebreo, arameo y griego); algunos manuscritos, además, contienen neologismos de otros idiomas que se metieron en los textos durante el proceso de traducción y las copias que requería la transmisión de los mismos. Pues bien, lo que nosotros leemos "tan claro" en nuestras versiones es el resultado de una ingente labor de traducción realizada por equipos de especialistas en esos idiomas, pero que, a veces, tienen que conjeturar lo que algunas palabras del texto original (o copias) significan, y decidirse, en algunos casos, por una

traducción plausible. A esto hay que añadirle la problemática de la multitud de textos que difieren entre sí por el proceso que originó las muchas traducciones a otros idiomas y la multitud de copias de copias que requería la transmisión de la Escritura hasta la invención de la imprenta. Hoy los eruditos disponen de más de cinco mil escritos del Nuevo Testamento que cotejándolos se descubren más de 250 mil variantes. Teniendo en cuenta que los escritos originales se perdieron, no tiene sentido hablar siquiera de textos "originales". A esto, además, hay que añadirle los prejuicios teológicos del equipo traductor. Así que, limitarse a recitar textos para exponer y defender esta o aquella teoría o doctrina, me parece cuando menos ingenuo, por no decir otra cosa...

Las conclusiones a las que fui llegando, por su propia y compleja naturaleza, no se dirimieron en un día, ni en un mes ni siquiera en un año; pero se dirimieron. Y se dirimieron no desde lo emocional solo, sino a través de la razón, el intelecto, lo cognitivo y de un ansia por saber y conocer. Es la única manera de hacer una transición sin aspavientos y con cierto equilibrio, dando pasos hacia adelante, firmes y seguros, sin prisas pero sin pausas. La experiencia también me ha ido enseñando que dar estos pasos implica pagar un precio, pero creo que ha merecido la pena. La libertad siempre exige pagar un precio; un precio que el vulgo poco pensante no puede entender (quizás tampoco quiere). ♦



CAER EN LA CUENTA...

#1/ LA IGLESIA DE LOS CÉLIBES

A modo de introducción

Algunos líderes religiosos de la Iglesia de Cristo, encargados de dirigir la vida de la comunidad, tienen muy claro cuándo es válido el divorcio y, además, cuándo son permitidas las segundas nupcias. Las licencias para unas segundas nupcias, dicen, son aquellas que están claramente tipificadas en el texto bíblico. Así, las personas que se ven envueltas en la dramática situación de un divorcio, contarán con la asesoría de estos guías espirituales para saber en qué casos podrán contraer un nuevo matrimonio, que son los siguientes:

- a) Cuando uno de los cónyuges haya cometido adulterio (y la parte agraviada no desee reconciliarse con quien ha cometido la infidelidad), según Mateo 5:32.
- b) Cuando uno de los cónyuges, de distinto credo religioso o increyente, abandone al cónyuge creyente (de fe cristiana), según 1 Corintios 7:15.
- c) Cuando uno de los cónyuges fallece (el cónyuge viudo puede contraer nuevo matrimonio), según Romanos 7:2-3.

¿Por qué sólo en estos tres casos se permite poder contraer un nuevo enlace matrimonial?
¡Porque son los que la Escritura del Nuevo Testamento tipifica! ¡Ni uno más ni uno menos!

Trasfondo del texto

En el código sinaítico, el legislador introdujo normas para regular esta realidad social, que en Israel consistía en el repudio de la mujer por parte del marido:

“Cuando alguno tomare mujer y se casare con ella, si no le agradare por haber hallado en ella

alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, y se la entregará en su mano, y la despedirá de su casa. Y salida de su casa, podrá ir y casarse con otro hombre” (Deuteronomio 24:1-4).

La ambigüedad de este texto dio origen a varias escuelas de interpretación. En los días del Nuevo Testamento había dos principales escuelas con diferentes criterios sobre qué significaba la expresión “alguna cosa indecente”. Para el Rabí Shammai lo “indecente” de Deuteronomio 24:1 era exclusivamente el adulterio. Para el Rabí Hillel, sin embargo, podía ser “indecente” incluso cuando la esposa había dejado que la comida se quemara. Posteriormente, el Rabí Aqiba llegó a afirmar que el marido descubriría algo torpe en su mujer “si encontraba otra que fuera más hermosa que ella”. Debemos añadir que como norma general sólo el hombre tenía la iniciativa del repudio y en contados casos excepcionales la mujer podía pedir el divorcio.

Jesús y el repudio

El Evangelista Mateo refiere dos veces la declaración de Jesús sobre el repudio: una, en el contexto de una interpelación de los fariseos (Mateo 19:1-9); y otra, en el contexto del Sermón del Monte (Mateo 5:31-32). En la primera, como en otras normas jurídicas judías (ver Juan 8:1-11 sobre la lapidación de la mujer adúltera; y Lucas 20:22-23, sobre la licitud de pagar tributo a César), los fariseos deseaban sorprender a Jesús en algún renuncio. En la segunda, Jesús incluye el repudio en una lista de superaciones éticas (“Fue dicho..., Pero yo os digo”), como “No matarás...; No cometerás

adulterio...; No perjurarás...; Ojo por ojo...; etc." (Mateo 5:21-48). Posiblemente, Jesús hizo estas declaraciones en situaciones distintas.

Mateo 19:1-9

Los fariseos, "tentándole", preguntaron a Jesús: "¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?". Tanto Jesús como los fariseos conocían la polémica que se traían las diferentes escuelas sobre el repudio, pero Jesús no entró en dicha polémica, sino que se remitió al "principio": ¿"No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre".

Jesús situó la polémica sobre el ideal prístino del Génesis, luego sobran todas las opiniones subyacentes; para los fariseos, no obstante, había una opinión incuestionable, la palabra de Moisés: "¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla?". La respuesta de Jesús fue tajante: "Por la dureza de vuestro corazón". Ahora bien, ante el ideal que expuso Jesús a los fariseos, los discípulos le comentaron que si esa era la condición del hombre con su mujer, "no convenía casarse" (v. 10). La respuesta de Jesús a los discípulos debemos subrayarla: "No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado" (como contexto, ver 1 Corintios 7:7). En cualquier caso, la actitud de Jesús tiene como objetivo defender a la mujer de la arbitrariedad del varón, que podía "repudiarla" cuando quisiera por motivos unilaterales y pueriles.

Mateo 5:31-32

En el Sermón del Monte Jesús enumera una serie de aspectos éticos de la ley a los cuales él reta a los oyentes a superarlos. Creemos que éste es el marco natural para interpretar el tema que nos incumbe.

Lista de superaciones éticas en el Sermón del Monte

"Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego" (Mateo 5:21-22).

"Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno" (Mateo 5:27-30).

"Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello. Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede" (Mateo 5:33-37).

"Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses" (Mateo 5:38-42).

“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto (Mateo 5:43-48).

Pues bien, en esta lista de superaciones éticas es donde Jesús declara el texto en cuestión:

“También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio. Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio” (Mateo 5:31-32).

Cualquier lector, por poco aventajado que sea, se da cuenta que Jesús, con estas declaraciones, está subrayando dos cosas: a) Que el alcance ético de la ley estaba más allá de la simple letra de la ley; y b) Que ese “más allá” de la letra era un ideal solo alcanzable por “aquellos a quienes es dado” (Mateo 19:11).

Observaciones a esta lista de superaciones éticas

En dichas declaraciones, por ejemplo, el enojo es equiparado al homicidio; mirar lascivamente a una mujer es equiparado al adulterio; jurar es equiparado al perjurio; a la reclamación legítima por un agravio se antepone un auto agravio aún mayor a favor del que comenzó el agravio; el amor al “prójimo” (hermano-amigo) se extiende al “enemigo”; el repudio y nuevo matrimonio se equipara con el adulterio; etc.

Que estas “superaciones” éticas eran ideales (y no normas legales) lo muestran no sólo la alta exigencia que ellas suponen, sino cómo fueron entendidas por la tradición cristiana.

El mismo Jesús, que había dicho “a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra”, respondió a los que le apedreaban: “Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?” (Juan 10:32).

Y Pablo no dudó poner a Dios por testigo para ofrecer garantías de sus palabras, es decir, juró en el nombre de Dios a pesar de lo que había dicho Jesús (Romanos 1:9; 2 Corintios 1:23; Filipenses 1:8; 1 Tesalonicenses 2:5).

Lo que queremos decir con todo esto es que la declaración de Jesús sobre el repudio/adulterio tiene un marco idealizado el cual no podemos convertir en una norma legal y absoluta.

Las frases en su contexto

“Por la dureza de vuestro corazón”

Debemos empezar por entender que Jesús se está remitiendo al “principio”, al ideal de Dios. Jesús no está reprobando a Moisés por la concesión que éste legisló acerca del repudio. Más bien explica y justifica dicha concesión (“por la dureza del corazón”). Moisés entendió que ante la realidad de las situaciones humanas, como era la incompatibilidad entre dos personas en el vínculo del matrimonio, la separación era una alternativa. Por ello, el repudio dejaba la puerta abierta a que la mujer repudiada pudiera establecer una nueva relación matrimonial con otro hombre (Deuteronomio 24:2). ¡El hombre, por la ley de la poligamia, podía tomar otra mujer como concubina!

“Salvo por causa de fornicación”

El hecho de que Jesús pusiera una “salvedad” al repudio confirma que él entendió la declaración de Génesis como un principio y un ideal pero no como una norma legal. En el

fondo, Jesús hizo lo mismo que había hecho Moisés: permitir el repudio cuando se daba una situación concreta, en este caso, se entiende, el adulterio. Luego la declaración "lo que Dios unió no lo separe el hombre", al permitir una salvedad, significa que no se constituye en norma legal absoluta, sino como expresión del ideal de Dios. ¡Pero, a la vez, esta "salvedad" no es necesariamente una causa única y exclusiva: pueden haber otras causas justificadas para el divorcio (los malos tratos, físicos o psicológicos...)!

Otro contexto más

Además, debemos considerar la sentencia de Jesús en un contexto más amplio como son el contexto político-social de la época y el contexto filial entre Jesús y la mujer en general.

Contexto político-social

En primer lugar, en la sociedad en la que vivió Jesús el concubinato era legítimo, estaba vigente desde hacía siglos en Israel, el cual no se consideraba un "pecado" (Éxodo 21:10).

En segundo lugar, prácticamente, sólo el hombre tenía la facultad jurídica de "repudiar" a su cónyuge (esposa o concubina), lo cual suponía, en todo caso, un gran estigma social y familiar para la repudiada.

En tercer lugar, amparado en la ley poligínica, el hombre podía "adquirir" otra mujer después de haber repudiado a una de las habidas, sin que por ello se le acusara de ningún crimen.

¿Estaría Jesús añadiendo a esta situación discriminatoria de la mujer el agravio de un celibato perpetuo cuando fuera repudiada unilateralmente por su marido?

Contexto filial entre Jesús y la mujer

Jesús rompió todos los paradigmas de su época respecto a la mujer en su entorno social, familiar e individual. Entre los rabinos, Jesús fue el único que se dignó dialogar con la mujer (Juan 4:1-42), enseñar a la mujer (Lucas 10:38-42) y confiar en la mujer, comisionándola (Lucas 24:10-11).

¿Sintoniza esta atención de estima de Jesús hacia la mujer con el doble estigma que supondría un celibato forzoso como consecuencia de haber sido repudiada unilateralmente por su marido?

La exégesis legalista

"Adulterio continuado"

Según la exégesis legalista, de la declaración de Jesús ("y el que se casa con la repudiada, comete adulterio"), se desprende que tanto la mujer como el hombre, si se divorcian (salvo en alguno de los tres casos aludidos), no pueden contraer nuevas nupcias, pues se convertirían en "adúlteros" todo el tiempo que durara su nuevo estado.

Pero esta exégesis comete dos errores a nuestro entender:

a) **Convierte** un principio (el ideal prístino de Dios) en una norma legal y absoluta; de ahí que vean las nuevas nupcias como un "pecado continuado".

b) **Equipara** la "concesión" de un estado (nuevo matrimonio) que continúa en el tiempo con una acción que puede repetirse en el tiempo (por ejemplo, robar o matar). ¡Es decir, al nuevo estado (que implica el compromiso de un hogar estable, la crianza y la educación de unos hijos, un proyecto de vida, etc.), lo equiparan con la relación sexual esporádica con "otra" persona fuera del matrimonio!

Por ello, en su apología, interpelan: ¿Puede una persona que se bautiza y se hace cristiana seguir robando o matando? ¡Obviamente, no! ¡Pues -concluyen- tampoco puede continuar en el estado del matrimonio con una persona divorciada!

¿Sofismo?

El fundamento de esta exégesis

En principio, más una exégesis erudita, las proposiciones enumeradas más arriba son el resultado de un prejuicio carente de

perspectiva hermenéutica.

En efecto, dicho esquema parte de las siguientes premisas:

a) **Que los enunciados**, tanto de los Evangelios como de las Epístolas, independientemente de su singularidad o personalización, adquieren un valor absoluto, sacralizado, como resultado de la globalización de la literatura bíblica, donde la intención y el propósito del hagiógrafo, y la situación particular de los destinatarios, no cuentan nada.

b) **Que la enumeración** de los casos específicos relacionados con el divorcio y nuevas nupcias, lejos de ser accidentales y de estar mediatizados por circunstancias concretas, son intencionados, exclusivos y expuestos como modelos normativos de una guía práctica para todas las circunstancias. Este fundamento teológico, hijo de la estrechez mental, induce a la incapacidad racional para entender que puede haber otras muchas razones para, primero, divorciarse y, segundo, poder contraer un nuevo matrimonio. Es la misma estrechez mental que les impide entender que los casos que la escritura recoge son situaciones singulares y específicas sin pretensión de circunscribir los únicos motivos que autorizan la ruptura matrimonial y posible nueva nupcias.

Ante la obcecación, la reflexión:

¿No deberíamos aprender de Moisés?

Moisés tuvo compasión de las personas que sufrían algún desajuste en la armonía de su matrimonio: concedió la disolución del mismo permitiendo a la mujer, principal víctima del repudio, que pudiera contraer matrimonio con otro hombre (Deuteronomio 24:2).

¿No deberíamos aprender de Jesús?

Jesús, aparte de que expuso cuál era el ideal originario de Dios, y superó la concesión de Moisés, él mismo permitió el repudio en caso de adulterio (Mateo 5:31-32).

Cómo entendió Jesús los principios bíblicos (que no ley absoluta), lo vemos en casos como el de la mujer acusada de adulterio (Juan 8:1-11). La ley decía taxativamente que tales mujeres debían ser apedreadas (Levítico 20:10), y esto precisamente era lo que los fariseos exigían a Jesús que hiciera. ¡Pero Jesús eludió esta condena y salvó a la mujer del linchamiento que la ley estipulaba!

¿No deberíamos aprender de Pablo?

En las primeras décadas del cristianismo, y ante los problemas que surgieron en los matrimonios donde al menos uno de ellos era cristiano, Pablo consideró legítima la separación (divorcio) cuando uno de ellos (la parte no cristiana) abandonaba al otro. La expresión del Apóstol "pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios" (1 Corintios 7:15) se ha llamado "privilegio paulino", pues se entiende por "sujeto a servidumbre" a la ley que "ataba" a los cónyuges en el matrimonio (ver Romanos 7:2). Por ello, al ser abandonada la parte inocente, ésta quedaba libre de dicha ley: podía contraer nuevas nupcias. El Apóstol entendió la declaración del Génesis como un principio no como una ley absoluta, igual que había hecho Moisés; y entendió la sentencia de Jesús como un ideal no como una norma legal.

Es decir, Pablo no creyó que el cónyuge inocente tuviera que quedarse célibe de por vida ante la imposibilidad de reconciliarse con su ex-cónyuge.

La realidad es tozuda

En España, según los datos del Instituto Nacional de Estadísticas para el año 2007, contrajeron matrimonio 201.579 personas de distinto sexo de todas las edades (sin incluir las "parejas de hecho"). 178.386 de estas personas estaban solteras al contraer matrimonio; 1.783 estaban viudas y 21.410 estaban divorciadas. De acuerdo a esta estadística, 21.410 personas (más sus nuevos

cónyuges) están viviendo en "adulterio continuado" según la conclusión de estos exegetas. Por supuesto, el 99 por ciento de estas personas divorciadas y vueltas a casar no van a poder "reconciliarse" con sus primeros cónyuges, por la sencilla razón de que éstos ya se han vuelto a casar de nuevo también (lo que implica que los "adúlteros" se han cuadruplicado).

Pues bien, cuando estas personas, divorciadas y vueltas a casar, acepten el evangelio y vengan a formar parte de nuestras iglesias (que lo dudo), quedarán en una situación anómala, atípica y extravagante desde el punto de vista de estos exegetas. Primero, porque se divorciaron sin un motivo "justificado" (adulterio de su cónyuge); segundo, porque se han vuelto a casar con otra persona diferente, luego están viviendo en "adulterio continuado"; y, tercero, porque la reconciliación con sus primitivos cónyuges es imposible ya que éstos se han vuelto a casar de nuevo también. ¿Solución para ellos? ¡Volverse a divorciar de sus actuales parejas, porque están en "adulterio continuado", y quedarse célibes! ¡Así de sencillo! ¡Así de bíblico!

Puesto que ésta sería la situación de estas personas, ello significaría que un importante porcentaje de la iglesia estaría compuesta por personas forzosamente célibes, no importa su edad o sexo, por toda su vida. Estos "teólogos" aún no han llegado a la lectura donde Jesús dice: "Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio" (Mateo 9:13).

¿Fariseos del siglo XXI?

A la vista de esto, parece que nos encontramos con los mismos fariseos de la época de Jesús pero con caras nuevas. Estos también apelan a la Escritura convirtiendo los principios en normas legales y leyes absolutas. En las Iglesias de Cristo existe un grupo de líderes que aboga por la legalidad (de legalismo) del texto bíblico,

oponiéndose, primero, al divorcio si no está contemplado en alguno de los tres supuestos, y, segundo, de manera radical, a segundas nupcias por el mismo motivo, porque, dicen, estarían viviendo en "adulterio continuado". En efecto, para estos exegetas ninguna otra causa es legítima para solicitar el divorcio. Uno de los cónyuges podría estar vejando la dignidad del otro, o perdiéndole el respeto, o maltratándole física o psicológicamente, ¡no importa, nada de eso es motivo para que la persona agraviada pueda pedir el divorcio! La persona humillada, maltratada, debe soportar al/la humillador/a y al/la maltratador/a porque dicho agravio no está tipificado en el Nuevo Testamento ni Jesús lo había incluido como una "salvedad". ¡Qué piadosos!

Conclusión

A ningún otro colectivo habló Jesús tan duro como a los legalistas fariseos de su época: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe..." (Mateo 23) ¡Hoy Jesús diría lo mismo a estos modernos fariseos!

En las Iglesias de Cristo en España esta exégesis legalista es algo anecdótico, pero donde está presente, o simpatizan con ella, se hace el ambiente tan irrespirable para las personas divorciadas, que ellos solitos, los divorciados, deciden marcharse de la "comunidad de los santos". Quizás tengamos que ir pensando en habilitar un espacio en el templo sólo para "los célibes", ¡la iglesia de los célibes!

#2/ ¿CÓMO LLEGAMOS A CREER LO QUE CREEMOS?

Dos personas diferentes de mi entorno religioso me han dicho prácticamente lo mismo en los últimos años aunque con diferentes palabras en cuanto a mi evolución teológica: "Tú antes no enseñabas esto", o "conservo escritos o audios tuyos donde afirmabas lo que ahora cuestionas", etc. Y tienen razón.

Mi primer desacuerdo con la iglesia en la que durante bastantes años desarrollé mi actividad docente (Iglesia de Cristo del Movimiento de Restauración) fue con el estatus de la mujer en la iglesia. Hasta la fecha –agosto de 2018– esta divergencia se mantiene vigente por las dos partes, por la iglesia y por mí. O sea, las mujeres de esta iglesia oficialmente siguen teniendo el veto al ministerio pastoral por el hecho de ser *mujer*. Este tipo de discrepancia no se da de la noche a la mañana, le suele preceder un largo proceso intelectual y teológico, de indagación y estudio.

Personalmente considero más preocupante que dicho proceso ni siquiera se haya iniciado (después de tantos años) por quienes tienen una responsabilidad pastoral o docente. Los motivos de que no se haya producido dicho proceso –ni se produzca– pueden ser varios: desde intereses de todo tipo hasta el miedo (el miedo que produce desaprender), o por creer que ya se está en la verdad. Claro, cuando no se tiene ninguna duda... Mi proceso particular respecto al estatus de la mujer ya lo expliqué en el prólogo del trabajo *"La discriminación de la mujer en la iglesia, ¿de Dios o de los hombres?"* (al respecto, un trabajo indispensable para este tema, entre otros muchos: *"La mujer en el cristianismo"* de Hans Küng – Trotta). A esta primera discrepancia le siguieron otras convenientemente argumentadas, por ej.: *"La iglesia nació en la casa"* e *"Iglesias del Nuevo Testamento"* (disponibles en la página web de esta revista).

Estas y otras divergencias teológicas se originan esencialmente por el concepto dispar que se tiene de la Biblia misma (también dediqué algunas páginas acerca de la Biblia: *"La Biblia entre líneas"* – disponible en el mismo sitio citado). Pero anticipo esto: Cualquier discusión teológica que quieras dirimir con una persona cristiana deberías comenzarla aclarando qué valor da él o ella a la Biblia. Si afirma que la Biblia es la "Palabra de Dios" inspirada e inerrante desde Génesis hasta Apocalipsis, corta la discusión ahí mismo. Es imposible mantener un diálogo más o menos coherente con esta clase de interlocutor/a. Estará disparándote a cada momento textos bíblicos sin importar su contexto porque considera que, al ser Palabra de Dios, no necesita contextualización alguna.

Cómo llegamos a creer lo que creemos

Lo que sigue a continuación vale tanto para el mundo católico como para el protestante y evangélico. Normalmente, venimos a ser miembros de una comunidad religiosa en particular de dos maneras.

La primera porque, siendo hijos de padres creyentes, nos educaron en esa fe desde la infancia con el bautismo incluido. Este es el caso común en la Iglesia católica y las Iglesias reformadas, que practican el bautismo de infantes. En el mundo religioso evangélico, donde solo se bautiza a los adultos, y por inmersión, los hijos de padres creyentes y practicantes, en algún momento solicitan el bautismo, y a partir de ahí oficialmente forman parte de la iglesia.

La segunda manera de venir a formar parte de la comunidad es mediante la "conversión" por haber leído literatura o escuchado alguna predicación en campañas evangelísticas, o personalizada, y haber sido posteriormente bautizado/a. Mi caso particular diría que se ajusta más a esta segunda manera. Yo procedía de un hogar nominalmente católico no

practicante; es decir, de una indiferencia religiosa heredada. No obstante, la primera vez que entré en la iglesia que dio cobijo a mi inquietud espiritual ya entré "convertido". Convertido de la indiferencia a la fe en Dios por la lectura del Nuevo Testamento. Su personaje central, Jesús de Nazaret, me había llevado a la fe, simplemente a la fe.

Cuando llegamos a formar parte de una comunidad, particularmente los "convertidos" de nuevo (sin antecedentes de padres practicantes), nos encontramos en el mayor desamparo intelectual y teológico para cuestionar nada de lo que nos enseñan en dicha comunidad (quienes crecieron en un hogar practicante traían, en la mayoría de los casos, una fe acriticamente heredada). En mi caso solo tenía vagas ideas de las creencias católicas de mi niñez. La formación teológica propiamente dicha es un proceso que se va adquiriendo mediante los estudios bíblicos que ofrece la misma iglesia (de calado devocional), por un lado; y el estudio personal por medio de la lectura de libros especializados pertinentes a la historia de la iglesia, la doctrina y el cristianismo en general, por otro. Lo cierto es que muy pocas personas siguen esta formación teológica superior y plural por sí mismas. Yo fui una de esas pocas personas, y aún sigo en ello después de más de 45 años. He tenido tiempo de desaprender, aprender de nuevo, revisar y cuestionar muchos temas relacionados con la Biblia misma, la iglesia, la doctrina, la fe... Esto significa que esa gran mayoría que se contentó con el a-b-c del evangelio, vinculado muy estrechamente con lo emocional del momento (la "conversión"), no ha crecido un ápice teológicamente. Ha vivido, y vive, vegetando en una fe infantiloides anclada en aquella "experiencia" primera. Para la mayoría de estas personas la "vida cristiana" consiste en asistir domingo tras domingo "al culto". Esta mayoría de "conversos" ha asimilado el "*corpus theologicum*" de la

denominación a la que pertenece, ha convertido dicho "*corpus theologicum*" en su particular "ortodoxia" y todo lo que se salga de ahí es herético. Nunca se ha molestado en conocer la larga historia del cristianismo desde sus orígenes, cuándo y cómo se formaron los dogmas de fe que configura la actual fe Católica o Protestante. Y no digamos de las otras ramas del cristianismo de Oriente. Le cuesta trabajo entender a esta mayoría adoctrinada que lo que cree hoy es el resultado de un proceso histórico/dogmático según lo ha contado y escrito el cristianismo hegemónico vencedor, que era quien dictaminaba lo que era "ortodoxo" y "herético". Es decir, piensa que lo que cree ha sido así "desde el principio" sin ningún descosido. Y de este adoctrinamiento al fanatismo solo hay un paso. Quienes han recibido una enseñanza académica y teológica formal no es muy diferente, al fin y al cabo dicha formación no es ajena al adoctrinamiento de la denominación religiosa en particular.

#3/ LA REFORMA COMO ANTEOJERA TEOLÓGICA

El mundo evangélico (del que forma parte la Iglesia de Cristo del Movimiento de Restauración, al menos en España) presume de pertenecer al movimiento de la Reforma del siglo XVI. Por una sencilla razón: La Reforma supuso apartarse de las falsas doctrinas papistas de la Iglesia Católica Romana. De hecho, muchos predicadores de denominaciones evangélicas hicieron de la Reforma no solo su referente teológico sino su *leitmotiv* para la "evangelización": había que convertir a las personas católicorromanas a la fe evangélica para sacarlas del error y de la condenación eterna.

El corazón de la teología evangélica era –y quiere ser– la Teología reformada (con sus incontables matices: calvinismo, arminianismo, etc.). Sobre todo, hasta hace muy poco, lo

principal era ser "antipapista". Esa era nuestra razón de ser. Lo que ocurre es que la **nueva cosmovisión** del mundo, desde finales del siglo XVI, pero en especial desde los siglos XVII y XVIII, ha **dado por obsoleta** la tradicional "ortodoxia" cristiana (tanto católica como protestante). Las discusiones católico-protestantes ya no tienen sentido de ser porque sus teologías están superadas y caducas. Muchos dirigentes religiosos aún no se han enterado y quieren continuar con aquellas viejas discusiones.

Esto es así porque, desde los siglos XVII y XVIII en adelante, **la nueva cosmovisión del mundo** (gracias a la ciencia en general, pero sobre todo a la astronomía moderna, la biología, la nueva arqueología, etc.) **es totalmente diferente** y en muchos aspectos opuesta a la cosmovisión desde la cual se escribieron los libros de la Biblia, que contemplaban un mundo con tres plantas (el cielo, la tierra y el hades). Esto, que es indiscutible, ha abierto **una nueva cosmovisión teológica** también.

Reflexiones como las expuestas en artículos *Errores sobre el mundo que redundan en errores sobre Dios*, *El nuevo paradigma arqueológico-bíblico* (José M. Vigil), *¿Pueden cristianismo y modernidad caminar juntos?* (Roger Lenaers); o libros como *La metáfora de Dios encarnado* (John Hick), *Otro cristianismo es posible* (Roger Leeners), *Repensar la cristología* (Andrés T. Queiruga), y las obras de otros tantos autores (teólogos católicos la mayoría), nos obligan a revisar todos los conceptos que aprendimos cuando llegamos a la iglesia.

Una fe que se refugia en la tradición, y su mayor argumento es que **así ha creído siempre** desde que se "convirtió", raya con el fanatismo, y desdice de una fe mínimamente ilustrada. Cuando pasé de la indiferencia religiosa a la fe en Dios, de la mano del Jesús de los Evangelios, quise ser cristiano antes que

religioso. De hecho, el primer libro que leí de la biblioteca de la iglesia se titulaba así, "*Cómo ser cristiano sin ser religioso*", un comentario al capítulo 12 de la carta de Pablo a los Romanos.

Así que, en efecto, no creo las mismas cosas ni de la misma manera que cuando llegué a la Iglesia de Cristo del Movimiento de Restauración. Empecé siendo, por imperativo, un estudioso, y luego, por vocación, un librepensador. La verdad –esa cosa que va siempre por delante de nosotros– "nos hace libres". Esto en cuanto a las creencias. En lo personal sigo siendo yo.

#4/ LA PARADOJA DE LOS PARIENTES DE DIOS

El fundamento milenario de la fe cristiana se sustenta principalmente en los Credos, que tuvieron como objetivo homogeneizar el cristianismo que se universalizaba por el Imperio romano. El emperador Constantino a sazón de este empoderamiento del cristianismo no podía permitirse una religión, que el vulgo estaba aceptando, dividida. Así que convocó el primer Concilio de Nicea (325 d.C.) para que de él saliera un credo cristológico unificador. Y lo logró. Dejó atrás tres siglos de heterogeneidad cristológica consolidando la deificación del predicador de Galilea.

El sacerdote y biblista norteamericano John P. Meier (Nueva York 1942) dedica 16 páginas en el primero de cinco tomos de su serie "Un judío marginal" para demostrar que los hermanos de Jesús citados en los Evangelios eran hermanos carnales de Jesús por parte de madre; es decir, estos hermanos (Santiago, José, Judas y Simón) y algunas hermanas cuyos nombres se silencian, eran fruto de la relación de María con José su esposo (*Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico*. p. 302-318 – EVD 1998.). Así lo entiende también el mundo protestante.

Meier también deduce que el comienzo del ministerio de Jesús debió de haber sido abrupto e incomprensido por parte de su familia carnal. El evangelista Marcos dice en relación con lo que Jesús estaba protagonizando que *"cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí"* (Marcos 3:21). En ese contexto, continúa diciendo este evangelista que [vinieron] *después sus hermanos y su madre, y quedándose afuera, enviaron a llamarle. Y la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: Tu madre y tus hermanos están fuera, y te buscan"*. Incluso al final de su ministerio, todavía se observa una actitud crítica por parte de los hermanos según el cuarto evangelio: *"Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos; y le dijeron sus hermanos: Sal de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo. Porque ni aun sus hermanos creían en él"* (S. Juan 7:2-5).

No obstante, en algún momento, tanto María como el resto de sus hijos, creyeron que Jesús era el *Ungido* (griego=Cristo, hebreo=Mesías) y Profeta de Dios que habría de venir según estaba anunciado: *"Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable"* (Hechos 3:22). Durante el primer sermón en Pentecostés, Pedro afirmó: *"Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo"* (Hechos 2:36).

Los hermanos de Jesús no solo creyeron la fe de sus discípulos, sino que uno de ellos, Santiago, vino a ser el líder de la comunidad de Jerusalén. Tanto el apóstol Pablo como Josefo, escritor judío, le llaman "el hermano del Señor" el primero y "el hermano de Jesús" el segundo. La posterior deificación del judío

Jesús debemos entenderla en el contexto del mundo greco-romano, donde la divinidad de los emperadores se asumía con cierta normalidad y los taumaturgos pululaban haciendo milagros. El Jesús que había sido ungido con el Espíritu Santo, y que anduvo haciendo bienes y sanando, porque Dios estaba con él (Hechos 10:38), a finales del primer siglo es identificado ya con Dios mismo por el autor del cuarto evangelio: *"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios"* (Juan 1:1 – RVR 1960). El Verbo era Jesús de Nazaret.

La paradoja es esta: ¿Cómo hubiera sonado en labios del monoteísta Santiago, líder de la comunidad de Jerusalén, confesando que Jesús "era su hermano y Dios". O dicho de otra manera (a posteriori): que el *Dios Hijo*, segunda Persona de la Trinidad, había dejado aquí una larga familia, entre hermanos, tíos, primos y parientes. Y que estos, obviamente, andarían afirmando que tenían un hermano, un sobrino, un pariente que era Dios. Pero esta paradoja nunca ocurrió, porque la deificación de Jesús fue un proceso de la ingeniería teológica posterior.

#5/ ¿CADENA DE ORACIÓN? ¡NO, GRACIAS!

Ya han sido varias veces las que he recibido por medio de las redes sociales, *Messenger*, *Facebook*, *Whatsapp*, etc., la invitación a seguir y compartir alguna "cadena de oración" por algún caso concreto, normalmente por una enfermedad grave, y en especial por un niño enfermo. Mi respuesta ha sido siempre condescendiente pero clara en el sentido de que un Dios que necesita que cientos, miles, incluso millones de personas le pidan que haga algo en favor de tal niño, porque de no pedírselo no lo hará, me parece cuando menos un Dios que no merece prestarle la mínima atención, mucho menos rendirle pleitesía. No creo en ese Dios.

El fundamentalismo, como siempre, porque no se molesta en leer e interpretar la Biblia en el contexto en que fue escrita, se limita a señalar una serie de textos bíblicos para afianzarse en la necesidad, la conveniencia y la obligación moral de unirse en oración por cosas concretas relacionadas con la vida: los negocios, los viajes, el trabajo, los exámenes... y, por supuesto, la salud. El Dios del cielo (papaíto) está allí arriba atento a cuantas peticiones le hagamos. No tiene otra cosa que hacer. Además, ya lo dice muy claro la Biblia, concretamente Jesús: *"Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá"* (Marcos 11:20-24). Los textos que sirven para este propósito son obviamente muchos, pero este que cito es suficiente como botón de muestra. Sin menoscabo de la eficacia que pueda tener la oración *per se*, o la meditación, o cualquier otro mecanismo de similar naturaleza, lo que quiero es invitar al lector creyente a que haga una simple reflexión –sin que le afecte sobremanera a su fe–, que use la capacidad cognitiva con la que el Creador le dotó y *"caiga en la cuenta"*. Veamos:

Hasta que se descubrieron las vacunas o los fármacos que curaban ciertas enfermedades, las personas, ¡especialmente los niños!, morían por miles a causa de tales enfermedades. Una vez que las vacunas se pusieron a nuestro alcance, las personas, ¡sobre todo los niños!, se salvaban y se salvan de una muerte cierta. Hoy se salvan sobre todo por la especialización e individualización de los fármacos, la sofisticación de las tecnologías y la formación de los especialistas. Es decir, Dios empezó a responder a nuestras oraciones para curar estas enfermedades, que eran letales, cuando la ciencia descubrió las vacunas y los fármacos que las erradicaban. Por eso, los niños del tercer mundo, en tanto que no les llegan estos recursos farmacéuticos y humanos, siguen muriendo hoy. Desde esta objetiva y tozuda

realidad parece que es Dios quien nos necesita a nosotros y nos pide que hagamos con diligencia aquello que él obviamente no va a hacer. ¡Posiblemente no es su misión hacerlo a la luz de la cotidianidad, y a pesar de los textos bíblicos que afirman lo contrario!

A pesar de esta objetiva realidad, desde la piedad religiosa se sigue remitiendo a la *"intervención"* de Dios en cualquier aspecto de la vida no importa su nimiedad, ¡incluso haciendo cadenas de oración! En los casos de gravedad, cualquiera que sea su naturaleza, se remite a la confianza en Dios porque se cree que todo está en sus poderosas manos. Si todo sale bien (porque está en las manos de la ciencia y del especialista que lo atiende), se lo atribuimos a Dios y obviamos la eficiencia de los especialistas y los recursos de la ciencia. Si sale mal, porque la ciencia y los especialistas aun no están a la altura de tanto éxito –y parece ser que en la voluntad de Dios no estaba tampoco una resolución feliz del problema– entonces se echa mano de la consabida recurrencia: *"No estaría en los planes de Dios"*. Y el terapeuta religioso se queda tan fresco... y el doliente, frustrado y perplejo. Con esta crítica no estoy subestimando la oración de petición a Dios, lo que estoy diciendo es que quizás debamos reenfocar la oración de petición y modificar la imagen que tenemos de Dios. Que la oración es eficaz no hay ninguna duda, tanto para los que oran como para el sujeto por quien se ora. Pero no porque Dios haya intervenido con su poderosa mano, sino porque nuestra psique responde positivamente en su relación con nuestro cuerpo y nuestro estado de ánimo (enfermo). Somos seres psicosomáticos. Hay una relación entre la psique (alma) y el *"soma"* (cuerpo) que interactúan positivamente –o negativamente–, y la oración es un medio idóneo para que ocurra lo primero. Y no solo en la oración *"cristiana"*, ocurre en cualquier clase de oración o meditación. La respuesta de

la oración, pues, viene por un camino muy diferente y con un resultado, a veces, distinto al solicitado.

Por supuesto, para los creyentes, la oración nos acerca a Dios, nos influye confianza y serenidad ante cualquiera que sea la realidad final. La oración es una fuente de poder moral y espiritual tanto para el que ora como para quien por medio de la oración intercedemos. Pero la "intervención" de Dios no radica en que hará aquello que le pedimos, sino en que estará a nuestro lado para facultarnos en la superación de la contingencia a la que nos enfrenta la vida, cualquiera que esta sea. Dios no está ausente –porque no puede ausentarse de su propia realidad–, él está siempre en y con nosotros... ¡como estuvo con Jesús en la cruz!

Estas "cadenas de oración" que se promueven en las redes sociales me huele que pretenden –quienes las promueven– ser más piadosos que el mismo Dios, que sabe todo de antemano, pero parece que si no promueve dicha cadena de oración Dios no va a hacer nada, está ausente, o está esperando a que sus hijos se lo pidan suplicando con lágrimas en los ojos, o insistiendo una y mil veces (¿como la mujer que suplicaba al juez? – Luc. 18:1-8) para que actúe. Yo, en este Dios que se le puede manipular por medio de "cadenas de oración" no creo. Creo en el que nos pide que vistamos al desnudo y demos de comer al hambriento... porque él no va a hacerlo. ¿Cadena de oración? ¡NO, gracias!

#6/ ¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE NUEVO PARADIGMA?

El teólogo y escritor católico **Hans Küng** denomina "paradigmas" a las distintas etapas históricas del cristianismo, desde la etapa protocristiana-apocalíptica (muerte de Jesús y edad apostólica), paradigma P I; hasta el Concilio Vaticano II, P VI; pasando por la

Patrística (P II), la Escolástica (P III), la Reforma (P IV), la Ilustración (P V). (**Hans Küng**, *Cristianismo*. Trotta. V Edición. 2007).

José María Vigil, teólogo católico también, prefiere hablar de un periodo más amplio al que llama "era axial" correspondiente a un paradigma precientífico y premoderno. En este sentido, **Vigil**, como otros autores[1], más que de "reforma" (cualquier clase de reforma) prefiere hablar de "ruptura", porque aquel viejo paradigma ya es insostenible a la luz de los conocimientos de la Modernidad, la cual dio paso a un paradigma nuevo en el pensamiento humano. **Vigil** define este nuevo paradigma "como una nueva forma global de articular y combinar los elementos de la fe, desde unas bases nuevas, desde unos supuestos globales diferentes" (*Teología del pluralismo religioso*). En un amplio artículo, **Vigil** señala este nuevo paradigma haciendo caer en la cuenta al lector de que *los errores que teníamos del mundo redundaban (redundan) en los errores sobre Dios mismo*. [2] Lo cual implica revisar no solo el lenguaje con el que expresamos la fe, sino los conceptos mismos que la configuran. En esta revisión están insertos conceptos vitales de la fe como el significado de la "resurrección corporal e histórica" de Jesús; del Dios que exige un "sacrificio redentor" (el de su Hijo) por causa de la "caída en el pecado" de Adán y Eva en el Paraíso; del cielo como "lugar" físico donde van las almas de los difuntos; del concepto del "alma" misma como entidad separada del cuerpo, y un largo etcétera.

Es un nuevo paradigma que afecta directamente a los bastiones teológicos "Sola Escritura" y "Solo Cristo" del protestantismo; bastiones que tuvieron indiscutiblemente un papel apologético válidos en la época en que se esgrimieron contra la desbordada hegemonía de la Iglesia católica. Sin embargo, durante el Concilio Vaticano II se expusieron críticamente las consecuencias de la afirmación

centenaria de “fuera de la Iglesia católica no hay salvación”, que dejaba fuera no solo a los “herejes protestantes”, sino a millones de personas que vivían otras fes diferentes, como los musulmanes, hindúes, budistas, animistas, etc., que, se afirmaba, estaban condenados eternamente. Este concepto teológico excluyente continúa presente en la enseñanza y la predicación de la mayoría de las denominaciones cristianas, que les sirve de *leitmotiv* para las misiones (y hacer el ridículo en las vías públicas).

Este revisionismo que están realizando algunos teólogos, especialmente católicos y anglicanos (nota 1), está en la línea del teólogo ya citado, **Vigil**, quien desglosa de forma maestra en su libro *Teología del pluralismo religioso*. Se puede descargar de internet una presentación y el índice del libro.[3]

El *alma mater* de esta revista, desde los inicios de su predecesora, *Restauromanía*, ha sido –y es– la hermenéutica, la ciencia de la interpretación de los textos literarios, en particular de los textos bíblicos. Un tema que ha desarrollado espléndidamente **Jorge Alberto Montejo**, colaborador asiduo de esta revista[4]. Hemos dedicado muchas horas, mucho espacio en el papel, a esta apología. Posiblemente la hermenéutica sea el elemento que articula el viejo paradigma precientífico con el nuevo paradigma que abre la Modernidad, que tantas disputas filosóficas, científicas y teológicas ha suscitado en los siglos pasados y continúa suscitando en el presente.

Muy pocos teólogos se han atrevido a hablar tan claro respecto a la asincronía entre estos dos paradigmas como lo han hecho el obispo americano **John Shelby Spong** y el teólogo español (naturalizado nicaragüense) **José María Vigil**, anglicano el primero y católico el segundo. En España este tema lo ha tocado el teólogo **Máximo García Ruíz** en su libro

“*Redescubrir la Palabra*” (CLIE, 2016). Uso el término “atrevido” porque es el verbo exacto para describirlos. En sus trabajos y reflexiones, los dos primeros autores citados, llegan a la misma conclusión: el cristianismo actual no merece ninguna “reforma”, sino una “ruptura” total. Por una razón muy sencilla –para ellos–: el paradigma en el que se desarrollaron las formulaciones religiosas y teológicas –cualquiera formulación religiosa o teológica– no tiene nada que ver con el paradigma de la Modernidad. Cuando hablamos de Modernidad nos referimos a dicho nuevo paradigma cultural, filosófico y científico que ha modelado la cosmovisión del mundo y de la vida actual sin prisa pero sin pausa. El lenguaje y los conceptos teológicos de las religiones, también del cristianismo, están asentados sobre aquel viejo y precientífico paradigma. Por ello, otros teólogos, en la misma línea de los citados anteriormente, piensan que “*Otro cristianismo es posible*” (**Roger Lenaers**) y que hay “*Otra manera de creer*” (**Andrés Torres Queiruga**).

En el centro de esta discusión se halla la Biblia como libro(s) revelado(s) para los cristianos. Y es el centro de la discusión por el concepto de “inerrancia” que cierto sector del cristianismo atribuye a la Escritura. Este concepto lo defiende un reducido grupo de personas pero con una gran influencia sobre el vulgo que les sigue de manera acrítica. De manera que el meollo de la cuestión es el concepto que este sector religioso tiene de la Biblia (¡que no es diferente del concepto que defienden los integristas musulmanes sobre el Corán!). Le cuesta entender a este sector cristiano que está anclado en el viejo paradigma, obsoleto, cuyos conceptos ya no caben en el nuevo.

¿Qué tiene el viejo paradigma por lo que deba ser superado?

Ya lo hemos repetido hasta la saciedad: ¿Cómo aceptar como histórico un relato en el que Dios mata a todos los primogénitos de un país por

culpa del soberano que lo gobierna? (Éxodo 12). ¿O que ordene aniquilar a mujeres, ancianos y niños para dar su territorio y su hacienda a un "pueblo elegido"? (Josué 6-12). Los relatos de esta naturaleza son muchísimos en la Biblia. Solo es posible leerlos e interpretarlos desde el estilo legendario y mítico al que pertenecen. Aun así, la falsa imagen que ofrecen de Dios no es asimilable.

Hoy no es admisible creer que los males de la naturaleza (terremotos, tsunamis, sequía, inundaciones...) sean castigos divinos ni siquiera que ocurran con el permiso de Dios con algún plan ignoto. No son admisibles esas imágenes falsas de Dios en que aparece como un juez sádico, vengativo y ansioso de sacrificios cruentos. No es admisible que él mismo, o a través de un "ángel" (enviado), se dedique a aniquilar a sus propias criaturas de manera arbitraria, simplemente como una muestra de su poder. Esta imagen de Dios es inaceptable, pero es la imagen que la Biblia ofrece de él. Es cierto que la misma Escritura también ofrece otra imagen más benigna y piadosa, pero esta no anula la otra, y Dios solo puede ser uno y único. Por eso vemos a Jesús en los Evangelios distanciándose sistemáticamente de esos relatos donde aparece un Dios caprichoso, arbitrario y vengativo (fuego del cielo para destruir, lapidación de una mujer acusada de adulterio, etc.). Esto significa que la Escritura es esencialmente un producto literario humano que nos habla de la experiencia y la cosmovisión que sus autores tenían de Dios, del mundo y de la vida.

Hoy, a dos mil años de distancia en el tiempo de los relatos evangélicos, escritos en y desde aquel viejo y precientífico paradigma, podemos recuperar muy poco de ellos. Quizás los referentes al Jesús galileo. Pero de este Jesús a la institución eclesiástica que le reformuló mediante los dogmas hay mucho que decir. Por eso tanto Spong como Vigil dicen que solo nos

queda la "ruptura" con el viejo paradigma. Para entender mejor esto cito a **José María Castillo**, teólogo jesuita, respecto al tan reivindicado sacerdocio de la mujer. Castillo ve absurdo reivindicar el sacerdocio femenino porque eso significa perpetuar una institución que nunca existió en el cristianismo primitivo. El "sacerdocio" como casta es una invención posterior. Lo que hay que hacer –dice el teólogo católico– es renunciar a dicho sacerdocio y recuperar de nuevo el "ministerio" (servicio) de las primeras comunidades cristianas, donde la mujer "ministraba" en igualdad con el hombre... ¡hasta la involución de las Pastorales, a finales del siglo II! Así lo muestra **Rafael Aguirre** en su obra "*Del movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana*".

Notas:

[1] Por ejemplo: **Andrés Torres Queiruga**: *Repensar el mal; Repensar la resurrección; Repensar la cristología; Fin del cristianismo premoderno; Otra manera de creer*. **John Shelby Spong**: 12 Tesis: <http://johnshelbyspong.es>. **Rogers Lenaers**, *Otro cristianismo es posible*. **John Arthur Thomas Robinson**, *Sincero para con Dios*.

[2] <http://www.servicioskoinonia.org/relat/440.htm>

[3] <http://tiempoaxial.org/textos/TA5Presentacion.htm>

#7/ NO OBSTANTE, LA TIERRA NI ESTÁ QUIETA NI ES PLANA

Causa un profundo pudor escribir sobre este tema en el siglo XXI. Hoy solo los "frikis" conspiranoicos se atreven a afirmar que la Tierra está quieta o es plana (¡o está hueca!). Pero posiblemente no todos del 25% de los españoles que creen que el Sol gira alrededor de la Tierra sean "frikis". [1] Al youtubers Oliver Ibáñez, que defiende la teoría de la Tierra plana [2], se suma el cantante rapero B.o.B. que "quiere enviar satélites al espacio que desvelen la `conspiración` de las agencias espaciales" [3]. Curiosamente, casi siempre estos defensores de la Tierra plana citan la Biblia para corroborar sus afirmaciones, quizás porque el lenguaje y los conceptos cosmológicos de la Biblia corresponden a esta noción de nuestro planeta (como veremos más adelante). No obstante, aunque el fundamentalismo cristiano no defiende la Tierra plana (¡hasta ahí podíamos llegar!), sí hay quienes defienden el sistema geocéntrico (el Sol gira alrededor de la Tierra). [4] Pero volvamos a la Tierra plana.

Las pruebas científicas de la esfericidad de la Tierra son abrumadoras (no una esfera perfecta, pues está achatada por los polos por el efecto de la fuerza gravitatoria al girar sobre su eje). Desde el siglo V a.C. había filósofos que intuyeron su esfericidad por las observaciones que hacían. Por ejemplo, observaban durante los eclipses lunares que la sombra de la Tierra sobre la Luna era circular. También observaban que lo último que divisaban cuando un barco se alejaba de la costa era la parte superior de la vela. Luís Antequera, en *De la esfericidad de la Tierra: una breve reseña histórica*, dice que "Zenón (h.490-430 a.C.) y Hesíodo (h.s. VII a.C.) habrían sido los primeros en afirmar que la Tierra es redonda, si bien el historiador griego Diógenes Laercio (s. III d.C.) atribuye el mérito al matemático Pitágoras (h. 569-h.475 a.C.), y el filósofo Teofrasto (h.371-h.287 a.C.) a Parménides (n. h.530). Aristóteles, en el s. IV

a.C., llegaba a la misma conclusión que los primeros. Claudio Ptolomeo (s. II d.C.), astrónomo y matemático egipcio, recogiendo las ideas de los filósofos griegos, planteó un modelo de Universo geocéntrico. Su tratado cosmológico más importante está recogido en el *Almagesto*, escrito en Alejandría, Egipto. Después de Ptolomeo, siguieron su modelo geocéntrico y de la Tierra esférica, personajes tan insignes como Santa Hildegarda de Bingen (1098-1179), en su trabajo *Liber Divinorum Operum*; San Beda (672-735), en su *De Temporum Ratione*; y San Isidoro de Sevilla (560-636) en sus *Etimologías*". [5] La confirmación empírica de la esfericidad de la Tierra se la debemos a Juan Sebastián Elcano y a Fernando Magallanes, que circunvalaron la Tierra por mar en el siglo XVI.

Hoy, la evidencia de la Tierra esférica está confirmada abrumadoramente por la ciencia y la astronomía modernas, además de los viajes espaciales por naves tripuladas y no tripuladas. Pero no lo veían así los autores de la Biblia, que compartían la cosmovisión vulgar de sus coetáneos.

Cosmovisión histórica de la Tierra plana

Si bien desde el siglo V a.C., como ya hemos citado, algunos filósofos griegos (Hesíodo, Zenón, Aristóteles...) anunciaban la posibilidad de que la Tierra fuera esférica, no obstante, la idea que predominaba entre el vulgo era la de una Tierra plana. De hecho, la esfericidad de la Tierra fue tomando carta de naturaleza entre el vulgo muy lentamente. Entre el clero cristiano de los primeros siglos la aceptación de una Tierra esférica no era generalizada. **Cosmas Indicopleustes**, marino griego que se hizo monje nestoriano, sobre el 550 d.C. escribió un libro llamado "*Topografía cristiana*". En él afirma que la Tierra es plana, y desacredita la teoría de la tierra esférica por ser "una enseñanza pagana" (griega). Se cuestiona el monje cómo una Tierra esférica en el centro

del Universo podría haber emergido de las aguas el tercer día de la creación, o cómo se podía haber inundado a causa del diluvio en los días de Noé. La Tierra, decía, era plana y estaba rodeada de agua por todas partes.[6] La cuestión es que la idea de la esfericidad de la Tierra seguía siendo un tabú para muchos cristianos de los primeros siglos, y aunque algunos la admitían, no obstante, no se atrevían a aceptar la posibilidad de que hubiera habitantes en el otro extremo de la esfera terrestre, los antípodas (¿cómo iban a vivir con la cabeza para abajo?). Pero, simultáneamente, autores de la talla de **Basilio el Grande** (330-379), **San Ambrosio** (340-397) o **San Agustín de Hipona** (354-430) aceptaban la esfericidad terráquea.[7].

Cosmovisión bíblica de una Tierra plana

En general, los escritores de la Biblia “tenían una idea funcional de la tierra: se la imaginaban como un gran disco plano, cuya redondez limitaba en el horizonte”. [8] Es decir, la cosmovisión de los escritores bíblicos era la misma que la de sus coetáneos. Se acomodaron a la creencia general conforme a las apariencias. No obstante, contrario a lo que aquí exponemos, el documentalista israelí **Frederick Guttman**, afirma que los antiguos no creían en una Tierra plana.[9] En defensa de **Guttman** se puede decir que esta cosmovisión era generalmente la del vulgo, pero cosmovisión al fin y al cabo.

Algunos textos que avalan la Tierra plana

“Él está sentado sobre el círculo de la tierra...” (Isaías 40:22 – VRV60).

Otras versiones: “Dios habita en el orbe de la tierra... despliega el cielo como un toldo” (BTI). “Él está sentado sobre el círculo de la tierra... El tiende los cielos como un toldo” (Nácar-Colunga). “El que se sienta sobre el círculo de la tierra... el que extendió como toldo el cielo y lo desplegó” (Biblia del Peregrino).

En primer lugar, estas Versiones no hablan de “esfera”, sino de “círculo” u “orbe terrestre” (“orbe” es muy generalista). El “círculo” está más en consonancia con la cosmovisión de la época. La planicie “circular” es la percepción que se tiene del entorno terrestre observado desde un lugar alto, como puede ser la cima de un monte. El horizonte que un observador divisa desde la cima de una montaña es equidistante del lugar de observación, y se percibe como un círculo plano, aunque ondulado por las colinas y las montañas más bajas que la del punto donde se encuentra el observador. Creemos que este es el imaginario cosmológico del profeta.

“Al que extendió la tierra sobre las aguas” (Salmos 136:6). “Pusiste la Tierra sobre sus bases para que ya nunca se mueva de su lugar” (Sal 104, 5). “...Dios la afirmó para que no se mueva jamás” (Sal 93:1).

El salmista, por su lado, habla del reposo de la tierra sobre las aguas y de su inmovilidad. “Dios la afirmó –la hizo estática– y no se “moverá” jamás. En el último texto está implícito además el sistema geocéntrico: una tierra inmóvil sobre la que gira el Sol.

“Crecía el árbol, y se hacía fuerte, y su copa llegaba hasta el cielo, y se le alcanzaba a ver desde todos los confines de la tierra” (Daniel 4:11). “Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo” (Mateo 4:8).

Tanto en el relato del sueño que interpreta Daniel, como en el relato de Mateo (tentación de Jesús), aunque le atribuyamos un sentido poético o simbólico, el lenguaje de ambos se fundamenta sobre el concepto de una Tierra plana: en ambos textos está presente el factor “altura”. Es precisamente la altura que tiene el árbol lo que permite que sea “visto” desde todos los confines de la tierra, y es la altura del monte lo que permite mostrarle a Jesús todos los reinos del mundo. Los “confines de la

tierra", y "los reinos del mundo" hablan de una "universalidad terrícola": ¡nuestro planeta!

En una Tierra esférica, por muy alto que sea un monte nunca podríamos ver lo que hay en las antípodas (el otro lado del globo terráqueo), ni podríamos ser visto por los observadores que viven en el otro hemisferio terrestre.

"¡Que exista el firmamento y separe unas aguas de otras! Y así sucedió. Hizo Dios el firmamento y separó las aguas que están abajo, de las aguas que están arriba" (Génesis 1:6-7 BTI).

Este engorroso texto de Génesis se entiende mejor desde la perspectiva de una Tierra plana en forma de disco, como sugerían los mitos sumerios y sirios. El concepto de un "océano primordial" está presente en todas las cosmogonías.[10] La tierra (plana) emerge al separar las aguas primordiales. Al separar las aguas, unas quedan arriba por encima del firmamento, y las otras debajo de la Tierra. Esta, así, queda en el medio. Por ello, en el diluvio de Génesis *"fueron rotas todas las fuentes del gran abismo [las aguas de abajo], y las cataratas de los cielos fueron abiertas [las aguas de arriba]"* (Gén. 7:11). Y por esta comprensión mítica de una Tierra plana, **Cosmas Indicopleustes**, el marino griego que se hizo monje, se cuestionaba cómo una tierra esférica en el centro del universo podría haber emergido de las aguas el tercer día de la creación, o cómo se podía haber inundado a causa del diluvio en los días de Noé.

La moraleja es la siguiente: El literalismo bíblico no solo hace el ridículo, desprestigia además el buen hacer exegético, hermenéutico y teológico de la fe cristiana.

#8/ TEOLOGIZACIONES, VELO, ESCLAVITUD Y TUTELA DE LA MUJER

"Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad sobre su cabeza"

"Siervos, obedeced a vuestros amos"

"Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio"

¿Legítima la Biblia hoy alguna "señal" (velo) de "autoridad" (tutela) hacia la mujer; la institución de la esclavitud; y el impedimento de que la mujer enseñe o tenga algún dominio sobre el hombre? ¿Por qué dice la Biblia eso? ¿En qué contexto lo dice?

1. UNA INTRODUCCIÓN NECESARIA

Las instituciones, tanto políticas como religiosas, guardan una coherencia con las cosmogonías que las sustentan. La cosmogonía aporta el orden, el estatus y el honor debidos a los colectivos o a los individuos en el ámbito político, social, familiar y religioso de un pueblo. Este orden cósmico jerárquico viene representado simbólicamente de manera piramidal, en cuyo vértice está situado Dios y en la base el estatus más bajo: los esclavos. Sintéticamente, para el propósito que nos incumbe, el orden sería así: Dios (Autoridad)- Hombre-Mujer-Hijos-Esclavos.



Orden político

Ningún orden social se entiende al margen de su respectiva cosmogonía. Las diferencias y las similitudes entre las civilizaciones tienen su origen en sus diferentes cosmogonías. Una similitud cosmogónica en cualquier civilización es la jerarquía que origina, tanto en el cielo como en la tierra.[1] La jerarquía terrestre es

una evocación de la celeste, que sirve como modelo. Por ello, en el ámbito terrícola, el vértice de la pirámide imaginaria de esta jerarquía está siempre ocupado por el rey, el emperador... que es elegido por el dios, que en algunas cosmogonías adquirirían incluso el título de "hijo de dios" (cuando no se asemejaban a los dioses mismos). Esta simbiosis entre el dios y su ungido (elección divina) es común a todo el antiguo Oriente. En Mesopotamia antigua, aun en el caso del hijo que sucede a su padre, que era la ley ordinaria, y en todas las épocas, el rey es considerado elegido por el dios. Desde Gudea, que es el "pastor notado por Ninguirsu en su corazón", hasta Nabonido, al que "Sin y Nergal determinaron para que reinase, cuando todavía estaba en el seno de su madre", y hasta Ciro, del que una composición babilónica dice que Marduk designó su nombre para la realeza sobre el universo.[2] De este Ciro, en relación con el Dios de Israel, leemos en el deuterocanónico: "El que llama a Ciro: Pastor mío... Así dice el Señor de su ungido, de Ciro, a quien llevo de la mano." (Isaías 44:28; 45:1 BTI). Esta idea de elección divina se lleva al extremo en Egipto, donde a cada faraón se le considera hijo de Ra, el dios solar. En los reinos arameos de Siria, Zakir, rey de Hamat y de La'as, dice: "Baal Samain me ha llamado y ha estado conmigo, y Baal Samain me ha hecho reinar". Este Zakir era un usurpador, pero Bar-Rekub, rey de Senyirli, es sucesor legítimo y dice: "Mi señor Rekub-el me ha hecho sentar en el trono de mi padre". [3]

En la monarquía israelita el rey era "el ungido de Dios" (2Samuel 12:7). En general, los gobernantes, los magistrados, etc., se consideraban puestos por Dios mismo y ocupaban el lugar jerárquico inmediato después de Dios y sus Ángeles. Esta idea de que el rey y los gobernantes son puestos por Dios mismo ha perdurado hasta entrada la Edad Moderna, cuando en Europa empezaron

a erradicarse las monarquías, pero persiste en el mundo cristiano fundamentalista, que sigue orando por los gobernantes de acuerdo a Romanos 13:1 y 1 Timoteo 2:2 como "puestos por Dios". En los sistemas políticos modernos, donde rigen las democracias, quienes gobiernan son elegidos por el pueblo, no son "puestos por Dios". El centro de gravedad de este orden político-social se derivaba de la jerarquía cosmogónica representada por la pirámide imaginaria antes citada. En el Nuevo Testamento, con la figura del Cristo ya presente, el rango jerárquico adquiere este orden: Dios-Cristo-Varón-Mujer-(esclavo), que sirve para la "teologización" del estatus de la mujer. (1Cor. 11:3).

Orden social y familiar

En el orden social (códigos domésticos), el estatus del varón libre primaba en calidad de esposo, padre y amo; el estatus de la esposa superaba solo al de los hijos y los esclavos, independientemente del sexo de estos. Estos códigos domésticos que hallamos en el NT ya los consideraba Aristóteles en *La Política* como los elementos básicos de la casa:

"Una vez que hemos puesto de manifiesto de qué partes consta la ciudad, tenemos que hablar en primer lugar, de la administración doméstica (oikonomia), ya que toda ciudad se compone de casas. Las partes de la administración doméstica corresponden a aquellas de que consta a su vez la casa, y la casa perfecta consta de esclavos y libres. Ahora bien, como todo se debe examinar por lo pronto en sus menores elementos, y las partes primeras y mínimas de la casa son el esclavo y el amo, el marido y la mujer, el padre y los hijos, habrá que considerar respecto de estas tres relaciones qué es y cómo debe ser cada una, a saber: la servil (despotiké), la conyugal (gamiké) (pues la unión del hombre y la mujer carece de nombre) y la procreadora (teknoipoietike), que

tampoco tiene nombre adecuado" (I, 1253 b 6-8) [4]

En el Nuevo Testamento encontramos estos códigos domésticos (sumisión de la mujer, la esclavitud...) sobre los cuales se exhorta a cumplir fielmente como una expresión de obediencia a Dios mismo, lo que significa que no solo se aceptan dichos códigos domésticos, sino que se "teologizan", se les otorgan un carácter sagrado.

2. TEOLOGIZACIÓN DEL USO DEL VELO

"Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad (1Cor. 11)

En la época del Nuevo Testamento, además de un símbolo de pudor, el velo era también un símbolo de subordinación al varón, según las reglas del estatus y del honor. Pero por razones que solo podemos especular, a la luz del 1Cor. 11, algunas mujeres cristianas de Corinto habían prescindido de la "señal" (velo) [5] que mostraba su sujeción al marido además de su recato en aquella cultura. Esta actitud por parte de aquellas mujeres originó un problema no solo en el hogar y en la iglesia, sino en el testimonio hacia "los de afuera" (los no cristianos). Por ello, y ante el escándalo que suponía en todos los órdenes, el Apóstol intervino de manera fulminante. La proposición apologética de Pablo es la siguiente: "Porque si la mujer no se cubre, que se corte también el cabello; y si le es vergonzoso a la mujer cortarse el cabello o raparse, que se cubra" (v.6).

El Apóstol razona su proposición mediante tres argumentos, dos teológicos y uno estético.

Primer argumento teológico:

"Porque el varón no debe cubrirse la cabeza, pues él es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón" (v. 7).

Pablo apela al orden cósmico de los estatus sobre los que está organizado el mundo

simbólico de su época: en el rango Dios-Hombre-Mujer, el más próximo a Dios es el hombre, por ello él es la gloria de Dios, y la mujer es la gloria del hombre porque le sigue en rango.

Segundo argumento teológico:

"Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón" (vs.8-9).

El Apóstol evoca el segundo relato de la creación de Adán y Eva (el sacerdotal), donde la mujer es creada en último lugar, después incluso que los animales (Gn. 2:4 sig.). Sin embargo, en el relato "yavista", ambos son creados a la vez: "Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (Gn 1:27).

Argumento estético:

"Juzgad vosotros mismos: ¿Es propio que la mujer ore a Dios sin cubrirse la cabeza? La naturaleza misma ¿no os enseña que al varón le es deshonoroso dejarse crecer el cabello? Por el contrario, a la mujer dejarse crecer el cabello le es honoroso; porque en lugar de velo le es dado el cabello" (vs.13-15).

Aquí, naturaleza, se refiere a la "costumbre". Aunque parezca lo contrario, "en lugar de velo le es dado el cabello" no significa que el cabello largo sustituye al velo, sino que la costumbre (naturaleza) del cabello largo confirma que debe cubrirse con el velo. ¿Qué sentido tendría, si no, su apología?

Conclusión: *"Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad sobre su cabeza..." (v.10).*

Desde una exégesis literalista (hablar donde la Biblia habla...), hoy la mujer cristiana debería cubrir su cabeza con un velo (¡porque lo dice la Biblia!). No obstante, el hecho de que "cubrirse" la mujer con un velo fuera en aquella época una "costumbre" (relacionada con el pudor y la sumisión), significa que la

“teologización” de dicha costumbre no conlleva la obligación atemporal de la misma. Analizada esta teologización en su contexto nos indica que la misma no tiene un carácter absoluto, sino local y circunstancial en el contexto donde y cuando se formalizó. Nos vale el principio (cuando tenga que ver con la estética y la ética), pero no la norma cosificada en el velo.

3. TEOLOGIZACIÓN DE LA ESCLAVITUD

“Siervos, obedeced a vuestros amos... Como a Cristo” (Efesios 6:5-7)

La institución de la esclavitud –como la costumbre del velo– no quedó fuera de esta “teologización” de la que venimos hablando. El perfil social de las personas que integraban las iglesias del cristianismo primitivo era muy heterogéneo, pero la mayoría pertenecía a un perfil humilde, entre ellos muchos esclavos y esclavas. En un estatus superior se encontraban aquellos que se permitían precisamente tener esclavos, los amos.

El hecho de que se insistiera tanto en las relaciones entre amos y esclavos (fueran los amos creyentes o no), y se les exhortara a los amos creyentes a ser condescendientes con sus esclavos –pero más a los esclavos creyentes a que sean obedientes a sus amos–, indica que era frecuente la rebeldía de estos y el abuso de aquellos (cf. Efe. 6:5-6; Col. 3:22; 1Tim. 6:1-2; Tit. 2:9-10; 1Pe. 2:18) con el consiguiente castigo, incluso físico, por parte de los amos (1Pe. 2:19-20).

En cualquier caso, porque la sociedad de aquella época se sustentaba en la mano de obra y el servicio de los esclavos, los líderes cristianos tomaron partido consolidando aquel orden social, primero por el testimonio hacia “los de afuera” (que señalaban a los cristianos de “subvertir” dicho orden), pero, sobre todo, para no ser acusados de sublevación o rebeldía contra el Imperio (Cof. Espartacus, Guerra de

los esclavos, 73 aC.). El entusiasmo de la primera generación de cristianos, y el aire de libertad que el evangelio abanderaba (“libres en Cristo”), debió suscitar actitudes “libertarias” aisladas entre los esclavos cristianos, como ocurrió entre las mujeres de Corinto respecto al uso del velo. Así pues, los dirigentes cristianos debieron sopesar el precio que tendrían que pagar de continuar con dicho entusiasmo, por las sospechas que originaba en “los de afuera”. Y para mostrar a estos que la vida cristiana no suponía un peligro contra las costumbres sociales, se reafirmaron en los códigos domésticos referentes al estatus de la mujer y al estatus de los esclavos.

De ahí que “teologizaran” también esta institución: *“Siervos, obedeced a vuestros amos... como a Cristo... como siervos de Cristo... como al Señor”... “Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón... como para el Señor”* (Efe. 6:5-7; Col. 3:22-24). En relación con los castigos físicos que podrían recibir de sus amos “difíciles de soportar”, se dice: *“Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo...”* (1Pe. 2:18-21). La “teologización” queda expresada en los términos **“como a Cristo”**, **“como siervos de Cristo”**, **“como al Señor”**, **“dejándonos (Cristo) ejemplo”**, etc.

¡Pero casi 19 siglos después, por la inercia de la historia (¡la era industrial!) muchos líderes cristianos se opusieron a esta institución, aunque otros –también cristianos– defendieron la esclavitud apelando a la Escritura, como fue el caso de uno de los padres del Movimiento de Restauración: Thomas Campbell (Apología sobre la esclavitud entre Thomas Campbell y un tal Cyrus donde Campbell la defendía apelando a numerosos textos bíblicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento)[6]. La

institución de la esclavitud en la época de Pablo era generalizada. La única manera de salir de ella era mediante el pago de su libertad. No tenemos constancia de que ninguna iglesia en el siglo primero comprara la libertad de ningún esclavo. Las exhortaciones neotestamentarias están en las antípodas de cualquier liberación. El regreso de Onésimo, a instancia de Pablo (pues había huido de su amo), es un ejemplo (Carta a Filemón). Validar la esclavitud mediante su "teologización" era coherente dada la aceptación generalizada de esta institución. Hoy, cuando la esclavitud en todas sus formas está prohibida en todo el mundo civilizado, no procede ningún tipo de validación al estilo del Nuevo Testamento. Es decir, el hecho de que el autor bíblico "teologizara" la institución de la esclavitud no significa que hoy podamos prolongarla en el tiempo. Ese tipo de exhortación no tiene cabida en la sociedad y el pensamiento modernos.

4. TEOLOGIZACIÓN DE LA TUTELA DE LA MUJER

"Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio" (1 Tim. 2:12)

Tal como los hagiógrafos hicieron con el convencionalismo del velo y la institución de la esclavitud, así hacen con el estatus de la mujer en la sociedad patriarcal donde viven: la "teologizan".

"Como...", "Porque...", son las expresiones típicas que los hagiógrafos usan para "teologizar" la proposición relacionada con el estatus de la mujer en la época del Nuevo Testamento.

La sumisión de la mujer al varón era una institución política milenaria del orden social patriarcal en el judaísmo y en el mundo greco-romano. Esta milenaria institución ha estado encuadrada en el orden cósmico del

patriarcalismo de Oriente Medio y de toda la cuenca del Mediterráneo hasta prácticamente la Edad Moderna. En la antigüedad (también en el Israel bíblico) la mujer pasaba de la tutela del padre a la tutela del marido. De hecho, en general, la mujer pasaba del padre al marido mediante un contrato de compra (Ver Génesis 29).

Basado en el orden cósmico, en la jerarquía patriarcal, el varón libre (marido, padre y amo), ocupaba la cúspide de dicho orden (por encima de él se hallaba el ungido del dios: el rey (y el sacerdote). Al varón le seguía en rango la mujer libre en calidad de esposa y madre. Por eso el marido era "la gloria de Dios" y la esposa era "la gloria del marido" y en este orden (ver 1Cor. 11:7). Le seguían en un rango inferior los hijos y las hijas (y las concubinas cuando las había). Al último rango pertenecían los que no tenían ningún estatus (honor): los esclavos y las esclavas. Esta era la cosmovisión que se tenía del mundo y su ordenación según los rangos del estatus y el honor en la época de los escritores bíblicos.

Los líderes cristianos, especialmente de la segunda y tercera generación, para ganarse un estatus como organización religiosa en el mundo greco-romano (como lo había ganado, mucho antes, la sinagoga judía), aceptaron y "teologizaron" los códigos domésticos mundanos de la época.

Como Sara... Como la iglesia (1Ped. 3:1-7; Efesios 5:24)

(Textos afines: Efesios 5:21-6:9; Colosenses 3:18-4:1; 1Timoteo 2:11-14).

La iglesia de 1Pedro está pasando por una crisis de identidad (finales del siglo primero)[7], y está siendo objeto de censura por parte de "los de afuera" (3:1,16; 4:4,14). Si bien Pablo ofrecía apoyo moral a los cristianos cuyas parejas les estaban abandonando por causa de su fe (1Cor. 7:15-16), Pedro quiere más bien

que las mujeres no solo eviten dicho abandono, sino que ganen a sus maridos incrédulos para la fe mediante el silencio testificante y una conducta irreprochable: que sus maridos no tengan ninguna ocasión de reproche contra ellas.

Para ello, el autor de 1 Pedro recurre a la "teologización": "Como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza" (1 Pedro 3:3,6). El hagiógrafo ve una correspondencia entre el estatus de la mujer de su época y el estatus de la mujer de la época veterotestamentaria. Nada había cambiado en cuanto a este estatus femenino. Teologizar este estatus era normal, coherente y necesario desde el punto de vista pastoral y por causa de la situación que atravesaba la iglesia.

"Como la Iglesia..." (Efesios 5:24)

La iglesia de las Pastorales está en el proceso de institucionalización. Está dejando atrás la censura de "los de afuera" por causa del protagonismo que habían ejercido las mujeres del primer movimiento de Jesús, que era contracultural y ofendía a las gentes. Por ello, la exhortación hacia las mujeres es muy fuerte: se les insta a aceptar el estatus que su estado requiere y que impera en la sociedad: la sumisión al marido. El autor no ve otra figura mejor que se adapte a la sumisión de la mujer al marido que aquella que vincula la Iglesia con Cristo, la cual (la Iglesia) es su cuerpo y él (Cristo) su cabeza. La analogía entre el estatus de la mujer en el orden social patriarcal de la época y el vínculo entre la Iglesia y Cristo era perfecta. Teologizar este estatus de sumisión y tutela de la mujer al varón no requería pensar mucho ni rebuscar figuras complejas:

"Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo" (Efesios 5:24).

¡Pero el estatus de la mujer en el orden social del mundo occidental ha cambiado!

"Porque Adán..." (1 Tim. 2:13)

Una característica de la sociedad de la época del Nuevo Testamento (que persistió en el tiempo) era distinguir y valorar a las personas de forma heterogénea y heterónoma (dependiente): el libre, el esclavo, el artesano, la mujer... El cristianismo primitivo (primeros escritos de Pablo), sin embargo, inauguró una singular fraternidad basada en la igualdad, lo cual desconcertaba bastante a "los de afuera". La declaración de Pablo: "Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gálatas 3:28) es una magnífica expresión del entusiasmo del rito de iniciación que pronosticaba un nuevo orden social. Pero esta expresión entusiasta del Apóstol se enfrentaba al dicho griego atribuido a Platón: "Porque he nacido ser humano y no bestia, hombre y no mujer, griego y no bárbaro".

Obviamente, el prístino enfoque cristiano de la vida chocaba frontalmente con los valores dominantes de la época y rompía los consensos sociales. La ruptura de los consensos sociales siempre origina mucha desconfianza entre las gentes. Esto es un fenómeno social universal. Los cristianos, al principio, por eso mismo, estaban bajo sospechas. El hecho de que los autores de las Pastorales insistan tanto en el estatus de la mujer según los códigos domésticos de la época (sumisión al hombre) es un indicador de que dicho estatus había sido anteriormente "subvertido". Es decir, la imposición del silencio a la mujer en el entorno cúltilo y la prohibición de que esta enseñe a los varones (1 Timoteo 2:11-12), implica que la mujer ha estado hablando (profetizando) y enseñando antes libremente (1 Cor. 11:5). Pero esas prácticas innovadoras resquebrajaban el consenso social que imponían los códigos domésticos. De ahí, las fuertes exhortaciones

para adaptarse al estatus establecido según el orden social patriarcal. Y como en otros casos, este orden se “teologiza”. ¿Cómo teologiza el autor el estatus de la mujer? En este caso recurriendo a un midrash judío del Génesis:

Proposición: “Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio”

Explicación teológica: “Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión” (1 Timoteo 2:13-14). Añadir que, de los dos relatos de la creación de Adán y Eva en Génesis, el autor usa el segundo, Gén. 2:18-23. El primero, Gén. 1:27, no le hubiera valido.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

Para entender cualquier realidad presente debemos mirar al retrovisor de la cosmogonía de la que derivamos, que es el referente que da sentido a nuestra civilización, a nuestras creencias y al orden social y político establecido. Piense el lector en el cambio de paradigma que supuso la Revolución francesa, cuando al rey se le despojó de su patronazgo divino: ¡era una persona común como las demás!

Los autores bíblicos en general, y los del Nuevo Testamento en particular, dependieron de su personal cosmovisión para entenderse a sí mismos y emitir su visión del mundo tanto desde un punto de vista cosmológico como político, social y religioso.

Soteriológicamente, los hagiógrafos creían en un cielo allá arriba, donde estaba Dios (y adonde fue el Cristo resucitado), y creían en un inframundo, abajo (el infierno), lugar gobernado por el príncipe de las tinieblas. Y creían que la historia de los hombres estaba abocada a dirimir su realidad frente a esos dos contingentes: el cielo y el infierno.

Políticamente, asumieron el orden cósmico

piramidal donde la jerarquía terrenal seguía el modelo celestial como voluntad divina (Rom. 13:1). A pesar de que Jesús de Nazaret cuestionó este modelo cósmico (“... los que son tenidos por gobernantes... Pero no será así entre vosotros...” – Mar. 10:42-44), los líderes cristianos lo aceptaron.

Socialmente, a pesar de que Jesús de Nazaret también cuestionó el modelo socio-familiar (¿quién es mi madre y mis hermanos?), y no hizo diferencia entre hombre y mujer, los líderes cristianos de la segunda generación en particular, para abrirse un espacio institucional en la sociedad greco-romana, no solo aceptaron el orden social vigente (el orden cósmico tradicional y los códigos domésticos), sino que lo “teologizaron”; es decir, lo fundamentaron sobre paradigmas religiosos de la Escritura a la que se remitían. Así legitimaron la esclavitud, la tutela de la mujer e incluso el uso del velo.

La pregunta pertinente es: ¿Tenemos que seguir manteniendo aquella antigua y obsoleta cosmovisión del mundo y de la realidad?

Sugerimos la lectura de un artículo de sumo interés publicado en Renovación n° 51 “Errores sobre el mundo que redundan en errores sobre Dios”.

NOTAS

[1] En la cosmogonía bíblica esta jerarquía comienza en el cielo, encabezado por Dios y los Ángeles (Job 1-2; Daniel 10:13, 12:1; Judas 9; Apoc. 12:7). En la esfera terrenal le sigue siempre el rey o los gobernantes políticos (1 Sam. 24:10; 2 Sam. 12:7; Sal. 2:2; Rom. 13:1; etc.).

[2] R. de Vaux, Instituciones del Antiguo Testamento.

[3] *Ibidem*

[4] Aristóteles, La política, 1260 b 12-21, en: Rafael Aguirre, Del movimiento de Jesús a la iglesia cristiana – Verbo Divino, pág. 120.

[5] Ver “Señal de autoridad”. <https://>

revistarenovacion.files.wordpress.com/2014/01/senal-de-autoridad.pdf

[6] Millennial Harbinger Third Series BETHANY, VA. JANUARY, 1845. No. 1.

[7] Una crisis acentuada por la frustración de que la "parusía" (2ª venida de Cristo) no acababa de realizarse, y muchos estaban abandonando la iglesia (2Ped. 3).

#9/ ¿A QUÉ LLAMAMOS DIOS?

¿Un Dios locuaz?

El lector de la Biblia atento percibe enseguida que en la época de los personajes bíblicos Dios hablaba directamente con ellos de la misma manera que nosotros conversamos. Por ejemplo, según el autor de Génesis, Dios había hablado a Abraham diciéndole: "*Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré*" (Génesis 12:1). A Moisés, mientras pastoreaba las ovejas en el monte, le llama desde una zarza ardiente: "*¡Moisés, Moisés... Yo soy el Dios de tu padre...*" (Éxodo 3). A Josué le notifica la muerte de Moisés y le comisiona como líder en su lugar: "*Mi siervo Moisés ha muerto; ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo el pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel...*" (Josué 1). Y así, a los reyes, a los profetas... Las frases típicas en la Biblia son: "Habló Dios a...", "Le dijo Dios...", etc. En el Nuevo Testamento, salvo dos veces que se oye la voz divina desde el cielo (Lucas 3:22; 9:35), es el Espíritu Santo el que "dice" o "habla" a alguien (Hechos 10:19; 11:12); o bien es Jesús resucitado (Hechos 9:5); incluso un Ángel de Dios (Lucas 1:26 sig.; Hechos 10:3).

Ahora bien, ¿cómo hemos de entender este "diálogo" –incluso la voz del cielo– entre Dios y los humanos? "¿Es razonable, comprensible y teológicamente admisible –se pregunta Máximo García– que Dios mantenga diálogos más o menos coloquiales con los humanos?"

[1] El teólogo católico Andrés Torres Queiruga dice que "la revelación es real no porque Dios tenga que `entrar en el mundo`, irrumpiendo en sus mecanismos, físicos o psicológicos, para hacer sentir una voz milagrosa; es real porque él está ya siempre `hablando` en el gesto activo e infinitamente expresivo de su presencia creadora y salvadora.[2]

Pero, independientemente de la manera en que haya hablado Dios a los seres humanos, el lector de la Biblia atento percibe también que Dios hoy ya no se comunica así.

¿Un Dios silente?

Desde la época de los últimos escritos canónicos (del Nuevo Testamento), ni Dios, ni Jesús, ni el Espíritu Santo, ni los Ángeles nos hablan ni nos dicen nada (a la manera "locuaz" de los relatos bíblicos). Silencio total durante dos milenios. Ante este notorio silencio se dice que hoy Dios nos habla por medio de "su Palabra", la Biblia. ¡Abrupto cambio de medio de comunicación que dura ya dos mil años! ¡Con lo inequívoca que era aquella manera directa de dar órdenes y mandamientos! Si Dios nos habla hoy por medio de la Biblia, como se dice, y solo por medio de la Biblia, entonces se ha quedado algo obsoleto, pues la Biblia es un conjunto de libros escritos en un paradigma social, político y religioso (precientífico y mítico) muy diferente al nuestro. La Biblia, por eso mismo, no tiene respuestas para muchas preguntas que se formula el hombre del siglo XXI. ¿Cómo entender este silencio milenario de Dios, particularmente en momentos tan cruciales por los que han pasado los pueblos y las personas, incluida la misma Iglesia que dice representarle? Sobre todo cuando vemos que en los relatos bíblicos (¡y solo en estos!) Dios se involucra en la vida cotidiana de las personas y de las familias con mensajes concretos y directos. No solo se hacía presente Dios con sus mensajes oportunos, a través de los profetas, sino incluso

interviniendo puntualmente a nivel personal. Moisés, Josué, Gedeón, Pedro, Pablo... fueron protagonistas de milagros singulares. Pero aparte de los relatos bíblicos, donde aparecen los personajes en cuestión, vuelve el mutismo divino. ¿Cómo entender esto? ¿Era realmente Dios tan locuaz e intervencionista en el periodo de tiempo de los personajes de la Biblia, y tan inactivo y silente fuera de ese tiempo? ¿O, por el contrario, no estará Dios hablando ahora, como ha estado haciéndolo siempre, pero no captamos lo que dice porque no fue –ni es– con el oído físico como podemos oírle, como sugiere el teólogo Torres Queiruga?

Queiruga dice que Dios ha estado “hablándonos” siempre por medio de lo único con que puede comunicarse con nosotros: su creación.[3]. Dios no ha “conversado” nunca con ningún ser humano, como plantea Máximo García. La expresión “Dios dijo a Moisés, a Elías...”, entra en la categoría de simple estilo literario en un contexto religioso y teológico, además de retrospectivo e interpretativo. Es decir, el concepto de “palabra de Dios” referido a la Escritura se circunscribe primero a una tradición oral, de aquel “caer en la cuenta” de los autores de que Dios les había estado “hablando” a través de los sucesos históricos, que fueron finalmente puestos por escrito no sin una interpretación de los mismos con las limitaciones y los condicionamientos que impone la cultura de la época. Por ello, el literalismo bíblico es una perversión de la “Escritura” misma.

¿Un Dios ausente?

En otro orden de cosas, en el espacio de tiempo de solo unos pocos minutos de cualquier día del año, en el mundo, se está produciendo explotación, abuso y violación de niños y niñas indefensos; naufragios, terremotos y huracanes, que provocan la pérdida de miles de vidas humanas; enfrentamientos bélicos con millones de

personas desplazadas; atentados, robos con violencia y muerte, etc. Es obvio que unos males tienen su origen en la maldad humana, pero otros obedecen a causas naturales. Desde el punto de vista de un Dios intervencionista, esta objetiva realidad nos muestra a un Dios que o bien está voluntariamente ausente o no puede hacer nada para evitar tales desgracias. La cuestión es que tanto si el origen del mal es humano como si es natural, la pregunta no puede ser contestada de manera simplista con un “Dios tiene un plan que nosotros no conocemos”. Un “plan” que comienza con sufrimiento, dolor y muerte no puede proceder de un Dios bondadoso y justo. No se corresponde con el Dios creador de Génesis, cuya obra ejecutada termina con un “vio Dios que era bueno”. Un amigo me compartía hace poco este aforismo: “La cuestión no es si existe Dios o no existe, sino a qué llamamos Dios”. Exacto: tanto filosófica como teológicamente, esta es la cuestión: ¿a qué llamamos Dios? Porque gastamos muchísima energía razonando lo irracional de la presencia y/o la ausencia de “eso” que llamamos Dios.

¿Un Dios que nos necesita?

Por otro lado, desde un punto de vista histórico, podemos considerar un antes y un después de los descubrimientos de la ciencia en general y de la ciencia médica en particular. Por ejemplo, hasta que se descubrieron las vacunas o los fármacos que curaban ciertas enfermedades, las personas, especialmente los niños, morían por miles a causa de tales enfermedades. Una vez que estos remedios ya están a nuestro alcance, las personas se curan y se salvan de una muerte cierta. Sobre todo por la especialización e individualización de los fármacos, la sofisticación de las tecnologías y la formación de los especialistas. Es decir, Dios empezó a responder a nuestras oraciones para curar estas enfermedades, que eran letales, cuando la ciencia descubrió las vacunas y los fármacos que las erradicaban. Por eso, los niños

del tercer mundo, en tanto que no les llegan estos recursos farmacéuticos y humanos, siguen muriendo hoy. Desde esta objetiva y tozuda realidad parece que es Dios quien nos necesita a nosotros y nos pide que hagamos con diligencia aquello que él obviamente no va a poder hacer. No es su misión hacerlo.

A pesar de esta objetiva realidad, desde la piedad religiosa se sigue remitiendo a la "intervención" de Dios en cualquier aspecto de la vida no importa su nimiedad. En los casos de gravedad, cualquiera que sea su naturaleza, se remite a la confianza en Dios porque se cree que todo está en sus poderosas manos. Si todo sale bien (porque está en las manos de la ciencia y del especialista que lo atiende), se lo atribuimos a Dios y obviamos la eficiencia de los especialistas y los recursos de la ciencia. Si sale mal, porque la ciencia y los especialistas aun no están a la altura de tanto éxito –y parece ser que en la voluntad de Dios no estaba tampoco una resolución feliz del problema– entonces se echa mano de la consabida recurrencia: "no estaría en los planes de Dios". Y el terapeuta religioso se queda tan fresco... y el doliente, frustrado y perplejo. Con esta crítica no estamos subestimando la oración de petición a Dios, solo sugerimos que quizás debamos reenfocar dicha oración y modificar la imagen que tenemos de Dios. La eficacia de la oración viene por un camino muy diferente y con un resultado distinto al solicitado. En principio, la oración nos acerca a Dios, nos influye confianza y serenidad ante cualquiera que sea la realidad final. La oración es una fuente de poder moral y espiritual tanto para el que ora como para quien por medio de la oración intercedemos. Pero la "intervención" de Dios no radica en que hará aquello que le pedimos, sino en que estará a nuestro lado para facultarnos en la superación de la contingencia a la que nos enfrenta la vida, cualquiera que esta sea. Dios no está ausente –porque no puede ausentarse

de su propia realidad–, él está siempre en y con nosotros... ¡como estuvo con Jesús en la cruz! La tozudez de lo cotidiano nos muestra a un Dios muy diferente del "todopoderoso" que pensamos "en el cielo". Este dios del cielo es el dios mítico, no el Dios que estuvo con Jesús en la cruz. Por ello, ¿a qué llamamos Dios?

¿Un problema hermenéutico?

Los autores de la Biblia nos muestran una imagen de Dios según la cosmovisión que tenían del mundo y de la realidad. "Desde el punto de vista de la cultura y del contexto, los autores y su público tenían una cosmovisión muy distinta a la nuestra: un trasfondo diferente, conocimientos diferentes, diferentes supuestos sobre la realidad...

Consecuentemente, el esfuerzo por comprender ese trasfondo cultural y las perspectivas de los autores... puede ser de gran ayuda, y ha de ser una preocupación importante".[4] Esta afirmación de Brown referida al Nuevo Testamento es válida para toda la Biblia. Al leer la Biblia (mejor, al estudiarla) no se pueden dejar de lado las Críticas [textual, histórica, de las fuentes, de las formas, de la redacción, narrativa, retórica, social...], porque ellas en su conjunto nos permiten aproximarnos al sentido y al valor del texto y al propósito de su autor, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento".

En la época de los autores de la Biblia se creía que todas las realidades, tanto cotidianas como trascendentes, estaban influenciadas y dirigidas bien por las fuerzas del cielo o por las fuerzas del inframundo; o sea, por Dios o por el Diablo. No había medias tintas. Las deformidades físicas, la ceguera, la lepra, la locura, etc. eran causadas por espíritus demoniacos, o como consecuencia de algún pecado personal o heredado que se retrotraía a generaciones pasadas (Éxodo 20:5). De ahí que la mayoría de los milagros de Jesús tengan que ver con la liberación de dichos demonios, a quienes

atribuían la causa de las enfermedades que la gente sufría. (Mat. 8:28 sig.; 9:32; 10:8; 17:14 sig.; etc.).

Pero hoy conocemos las causas y el origen de las enfermedades y los defectos congénitos. No hay demonios que las causen ni pecados que las originen. Tampoco son castigos de Dios. Obviamente sabemos que algunas patologías pueden tener un origen psicológico (el ser humano es una unidad, cuerpo/mente); pero todo se circunscribe a la naturaleza misma de las cosas.

¿Hacia un Dios no placebo?

Hacer el camino de la vida indagando acerca de este Dios, sin atribuirle la autoría de ninguna clase de mal, pero entendiendo que no es su misión estar interviniendo puntualmente ante los males, sean cuales sean, nos hace madurar y ser creyentes adultos. Esta madurez nos permite comenzar y terminar el camino buscando la solución a los problemas de la vida por nosotros mismos, en la compañía de quienes hacen la misma senda, en un diálogo de búsqueda, de comprensión del otro, de compasión y empatía, reconociéndonos compañeros del mismo y único destino porque uno y único es Dios, lo que quiera que ello sea. Lo demás, todo lo demás, que proferimos desde nuestros púlpitos, es autocomplacencia para complacer al público que nos escucha. Porque, ¿con qué autoridad podemos nosotros prometer que Dios va a sanar cualquier enfermedad, resolver cualquier problema, solucionar cualquier vicisitud de la vida de alguien, a menos que nosotros y los interpelados nos pongamos manos a la obra? Esa prédica de autocomplacencia para complacer no tiene nada que ver con ninguna clase de "edificación". A menos que entendamos por "edificar" mantener al público en la ignorancia y el aborregamiento, manteniendo su fe a base de placebos espirituales.

Lo que nos ocurre diariamente, tanto si es malo como si es bueno, ocurre sin que intervenga Dios. Ocurrirá de todas formas. Si estamos expuestos a contagios por virus enfermaremos sin que Dios lo evite. Las "bendiciones" que recibamos dependerán de en qué lugar del planeta nazcamos o vivamos, sin que Dios tenga nada que ver. Entender y asumir esta tozudez de la realidad es un paso hacia la reconciliación con el Dios siempre presente pero no intervencionista. Obviamente, un Dios que no interviene origina muchas preguntas relacionadas con la fe. Pero no son menos las interrogantes que levantan un Dios intervencionista. En cualquier caso, la soberanía de Dios debe ser cualquier cosa excepto aquello que le convierte en un monstruo.

¿Un Dios en y con nosotros?

La respuesta más aséptica y coherente con la aparente inacción de Dios ante los males, tanto los originados por el ser humano como los causados por la naturaleza, es el *silencio*. Nuestro silencio. Por ello necesitamos preguntarnos "a qué llamamos Dios". Estas consideraciones que estamos planteando aquí no son argumentos de "incrédulos" o "escépticos", son también reflexiones de "creyentes". Es desde la fe que planteamos estas reflexiones. Reflexiones legítimas, lógicas, pertinentes, razonables y necesarias. Se trata de ahondar en la imagen de Dios que tenían los autores de la Biblia según la cosmovisión del mundo y de la realidad desde la que escribieron y hablaron de Dios.

La tozuda cotidianidad nos invita a considerar un cambio de la imagen que tenemos de Dios, y verle a la luz de la debilidad de la cruz y de la persona de Jesús, que aceptó su amarga realidad con un "Hágase tu voluntad". El Dios que se revela en la persona de Jesús de Nazaret es un Dios débil con los débiles, necesitado con los necesitados, muerto en la

cruz con los crucificados... Pero, a la vez, en Jesús percibimos al Dios que nos interpela ante las injusticias de este mundo, que necesita de nuestra acción, que nos ruega que actuemos porque él no va a actuar. Jesús fue el testigo fiel que Dios necesitaba para anunciar el Reino. Hoy sigue necesitando el testimonio de fieles seguidores de Jesús.

Notas:

[1] Máximo García, "Los sueños, ¿canal de revelación?" - Lupa Protestante.

[2] Andrés Torres Queiruga, "Repensar la resurrección", Trotta 2003.

[3] O. cit.

[4] Raymon E. Brown, "Introducción al Nuevo Testamento".Vol. I. Trotta. 2002.

#10/ IMÁGENES MÍTICAS DE DIOS

En la nueva mentalidad, un Dios separado lleva necesariamente, o bien al deísmo puro y duro del «dios arquitecto o relojero», que se desentiende de su creación, o bien a una especie de deísmo intervencionista, es decir, a la imagen de un Dios que mora en el cielo, donde no está totalmente pasivo, puesto que interviene de vez en cuando, pero al que, por eso, hay que tratar de acercarse mediante el rito, el recuerdo o la invocación, e intentar mover o convencer mediante la petición, la ofrenda o el sacrificio.

(Andrés T. Queiruga – Fin del cristianismo premoderno)

En la Biblia encontramos muchas y muy diferentes imágenes de Dios. La imagen a la que tiende la nueva teología, a partir de aquella que presenta el Jesús de los Evangelios, es la de un Dios que crea por amor, y por amor redime y sustenta su creación. Un Dios que, "aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, él me recogerá" (Sal. 27:10); que sus misericordias son nuevas cada mañana (Lamentaciones 3:22-23); que como la gallina

cobija a sus polluelos, así Dios está –ha estado– siempre queriéndonos proteger, en el decir de Jesús (Mateo 23:27); y como el padre de la parábola del hijo pródigo, Dios está siempre mirando el camino por donde habremos de regresar de vuelta a casa, sin palabras de reproche y sin juicios. Esta debe de ser la imagen más auténtica, más genuina del Dios creador, sin olvidar nunca que es un lenguaje antropomórfico. No obstante de este lenguaje simbólico, se colige de ello que, según Jesús, Dios apuesta incondicionalmente por sus criaturas, por todas sus criaturas, sean de oriente o de occidente, del norte o del sur, no importa a cual educación religiosa o cultura pertenezca, porque todas las almas son suyas. Esta es también la imagen de Dios que tenía el autor del libro de Jonás, que fue una obra crítica y teológica que cuestionaba el etnocentrismo judío en los días del escritor (Jonás no fue una persona histórica): "¿no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?" (Jonás 4:11). Una apuesta incondicional de Dios no en razón de las peticiones de unos creyentes particulares, y solo para estos creyentes, sino para toda su creación, sin acepción de personas, por su libérrima bondad, pues este Dios de Jesús "hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos" (Mateo 5:45). Y todo esto sin que se lo pidamos, porque apostar por su creación es su naturaleza.

Un dios problemático

Dicho lo anterior, hay que decir también que encontramos, muchas veces, imágenes de un dios inaceptable, arbitrario, injusto... en la Escritura. ¡Son imágenes míticas!

El biblicismo (literalismo bíblico), por su propia idiosincrasia teológica, tiene dificultad para reconocer que la Biblia albergue alguna

imagen mítica de Dios. Por ello, cuando las acciones de este Dios no se corresponden con algunos de sus atributos (bondad, justicia, imparcialidad...), como es matar sin distinción a todos los primogénitos de un país (Egipto – Éxodo 12); asesinar a los niños, las mujeres y los ancianos en los genocidios llevados a cabo durante la conquista de la “tierra prometida” (Josué 6-12), etc., se suele aludir a algo tan recurrente e inaudito como que “Dios tiene un plan que nosotros ahora no conocemos”. Esto en el mejor de los casos, en otros se objetará que ¿quiénes somos nosotros para juzgar a Dios, que es soberano? Esta era la salida del apóstol Pablo cuando argumentaba sobre la soberanía de Dios en el sentido de la “elección” en el problemático capítulo 9 de Romanos. Pero un “plan” que empieza por el sufrimiento y la muerte deliberada de tantos inocentes no puede ser un plan de un Dios bueno, justo e imparcial. Porque dicho sufrimiento y muerte no es accidental, o natural, sino el resultado de un “mandato suyo” o de una acción deliberadamente “divina”. Un Dios que nos impone en sus mandamientos un código ético no puede él mismo actuar al margen y en contra de la ética de ese código. Su soberanía no justifica nada que pueda cuestionar su justicia y su imparcialidad. Las acciones arbitrarias e injustas antes citadas solo encuentran un parangón en los dioses de las mitologías. Por ello, esta imagen de Dios es mítica, le guste o no al biblicismo. Es más, aunque otorguemos a estos textos un carácter mítico, Dios no queda a salvo de la arbitrariedad y la parcialidad, porque esa imagen mítica le está representando, luego habrá que hacer otra lectura de tales textos además de revisar el concepto de “inspiración” que le atribuimos.

El problema

¿Por qué resulta difícil de aceptar que la Biblia tenga imágenes míticas y legendarias de Dios? Entre otras, por dos muy simples: ¡porque

necesitamos imágenes antropomórficas de Dios, y porque en el lenguaje hemos naturalizado y socializado el imaginario mítico del mundo y del cosmos! Una vez naturalizado este imaginario mítico del mundo y del cosmos, y asumido el antropomorfismo divino, ya no percibimos que la imagen que tenemos de Dios sea también mítica. En este imaginario religioso, precientífico, seguimos concibiendo a un Dios “afuera”, por encima del cielo, pero que interviene de vez en cuando en este mundo. Seguimos hablando, por ejemplo, de “ir al cielo”, “está en el cielo”, etc. Y ese “cielo” se corresponde con el piso de “arriba” del huevo cósmico mítico de las tres moradas (el cielo, la tierra y el inframundo). En la figura de este huevo cósmico el cielo está “arriba”, y la línea que une ese cielo con la tierra tiene una y única dirección vertical, porque desde aquel paradigma precientífico y mítico se concebía la Tierra como un disco plano. Por ello, tanto el imaginario religioso acerca del “cielo” como el imaginario religioso sobre el Dios que “lo habita”, son imágenes míticas. Dios, lo que quiera que sea, no habita en ningún cielo –¡que lo limitaría!– porque tal cielo no existe: ¡es mítico! El lenguaje antropomórfico que los autores de la Biblia usan para referirse a Dios es simbólico y mítico (¡porque no hay otra forma de hablar de Él!).

El Dios que mata a todos los primogénitos de un país por culpa de su gobernante (Éxodo 12); que ordena a un padre que sacrifique a su hijo para probar su obediencia (Abraham-Isaac – Génesis 22); que aniquila a un centenar de personas con “fuego del cielo” para legitimar la identidad de su profeta (Elías y Ocofías – 2Reyes 1); que ordena matar a niños, mujeres y ancianos para otorgar su latifundio al “pueblo elegido” (Josué 6-12); que permite la ruina material y moral de una familia simplemente para probar la fidelidad que el patriarca le profesa (Job); y un largo etcétera, es más propio de los dioses de las mitologías, que

eran arbitrarios, crueles e injustos. La imagen de Dios que mostró Jesús de Nazaret es muy diferente de la imagen de este dios, que es mítica y legendaria. El lector cristiano nos objetará diciendo: ¡Pero todo eso está en la Biblia, que es inspirada e inerrante!

El conocimiento que tenemos del mundo y de la realidad interpela a la Biblia

En efecto, dichos relatos están en la Biblia. Pero el hecho de que estén en la Biblia no significa que sean ni siquiera históricos. Son relatos escritos varios siglos después en un contexto político y social adecuado y con un propósito específico, lejos de la historia científica moderna. La importancia de las historias que los autores narran no radica en su historicidad y veracidad, sino en su valor pedagógico y catequético dirigido a un pueblo que está cuestionando su historia y su identidad, sobre todo después de haber sufrido una gran derrota militar a manos de un país enemigo y apoyado por un dios extranjero, además de un largo cautiverio. La naturaleza de los relatos en sí, su estilo, la apelación al sentido mítico, la despreocupación por la coherencia literaria, nos llevan a la conclusión de que debemos leerlos desde categorías diferentes a la que corresponde a la literatura moderna. Las plagas que relata el autor del libro de Éxodo es un ejemplo. ¿No es significativo que los sacerdotes egipcios emulen los portentosos milagros que ejecuta Moisés por el poder de Dios? [*"Y los hechiceros de Egipto hicieron lo mismo con sus encantamientos; y el corazón de Faraón se endureció, y no los escuchó; como Jehová lo había dicho"* – Éxodo 7:22]. ¿Y cómo es posible que después de haber matado a todos los animales de los egipcios en la quinta plaga (Éxodo 9:3-6), aún queden animales egipcios que puedan morir en la séptima (Éxodo 9:17-19)? Obviamente, estas peripecias que relata el libro de Éxodo no sucedieron como las cuenta, aunque contenga secuelas históricas. Pero el relato más controvertido es el

de la última plaga, la de la muerte de los primogénitos. La importancia del relato de esta décima plaga parece radicar en su significación fundante, es decir, para explicar la fiesta de la Pascua, coincidente con una fiesta agrícola cananea. [1] ¿Pero cómo catalogar esta plaga en la cual Dios mata a todos los primogénitos de un país, incluidos los primogénitos de los animales, por culpa del soberano que lo gobierna? [*"Y aconteció que a la media noche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales"* – Éxodo 12:29].

Estos relatos bíblicos aludidos (¡son muchísimos más!), que exhiben una imagen legendaria de Dios, nos abocan a hacer una seria y profunda reflexión acerca de la naturaleza literaria de la Biblia en su totalidad y, de paso, un análisis de la fundamentación religiosa donde está arraigada la teología de la Biblia. Porque dicha teología está basada sobre esas imágenes míticas de Dios. Por ello, el literalismo es teológicamente tóxico porque tergiversa aquella otra imagen de Dios de la que fue portador Jesús de Nazaret (que debe ser la piedra filosofal de cualquier exégesis bíblica). Jesús tomó distancia de esas imágenes míticas y legendarias de los relatos bíblicos (la petición de enviar "fuego del cielo" – Luc. 9:51-56 y el intento de lapidar a la mujer acusada de adulterio – Juan 8:1-11, son dos botones de muestra). Y se hubiera alejado también de algunas imágenes de Dios existentes en las escrituras cristianas. El relato del juicio sumaráisimo de Ananías y Safira – Hechos 5:1-11, por ejemplo. Este suceso no se corresponde con la actitud del Nazareno.

Por eso, cuando se revisa sobre qué imagen de Dios se fundamenta la teología bíblica (literalista), caemos en la cuenta de que un nuevo cristianismo es posible.[2] La Biblia como tal (conjunto de libros narrativos con

estilos diferentes) cuenta con su propia historia en el tiempo. El desarrollo teológico que hallamos en la Biblia no bajó del cielo (aunque aceptemos la "inspiración"), ni se desarrolló al margen de su propio paradigma histórico, cultural y religioso, sino que dicho paradigma condicionó su teología; luego es posible y legítimo explorar nuevas proposiciones teológicas y hermenéuticas. Algunos teólogos y biblistas (citados algunos en nota a pie de página) están convencidos de que esta reflexión no solo es posible, sino una necesidad llevarla a cabo en el cristianismo del siglo XXI.

[1] Diccionario Teológico del Nuevo Testamento, Vol. II. Lothar Coenen-Erich Beyreuther-Hans Bietenhard. Sígueme. 3ª Edición. Fiestas.

[2] Entre otros títulos y autores: "Un nuevo cristianismo es posible", Roger Lenaers. "Fin del cristianismo premoderno", Andrés T. Queiruga. "Un nuevo cristianismo para un mundo nuevo", John Shelby Spong. "Repensar la cristología", Andrés T. Queiruga. "Sincero para con Dios", John A.T. Robinson. Etc.

#11/ EL CIELO DE LA BIBLIA

En este "Caer en la cuenta..." queremos llamar la atención sobre el "cielo" de la Biblia. En el vocabulario religioso son típicas las expresiones "en el cielo", "ir al cielo", "está en el cielo", "subió al cielo", etc. Ciertamente es un lenguaje que también usaron los escritores de la Biblia, solo que ellos lo usaron desde una cosmovisión muy diferente a la nuestra. La cosmología y la cosmogonía de los hagiógrafos se correspondían a las de su época, las que compartían todos, así que todos se entendían bien. El cristianismo no se ha reconciliado con la ciencia moderna en el vocabulario ni ha dado un paso hacia adelante en la teología. Seguimos usando los conceptos y los términos precientíficos y míticos de la

antigüedad.

En este breve artículo queremos hacer "caer en la cuenta" de cuáles son las raíces del vocabulario teológico y religioso que usamos en los sermones, en las oraciones y la conversación piadosa. Nuestro propósito es puramente hermenéutico, es decir, no pretendemos desacreditar la Biblia como tal. Sus relatos tienen un contexto y este contexto debe servir para una lectura adecuada sin subvertir el propósito último, que es religioso y teológico.

Por ejemplo, y para empezar, cualquiera que tenga una formación cultural elemental puede percibir en la lectura de la Biblia que su cosmología es geocéntrica (el Sol gira alrededor de la Tierra), y que su cosmogonía se corresponde con el mítico huevo cósmico con tres plantas: Arriba, el cielo; en el medio, la tierra (plana); y abajo, el inframundo, el Seol o el Hades bíblico (Fig.1). Y si, además, ha leído algo sobre mitología observará que el "cielo", "la tierra" y el "inframundo" son los lugares naturales de los dioses, los héroes y los titanes. Pues bien, cuando leemos la Biblia no es difícil caer en la cuenta de que su cosmogonía evoca estos lugares míticos. Esto es así porque los autores de la Biblia compartían la misma cosmovisión el mundo simbólico de las demás civilizaciones (que no habían tenido ninguna "revelación" divina).

1. La cosmología bíblica

Los escritores de la Biblia concebían que la Tierra era el centro del mundo, que para ellos era nuestro sistema solar (un universo compuesto por millones de galaxias es una idea reciente), y que los cuerpos celestes, incluido el Sol, giraban alrededor de ella. Lo concebían así por la sencilla razón de que así lo percibían, y es así como lo percibimos nosotros también. La expresión "sale el sol" procede de esa "percepción": nos parece que el sol "sale" por el oriente y se "oculta" por el occidente (a

esto se denomina "geocentrismo"). De ahí las poéticas declaraciones del salmista: "Y éste [el Sol], como esposo que sale de su tálamo, se alegra cual gigante para correr el camino. De un extremo de los cielos es su salida, y su curso hasta el término de ellos" (Sal 19:6). La elocución del Predicador es del mismo tono: "Sale el sol, y se pone el sol, y se apresura a volver al lugar de donde se levanta" (Eclesiastés 1:5). En un lenguaje legendario, el autor del libro de Josué narra un apoteósico acontecimiento que se llevó a cabo durante una encarnizada batalla; dice así: "Entonces Josué habló a Jehová el día en que Jehová entregó al amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas: Sol, detente en Gabaón; y tú, luna, en el valle de Ajalón. Y el sol se detuvo y la luna se paró, hasta que la gente se hubo vengado de sus enemigos". (Josué 10:12-13). Y más contundente es la narrativa del libro de Isaías: "He aquí yo haré volver la sombra por los grados que ha descendido con el sol, en el reloj de Acaz, diez grados atrás. Y volvió el sol diez grados atrás, por los cuales había ya descendido". (Is 38:7-8).

Hasta el siglo XVI así era cómo entendíamos que funcionaba nuestro sistema solar. Por ello pareció inaudita la afirmación copernicana de un sistema heliocéntrico, o sea, que no era el Sol el que se movía, sino la Tierra... ¡aunque no se perciba! Cualquier texto bíblico en el que se quiera ver anticipadamente una idea moderna del cosmos es una extrapolación anacrónica.

¡El lenguaje de la Biblia es geocéntrico, pero nuestro sistema solar es heliocéntrico! ¡Qué le vamos a hacer!

2. La cosmogonía bíblica

En los mitos cosmogónicos existe un común denominador conceptual: conciben y representan el universo en forma de un huevo cósmico con tres plantas (Fig. 1): Arriba, el cielo; en el medio, la tierra (plana); y abajo, el

inframundo, el Seol y Hades bíblico. Los escritores sagrados, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento –igual que sus coetáneos– concebían el mundo con estas tres moradas:

Fig. 1



a) El Cielo, la morada celestial

Uno de los muchos textos míticos paradigmáticos del Antiguo Testamento se encuentra en los capítulos 1 y 2 del libro de Job. Esta "morada celestial", tanto en los mitos como en el imaginario bíblico, es un lugar físico. Al Acusador (el Satán), que aún no ha adquirido ese atributo maléfico de textos posteriores (Luigi Schiavo, *La invención del Diablo, cuando el otro es problema*) se le permite que "descienda" a la Tierra para poner a prueba a Job. El relato de Job está escenificado desde la cosmovisión del huevo cósmico, donde el Cielo está en la parte superior.

En el imaginario de la Biblia el cielo cuenta con su lenguaje simbólico propio: "arriba", "subir"... El autor del libro de Job pone en labios del protagonista (las cursivas nuestras): "Sea aquel día sombrío, y no cuide de él Dios

desde arriba, ni claridad sobre él resplandezca... ¿No está Dios en *la altura* de los cielos?... Porque ¿qué galardón me daría de arriba Dios, y qué heredad el Omnipotente desde *las alturas*?" (Job 3:4; 22:12; 31:2). El autor del libro de Eclesiastés exclama: "¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres *sube arriba*, y que el espíritu del animal *desciende abajo* a la tierra? (Eclesiastés 3:21). Los autores del Nuevo Testamento siguen esta misma cosmovisión. Eufemísticamente se refiere al cielo con la siguiente expresión acerca de la glorificación de Jesús después de resucitado: "Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén" (Lucas 9:51). Y el mismo autor dice: "Aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo" (Lucas 24:51). El apóstol Pablo, desde esta cosmogonía mítica, jerarquiza diferentes estratos celestiales al hablar de su experiencia extática: "Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años... fue arrebatado hasta el tercer cielo" (2 Cor. 12:2). En la cosmogonía asirio-babilónica contaban siete cielos.

Esta idea mítica de un cielo "donde está Dios" está presente no solo en el lenguaje simbólico, sino en relatos legendarios y épicos de la Biblia. Dos ejemplos con este trasfondo mítico son el arrebatamiento del profeta Elías "a los cielos" en un carro con caballos de fuego (2 Reyes 2:9-11) y Enoc, que fue llevado al cielo sin experimentar la muerte (Génesis 5:24; Hebreos 11:5). "En la historia secular, Alejandro Magno, como se lo puede ver en el muro exterior de San Marcos en Venecia, es llevado a los cielos por hipogrifos alados; Rómulo, el legendario fundador de Roma, fue llevado al cielo durante una tormenta, según la antigua mitología romana. Hoy día, la idea de que estas mitologías correspondan aunque sea un poco a la realidad, se ha disuelto con ellas." (Roger Lenaers, 2008).

b) El Hades, el lugar los muertos

Al igual que de la morada celestial, "donde está Dios", la Biblia habla de otro lugar misterioso, el Inframundo, el lugar de los muertos, conforme a la cosmogonía mítica de las tres moradas, que se corresponde con el Hades griego o el Seol hebreo bíblicos. Inframundo es un término general que se emplea para describir a los distintos reinos de la mitología griega, que se creía que estaba situado debajo de la tierra y era la morada de los muertos. La descripción más antigua del inframundo se encuentra en la Iliada y la Odisea de Homero (VIII a.C.). Pero el inframundo (Hades/Seol), como concepto, siempre se ubica en el subsuelo, opuesto a lo de arriba, que es la morada de Dios. Las referencias a este inframundo son numerosas en la Biblia, siempre en el lenguaje simbólico, que es la manera como se refieren a él. Debemos tener en cuenta que lo "trascendente" (el Cielo, el Hades o Seol, el Infierno...) se refieren siempre desde el lenguaje mítico o simbólico, contrario a lo tangible del hábitat terrestre, para el que se suele usar el lenguaje histórico (épico o legendario). El autor del libro de Job se refiere al inframundo con estas imágenes: "Como la nube se desvanece y se va, así el que descende al Seol no subirá... es más alta que los cielos, ¿qué harás? Es más profunda que el Seol, ¿cómo la conocerás?" (Job 7:9; 11:8). Igualmente hace el salmista: "Como a rebaños que son conducidos al Seol, la muerte los pastoreará... "Porque tu misericordia es grande para conmigo, y has librado mi alma de las profundidades del Seol" (Salmos 49:14; 86:13).

c) La Tierra plana

Además, la cosmovisión de los autores de la Biblia se corresponde con la de una Tierra plana. No solo porque esa era la cosmovisión de sus coetáneos, que es de pura lógica, sino porque así se desprende de sus relatos.

Si bien desde el siglo V a.C. algunos filósofos griegos (Hesiodo, Zenón, Aristóteles...) anunciaban la posibilidad de que la Tierra fuera esférica, no obstante, la idea que predominaba entre el vulgo era la de una Tierra plana. De hecho, la esfericidad de la Tierra fue tomando carta de naturaleza muy lentamente. Entre el clero cristiano de los primeros siglos la aceptación de una Tierra esférica no era generalizada. Cosmas Indicopleustes, marino griego que se hizo monje nestoriano, escribió un libro sobre el año 550 llamado "Topografía cristiana"[1]. En él afirma que la Tierra es plana, y desacredita la teoría de la Tierra esférica por ser "una enseñanza pagana" (griega). La cuestión es que la idea de la esfericidad de la Tierra seguía siendo una abominación para muchos cristianos de los primeros siglos, y aunque algunos la admitían, no obstante, no se atrevían a aceptar la posibilidad de que hubiera habitantes en el otro extremo de la esfera terrestre, los antípodas (¿cómo iban a vivir con la cabeza para abajo?). Pero, simultáneamente, autores de la talla de Basilio el Grande (330-379), San Ambrosio (340-397) o San Agustín de Hipona (354-430) aceptaban la esfericidad terráquea.

Cosmovisión bíblica de la Tierra plana

En general, los escritores de la Biblia "tenían una idea funcional de la tierra: se la imaginaban como un gran disco plano, cuya redondez limitaba en el horizonte"[2]. Es decir, la cosmovisión de los israelitas era la misma que la de sus coetáneos. Se acomodaron a la creencia general conforme a las apariencias externas.

Algunos textos que avalan la Tierra plana

"Él está sentado sobre el círculo de la tierra..." (Isaías 40:22 – VRV60).

Otras versiones: "Dios habita en el orbe de la tierra... despliega el cielo como un toldo" (BTI). "Él está sentado sobre el círculo de la tierra..."

El tiende los cielos como un toldo" (Nácar-Colunga). "El que se sienta sobre el círculo de la tierra... el que extendió como toldo el cielo y lo desplegó" (Biblia del Peregrino).

En primer lugar, estas Versiones no hablan de "esfera", sino de "círculo" u "orbe terrestre". Círculo quizás exprese mejor la cosmovisión de la época. El círculo es la percepción que se tiene del entorno terrestre observado desde un lugar alto, como puede ser la cima de un monte. El horizonte que un observador divisa desde la cima de una montaña es equidistante del lugar de observación, y se percibe como un círculo plano, aunque ondulado por las colinas y las montañas más bajas que la del punto donde se encuentra el observador. Este es el imaginario cosmológico del profeta.

"Al que extendió la tierra sobre las aguas" (Salmos 136:6). "Pusiste la Tierra sobre sus bases para que ya nunca se mueva de su lugar" (Sal 104, 5). "...Dios la afirmó para que no se mueva jamás" (Sal 93:1).

El salmista, por su lado, habla del reposo de la tierra sobre las aguas y de su inmovilidad. "Dios la afirmó –la hizo estática– y no se moverá jamás". En el último texto está implícito además el sistema geocéntrico: una tierra inmóvil sobre la que gira el Sol.



Fig. 2

"Crecía el árbol, y se hacía fuerte, y su copa llegaba hasta el cielo, y se le alcanzaba a ver desde todos los confines de la tierra" (Daniel 4:11). "Otra vez le llevó el diablo a un monte

muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo" (Mateo 4:8).

Tanto en el relato del sueño que interpreta Daniel, como en el relato de Mateo (tentación de Jesús), se fundamentan sobre el concepto de una Tierra plana (Fig. 2): en ambos textos está presente el factor "altura". Es precisamente la altura que tiene el árbol lo que permite que sea "visto" desde "todos" los confines de la tierra, y es la altura del monte lo que permite mostrarle a Jesús "todos" los reinos del mundo.

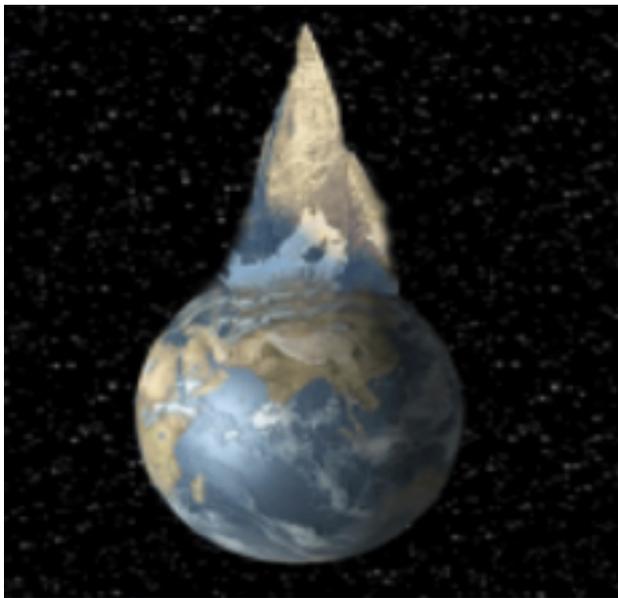


Fig. 3

En una Tierra esférica (Fig. 3), por muy alto que sea un monte nunca podríamos ver lo que hay en los antípodas (el otro lado del globo terráqueo), ni podríamos ser visto por los observadores que viven en el otro hemisferio terrestre.

¿No deberíamos caer en la cuenta de que la Biblia en general no pretende hablarnos de "realidades científicas", sino de verdades religiosas y teológicas?

más información: "Cosmogonía bíblica", en: <https://revistarenovacion.files.wordpress.com/2019/05/cosmogoniabiblia.pdf>

#12/ DE ATEÍSMO Y TEÍSMOS

"Si sabéis que Dios significa profundidad, ya sabéis mucho acerca de Él. Entonces ya no podréis llamaros ateos o no creyentes. Porque ya no os será posible pensar o decir: la vida carece de profundidad, la vida es superficial, el ser mismo no es sino superficie. Si pudierais decir esto con absoluta seriedad, seríais ateos; no siendo así, no lo sois. (Paul Tillich).

El "ateísmo" es la filosofía que propugna la no existencia de Dios. El término "ateo" procede del griego "a-theos" que significa "sin dios". Es decir, que no cree en Dios. Lo contrario de "ateísmo", como su propia semántica implica, es "teísmo" (sin la a-privativa), doctrina que afirma y predica la fe en Dios. De este simplismo podríamos deducir que los más de 7.200 millones de personas que habitan actualmente nuestro planeta se identifican bien con el "ateísmo" o bien con el "teísmo". Pero un sector muy importante de la población se siente a gusto en el "agnosticismo". La filosofía agnóstica no niega ni afirma que exista alguna deidad. Piensa que, de existir, sería inaccesible para el ser humano. Thomas Henry Huxley, biólogo británico –quien acuñó este término en 1869– sugería que "en cuestiones del intelecto, sigue a tu razón tan lejos como ella te lleve, sin tener en cuenta ninguna otra consideración"; y, a la vez, afirmaba que "en cuestiones del intelecto no pretendas que son ciertas las conclusiones que no han sido demostradas o no son demostrables". Pero tanto de "ateos" como de "teístas" existen de muchas clases, e igualmente ocurre con los "agnósticos".

Cuando los cristianos eran "ateos"

Curiosamente, le término "ateo" fue usado en la Roma del siglo primero para referirse a los cristianos porque estos no creían en los dioses del panteón romano. Esta paradoja es digna de considerar por lo que el término "ateo" puede llevar consigo desde un punto de vista socio-

religioso. Y es que para la piedad romana las deidades del Olimpo suplían todas las necesidades cotidianas de la vida: contaban con un dios para cada necesidad. El entorno religioso greco-romano era plural, incluía la religión doméstica (que garantizaba la seguridad del grupo familiar), la religión cívica (el culto a los dioses de la ciudad) y otros cultos diversos: a los dioses sanadores, los misterios, incluso mágicos (Santiago Guijarro, Los primeros cristianos ante el pluralismo religioso). Para el convencionalismo de la sociedad helénico-romana era inaceptable creer en un solo y exclusivo Dios. Además, era una "creencia" ajena a la autóctona, como queda explícito en la defensa que los naturales de la ciudad de Filipos presentaron ante los magistrados contra el apóstol Pablo y sus colaboradores:

"Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad, y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos" (Hechos 16:20-21).

El convencionalismo cultural y religioso de la sociedad greco-romana era así de homogéneo y reduccionista: o aceptabas la creencia en los dioses y participabas de sus ritos tanto en la vida pública como en la privada, o, por el contrario, te convertías en un proscrito, es decir, en un "ateo". Algunas persecuciones contra el cristianismo naciente se debieron a que los cristianos se negaron a rendir culto al emperador, que formaba parte de la religiosidad del imperio. Algunos siglos antes, Sócrates pagó con su vida por poner en entredicho a los dioses. Algo parecida era la hegemonía religiosa de la Europa del medievo: o aceptabas las creencias de la religión dominante y las exteriorizabas de manera habitual y especialmente en fechas y ocasiones concretas del calendario y de la vida cotidiana, o te enfrentabas a las consecuencias. Muchos judíos "nuevos" (conversos) fueron víctimas de la Inquisición española después de la expulsión

de 1492 cuando la fidelidad a sus costumbres, en la privacidad de sus hogares, les delataba, pues eran vigilados y denunciados por sus vecinos, incluso por sus familiares.

Funcionalidad del término "ateo"

La Reforma protestante provenía geográfica e históricamente de la llamada "cristiandad", donde ser ciudadano era ser cristiano y viceversa, es decir, no se concebía el término "ateo". No obstante, el movimiento de la Reforma marcó un antes y un después, al menos en gran parte de Europa. Con la Reforma se quebró aquella milenaria hegemonía religiosa reduccionista. Surgió otra manera más liberal y liberadora de entender la fe, al menos la fe cristiana. Los reformadores (Lutero, Calvino, Knox, Zuinglio...) dieron origen a una variedad de matices en las creencias cristianas aun cuando todas ellas tenían como piedra angular la persona de Jesucristo. El concepto contingente de la "fe" ahora es la "herejía". Es decir, en la antigua Roma, "atea" era la persona que no creía en los convencionales dioses del Olimpo aunque creyera en un Dios único. En la nueva época que abre la Reforma la persona que no cree en la doctrina de la Iglesia católica romana, o en los matices de la doctrina de las Iglesias Reformadas, no es "atea", sino "hereje"... y se le persigue incluso hasta la muerte por este motivo. Esto no significa que en esta época reformista no hubiera personas que negaran existencialmente – "en su corazón" – a Dios según el sentir del salmista (Salmos 14:1); pero este "ateísmo" no tiene nada que ver con el ateísmo filosófico que nace con la Ilustración en el siglo XVIII.

El "teísmo" evangélico

Aquella libre y liberadora manera reformista de entender y vivir la fe, que había quebrado la hegemonía religiosa en el siglo XVI, abrió la puerta a la pluralidad religiosa como no se había conocido antes en Europa. Esta

pluralidad –por cuestiones eclesiológicas, políticas, espirituales, sociológicas, teológicas...– surge sobre todo por la escisión de las Iglesias históricas, dando a luz a una multitud de Denominaciones. Hoy se cuentan por cientos, la mayoría de ellas surgidas en EE.UU. con el peculiar “fundamentalismo” que las caracteriza (la “inerrancia” de la Biblia), formando todas ellas el gran mosaico religioso denominado “Evangélico”. Particularmente las misiones estadounidenses fueron las responsables de exportar a todo el mundo estas Denominaciones religiosas. También llegaron a España.

El fundamentalismo y sus consecuencias

Por coherencia con la interpretación literal de la Escritura, este “fundamentalismo” le atribuye una veracidad científica e histórica a todos los textos bíblicos. La lista es muy larga, aquí solo citamos algunas propuestas con sus textos:

- a) El sistema geocéntrico de nuestro sistema solar (Josué 10:12-13, y otros). Hoy lo defiende una minoría;
- b) La creación del mundo en seis días de 24 horas (Génesis 1). El trillado concordismo.
- c) Un diluvio universal que cubrió los picos más altos de nuestro planeta (Génesis 6-8);
- d) La detención del Sol a la orden de Josué (Josué 10:12-13). Incluso el “retroceso de su curso” el equivalente de diez grados de la sombra de un reloj de sol (2Reyes 20:9-11). Etc.

Además, siguiendo esta literalidad de los textos bíblicos, consideran vigentes las proposiciones de carácter político-social de la Biblia, como es la tutela de la mujer reflejado en textos como Efesios 5:22-24, y otros. Incluso, en otro tiempo, no muy lejano, la justificación de la esclavitud, basados en Efesios 6:5-9 y otros textos.

Imágenes de Dios de este teísmo

A todo lo anterior, que tiene que ver con la ciencia, la política y la sociología, hemos de citar otros relatos bíblicos de carácter histórico de los cuales resulta una imagen de Dios cuando menos inaceptable: a) Que Dios diera muerte a todos los primogénitos de un país por culpa de su gobernante (Éxodo 11-12); b) Que ordenara el genocidio de pueblos enteros (incluidos niños, mujeres y ancianos) para entregar su patrimonio y su hacienda al “pueblo elegido” (Josué 6-11); c) Que aniquilara, por medio de un fuego “venido del cielo”, a dos pelotones militares con 50 efectivos cada uno y sus respectivos capitanes solo para legitimar al “profeta de Dios” (2Reyes 1). La lista de relatos parecidos a estos es muy larga también. Esta imagen de Dios está integrada en el imaginario religioso del mundo Evangélico. Este es el problema más acuciante de este biblicismo.

Una persona medianamente culta, con un mínimo sentido de la lógica y un raciocinio equilibrado (¡y no adoctrinada todavía!), no puede aceptar que el Dios Creador mate a todos los primogénitos de un país por culpa del soberano que los gobierna; o que destruya su propia creación por medio de un diluvio universal por la maldad de la gente, que son también criaturas suyas; o que extermine a pueblos enteros (niños, mujeres y ancianos) para entregar su patrimonio y su hacienda a un “pueblo elegido”; etc. Esto es lo que rechazan una gran parte de los llamados “ateos” de entonces y de ahora. Y de esta realidad deberíamos “caer en la cuenta” los llamados “teístas” cualquiera que sea la clase de “teísmo” al que pertenezcamos.

Obviamente, hay “teístas” que consideran los enunciados citados más arriba como relatos literarios épicos, legendarios o míticos, por un lado, y propios de un contexto político-social arcaico por otro. Por lo tanto, estos “teístas” se

distancian de una lectura literal de tales historias si bien las aceptan como relatos pedagógicos, moralistas, según la cosmovisión de la época en que fueron escritos. Así lo entiende quien suscribe. Lo que queremos decir es que podemos encontrar tantas clases de doctrinas como "teístas" en el espectro religioso cristiano... y tantas imágenes de Dios como doctrinas.

El mundo evangélico, ¿una fábrica de "ateos"?

Calificar de "ateos" a todos cuantos rechazan al dios que les predicamos los "teístas" (¡y tan diferentes imágenes de Dios!), es cuando menos reduccionista y simple. Es cierto que existen personas con nombre y apellidos que proclaman su ateísmo materialista absoluto a los cuatro vientos. Pero esto es otra cosa. En cualquier caso, un análisis del "ateísmo" moderno debe retrotraernos al siglo XVI, al comienzo de la ciencia moderna que propició el salto del geocentrismo al heliocentrismo. Pero sobre todo a los siglos XVII al XIX, cuando se asientan ciencias tales como la Astronomía y la Astrofísica.

Un poco de historia

La Astronomía moderna desbancó a nuestro planeta Tierra de su pedestal sagrado: no era el centro del Universo y no estaba quieta. Era un simple planeta más de los que giraban alrededor del Sol. También se vino abajo el concepto mítico que se tenía del mundo con tres plantas: el Cielo arriba; el Inframundo (el Hades/Seol) abajo en el abismo; y la Tierra (plana) en medio (la esfericidad de la Tierra se fue aceptando progresivamente). Y todo esto gracias al descubrimiento y desarrollo de las leyes de la Física moderna, cuyos autores no eran "ateos", sino creyentes (Copérnico, Galileo, Kepler, Newton...). La cosmovisión del mundo y de la realidad dio un vuelco de 180 grados. La ciencia aristotélica, hasta entonces aceptada como la única buena, comienza a ser

sustituida por la ciencia experimental moderna. Como la ciencia aristotélica estaba apoyada además por las proposiciones de la Biblia, el Libro sagrado se cuestionó también. Comienzan a desarrollarse dos culturas contrapuestas: una que quiere continuar con la cosmovisión aristotélica (defendida por la religión), y otra que se está abriendo a los nuevos conocimientos que aporta la ciencia moderna y los cambios filosóficos que la misma conlleva. La Religión se sintió agredida por la apuesta del desarrollo científico moderno y el cambio de paradigma que surgía de él. En su afán por sobrevivir, cierto sector del cristianismo se lanzó a formular unos principios (Fundamentos Bíblicos)[1] para defender la fe que estaba siendo cuestionada cuando no negada por la cultura nueva (La Ilustración). El choque de trenes fue inevitable (y continúa hasta el día de hoy). De este choque de trenes procede el "ateísmo" filosófico, que tiene sus inicios en el siglo XVIII con la Ilustración. Pero recordemos esto: este choque de trenes se produce cuando la Religión insiste (sobre todo en su versión fundamentalista) en la veracidad histórica y científica de los enunciados bíblicos, algunos de los cuales venimos citando en este artículo.

Los "ateos" quizá sean otra cosa

Ante el bibliocentrismo, que propugna una lectura literal de los textos bíblicos, y acepta como históricos y científicos los relatos de la Biblia (creación en seis días de 24 horas, diluvio universal, detención del Sol, etc.), la clase ilustrada (y el vulgo con un poco de sentido común), en su día reaccionó (y sigue reaccionando) de la única manera que podía hacerlo: distanciándose de la Religión (sobre todo de inspiración biblicista). Lo más fácil, ante este distanciamiento, fue llamarlos "ateos". Pero muchos llamados "ateos" no rechazaban – ni rechazan – la existencia de algún ente trascendente (Dios), lo que rechazaban –y

rechazan— es la fe particular bíblica que da credibilidad literal a ciertos relatos de la Biblia, como los citados en este artículo. Los “teístas” deberíamos “caer en la cuenta” de que existe un “ateísmo” inteligente y humanista (lleno de sentido para la vida) como existe un “teísmo” inteligente y humanista (que da sentido a la vida). Y que ambos pueden convivir sin excluirse.

¡Cuántos “ateos” se refugiarán en su “ateísmo” porque ven en él la única alternativa para guardar su raciocinio y su dignidad como ser pensante! Obviamente, no les veremos haciendo vida religiosa gregaria en ninguna iglesia. Pero viven una espiritualidad personal, individual, pues en lo profundo de su alma sienten la trascendencia de su ser a la que no quieren renunciar. Quizás Jesús se refería a esta clase de subsistencia espiritual cuando contestó a la mujer samaritana:

“Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte [lugar donde adoraban los samaritanos] ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Juan 4:21-24).

A uno de los pensadores más ilustres, a caballo del siglo XIX y XX, matemático, filósofo, lógico y escritor británico, Premio Nobel de Literatura, Bertrand Russell, se le suele presentar en la lista de los “ateos” cuando solo fue un “agnóstico”. Si contextualizamos a todos los llamados “ateos” descubriríamos que a lo que se oponen es al fanatismo gregario que ven en muchos grupos “teístas”. Este era, quizás, el “ateísmo” de Russell. El testimonio de su hija, Kate, descrito en el libro “Dios existe” de Antony Flew (ateo militante convertido a la fe) es iluminador:

“Me hubiera gustado convencer a mi padre de que yo había encontrado lo que él había estado buscando, ese inefable “algo” que

había añorado toda su vida. Me hubiera gustado persuadirle de que la búsqueda de Dios no está condenada a ser vana... Había conocido a demasiados cristianos ciegos, moralistas tristes que extirpaban toda alegría de la vida..,” (Antony Flew, Dios existe, p. 31). “Para quienes estuvieron cerca de Russell, la vida de este fue una constante búsqueda de Dios”, afirma el autor de este artículo [2].

Desde el arresto domiciliario de Galileo Galilei (por el poder religioso), por enseñar que era la Tierra la que giraba alrededor del Sol, hasta el presente, el cristianismo está en crisis tanto filosófica como teológicamente.

Al menos cierto sector progresista del cristianismo está desarrollando una catarsis mediante la cual se esfuerza por conciliar el mensaje de la Biblia con los conocimientos aportados por las ciencias modernas (astronomía, física, biología, genética...) sin caer en el “concordismo”. La hermenéutica interdisciplinar ha sido una aliada importante para esa conciliación. La cuestión es esta: el cristianismo no se ha movido un ápice después de los cambios científicos, filosóficos, tecnológicos... que trajo consigo la Modernidad. Al contrario, en el siglo XIX una parte de ese cristianismo (en EE.UU.) se enrocó en un bíblicismo obtuso y radical apostando por una supuesta “infalibilidad” e “inerrancia” de la Biblia que da como buena todas las proposiciones que hemos mencionado en este artículo.

El sacerdote y teólogo católico, Andrés Torres Queiruga, sintetiza muy bien las consecuencias del cambio de paradigma que supuso la Modernidad respecto al ideario cristiano tradicional:

“Empezó por la realidad física, que fue mostrando con claridad creciente —y no sin efectos traumáticos, por lo que suponía de ruptura con la cosmología heredada y la consiguiente deslegitimación de la autoridad

tradicional– la fuerza de su legalidad intrínseca: ni los astros eran movidos por inteligencias superiores ni las enfermedades eran causadas por demonios, sino que las realidades mundanas aparecían obedeciendo a las leyes de su propia naturaleza. Siguió la autonomización de la realidad social, económica y política, que ha hecho ver la estructuración de la sociedad, el reparto de la riqueza y el ejercicio de la autoridad no como fruto de disposiciones divinas directas, sino como resultado de decisiones humanas muy concretas: si no hay pobres y ricos, no es ya porque Dios así lo haya dispuesto, sino porque nosotros distribuimos desigualmente las riquezas de todos; y el gobernante no lo es ya «por la gracia de Dios» (de suerte que sólo a Él tiene que dar cuenta), sino por la libre decisión de los ciudadanos. Continuó por la psicología, que mostró que la vida y las alternativas de la persona ya no pueden entenderse, de manera inmediateista, como resultado de mociones divinas o tentaciones demoníacas, sino como reacciones más o menos libres a las mociones del inconsciente y a los influjos sociales y culturales. La misma moral muestra, con claridad cada vez más innegable, su autonomía, en el sentido de que ya no recibe de lo religioso la determinación de sus contenidos, sino que la busca en el descubrimiento de aquellas pautas de conducta que más y mejor humanizan la realidad humana, tanto individual como social”. (Fin del cristianismo premoderno – Sal Terrae. 2000).

Conclusión

El ateísmo, ¿otro mito?

Sabemos que existen personas que dicen no creer en ningún Dios. Pero el hecho de que la espiritualidad sea universal, ¿no es un indicador de que el ser humano es por naturaleza religioso, que lleva dentro de sí el “gen” de la fe, y que a pesar de esa negación existencial de Dios anda buscándole en otras latitudes

espirituales? ¿No estaremos adjetivando como “ateos” a quienes simplemente rechazan las imágenes biblicistas de Dios que les predicamos, como las expuestas en este artículo?

Cuando se ahonda en la psicología humana se percibe el anhelo no verbalizado que las personas sienten por lo trascendente. Salvo aquellos que militan decididamente en un firme materialismo mecanicista razonado (que no son tantos), el resto de los seres humanos intuyen y aceptan que hay “algo” trascendente (aunque no se atrevan a pronunciar la palabra “Dios”). En su fuero interno, “en la esfera de su intimidad” (José M. G. Campa), late el anhelo de ese Dios que, no obstante, se escapa a la razón.

Paul Tillich, en uno de sus sermones, dice: “si sabéis que Dios significa profundidad, ya sabéis mucho acerca de Él. Entonces ya no podréis llamaros ateos o no creyentes. Porque ya no os será posible pensar o decir: la vida carece de profundidad, la vida es superficial, el ser mismo no es sino superficie. Si pudierais decir esto con absoluta seriedad, seríais ateos; no siendo así, no lo sois. Quien sabe algo acerca de la profundidad, sabe algo acerca de Dios.” (Citado por John A. T. Robinson en “Sincero para con Dios”).

Luis Vivanco Saavedra, de la Universidad del Zulia – Venezuela, comentando el libro “¿En qué creen los que no creen? Un diálogo sobre ética” (Planeta 1996), diálogo epistolar entre Umberto Eco y el cardenal Carlo María Martínez, dice que “para vivir una vida plena y de un modo u otro trascendente, no hace falta tener o no tener creencia religiosa. No es “lo que creen” o “lo que no creen” lo que hace a los hombres, sino cómo viven su relación con un posible sentido de las cosas”. (María Dolores Prieto Santana, “¿Qué creen los que no creen?” en Tendencias21 de las Religiones).

Caer en la cuenta de que nuestra percepción acerca de la fe cristiana y la espiritualidad está amordazada por un etnocentrismo desmesurado puede ser la catarsis que permita liberar al cristianismo de un biblicismo

#13/ LA INERRANCIA BÍBLICA

La literatura evangélica en general está asentada sobre el concepto de la "inerrancia" bíblica. Los defensores de este concepto afirman que esta "inerrancia" es una consecuencia de la "inspiración" divina de la que fueron objeto las personas que escribieron los libros sagrados. Esta "inspiración" e "inerrancia" da como resultado la conocida "infalibilidad" de la Biblia. Es decir, que cada palabra, cada frase, cada dato histórico de la Biblia ha pasado por la mente, la voluntad y la supervisión de Dios mismo, que lo ha "inspirado".[1] Obviamente, creer que esto es así, entra en el ámbito privado de las creencias religiosas. Incluso los argumentos con los cuales se quiere defender dicha "inerrancia", "inspiración" e "infalibilidad" no dejan de ser eso: afirmaciones desde la fe dogmática.

Qué duda cabe que los libros que forman la Biblia tienen una gran riqueza cultural por su diversidad de géneros literarios: narrativo, legendario, épico, mítico..., y por la información antropológica que ofrecen sus relatos. Esto no elude el valor religioso que la Biblia tiene para la comunidad que la recibe como "revelación". Sin embargo –precisamente por esta rica variedad literaria–, su lectura e interpretación requiere de una hermenéutica interdisciplinar que tenga en cuenta la cultura, las instituciones sociales, políticas y religiosas, de la época de sus autores.

Especialmente desde el siglo XVIII los eruditos "cayeron en la cuenta" de esta realidad y fueron incorporando disciplinas como la lingüística, la antropología social, etc. para realizar una exégesis más coherente con la

realidad histórica de la Escritura. No obstante de esta lógica, cierto sector del cristianismo (fundamentalista) sigue empeñado en leer e interpretar los textos bíblicos de manera literal, al margen de los presupuestos más elementales de la hermenéutica. Por supuesto habrá muchos textos que habrá que leerlos e interpretarlos literalmente, pero de otros habrá que tener mucho cuidado.

Pues bien, fundamentado en esa supuesta "inerrancia", "inspiración" e "infalibilidad" de la Biblia, hace cuatro años, en marzo de 2013, Emilio Monjo Bellido[2] firmaba un artículo en Protestante Digital con el título "Fe y cosmología" en el que afirmaba que todo lo escrito en los libros de la Biblia "además de ser palabra de salvación, es información".[3] Información científica, se entiende. La tesis del Dr Monjo es que el Sol gira alrededor de la Tierra. En la defensa de este geocentrismo no está solo, le acompañan dos matemáticos, Juan Carlos Gorostizaga y Milenko Bernadic, autores del libro "Sin embargo no se mueve".[4] Recientemente, otro autor, Will Graham, publicaba en el mismo medio un artículo, como corolario de lo anterior, titulado "Por qué creo en la inerrancia bíblica".[5] Aunque este último habla de cosas distintas, existe un común denominador entre ellos: la "inerrancia" de la Biblia.

El presente "caer en la cuenta" no tiene el propósito de refutar exhaustivamente los artículos y el libro citados, pero sí exponer algunas observaciones que tienen que ver con la "inerrancia" de la exposición de Graham, y con el "geocentrismo" de Monjo y los autores de "Sin embargo no se mueve". Dejo cinco pinceladas sobre el tema de fondo: a) La cosmología; b) El canon del Nuevo Testamento; c) La "inspiración" de la Escritura; d) La Crítica Textual; y e) El Jesús de los Evangelios y algunas imágenes de Dios "bíblicas". Lo que puede dar de sí un artículo de esta naturaleza.

1. SOBRE LA COSMOLOGÍA

Ciertamente la cosmovisión y el lenguaje de la Biblia es geocéntrico (por eso el Dr Monjo se siente seguro citando la Biblia para afirmar que el Sol gira alrededor de la Tierra). Basta leer Josué 10:12-13 para cerciorarnos de que es así. Esta es la percepción que tenían –y tenemos– los terrícolas respecto al Sol y la Tierra. Por la mañana vemos que el sol sale por el oriente y al final de la tarde se oculta por el occidente; conclusión: el Sol gira alrededor de nuestro planeta, que, además, es sentido inmóvil (cuando vamos leyendo en el AVE tampoco percibimos que vayamos a casi 300 k/h).

La cosmovisión general de las antiguas civilizaciones consideraba que la Tierra era el centro del Universo ¡que consistía en el sistema solar! Así lo creían Platón, Aristóteles y otros. Esa era la creencia hasta el siglo XVI. Una de las disciplinas de la ciencia moderna, que nos ha aportado muchos conocimientos, es la Astronomía. Empezó con Nicolás Copérnico en el siglo XV (con la hipótesis del heliocentrismo) y continuó con Galileo Galilei un siglo después (confirmando dicha hipótesis); a estos le siguieron Johannes Kepler (con las leyes del movimiento planetario) e Isaac Newton (con la ley de la gravitación universal), que sentaron las bases para la Física, la Astrofísica y la Astronomía modernas. El sistema heliocéntrico logró por fin explicar el movimiento retrógrado que se observa en algunos planetas (Júpiter, por ejemplo) como consecuencia de que todos los planetas, incluida la Tierra, giran alrededor del Sol. Sobre la rotación de la Tierra sobre sí misma, simplemente citar a Jean Bernard León Foucault, que demostró dicho movimiento mediante el ingenioso péndulo (El Péndulo de Foucault). El consenso en la comunidad científica es absoluto respecto a los movimientos de la Tierra. Estos movimientos explican las estaciones del año y la observación de las diferentes constelaciones del cielo, por ejemplo. Este consenso científico es absoluto,

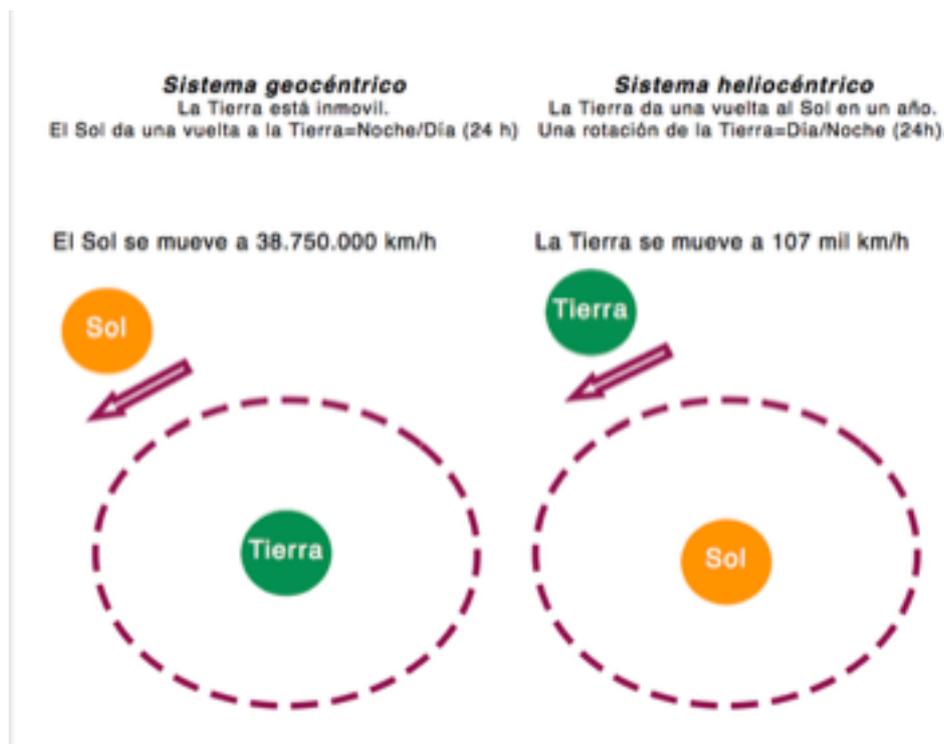
salvo para algunos autores que van por libre, entre los cuales se encuentran los defensores del geocentrismo, de la Tierra plana y otras teorías parecidas.

El cálculo de las coordenadas que requieren las expediciones aeroespaciales de naves no tripuladas para el acercamiento y el estudio de los planetas del sistema solar se basan en los principios del sistema heliocéntrico, cálculos que serían muy diferentes en el caso de que la Tierra estuviera quieta en el centro del sistema solar y fueran los otros planetas –junto con el Sol– los que giraran alrededor de ella. Dudar del sistema heliocéntrico a estas alturas es el disparate más grande que se puede esperar de personas medianamente cultas. Lo cual significa que el adoctrinamiento y el fanatismo religioso no encuentra límites. Negar hoy el sistema heliocéntrico solo es posible bien por causa de una profunda ignorancia, o bien por causa del fanatismo religioso; sobre todo cuando dicha negación procede de personas intelectualmente cultas, a veces incluso muy cultas, como ocurre con los autores de “Sin embargo no se mueve”.

Un pequeño dato escolar

Tanto si es el Sol el que gira alrededor de la Tierra como si es esta la que gira alrededor del Sol, la elíptica que tienen que recorrer mide unos 930 millones de km, por cuanto el radio medio de dicha elíptica es el mismo, 150 millones de km, la distancia que separa la Tierra del Sol (se obvia que es una elíptica teórica teniendo como focos el centro del Sol o de la Tierra respectivamente). Estos datos son aproximaciones pero válidos para el objetivo que persigue.

Según el sistema heliocéntrico, la Tierra recorre durante un año los 930 millones de km que tiene la elíptica. Esto significa que la Tierra se desplaza a 107 mil km/h para cubrir dicho espacio además de rotar sobre su propio eje, cuya rotación produce el día y la noche.



Según el sistema geocéntrico, primero, la Tierra está estática, no gira sobre su eje (según defienden los geocentristas), por ello la noche y el día resulta de la vuelta que da el Sol alrededor de la Tierra cada 24 horas. Esto significa que para cubrir la distancia de dicha elíptica (930 millones de km) el Sol debe desplazarse a una velocidad de 38.750.000 km/h. Si la velocidad de la Tierra ya nos produce vértigo, ¿qué diremos de la velocidad del Sol?

La cosmovisión de la Biblia, ciertamente, es geocéntrica, pero sus autores estaban en un profundo error. No fueron "inspirados". Qué le vamos a hacer.

2. SOBRE LA HISTORIA DEL CANON DEL NUEVO TESTAMENTO

En el artículo sobre la "inerrancia" de la Biblia, Will Graham comienza con el aserto de que "Dios es veraz". ¡Por supuesto! Es lo que se espera que sea Dios aunque la Biblia no lo dijera. Pero respecto a que la Biblia testifica sobre sí misma que es "inerrante" me parece caer en el viejo y típico sofisma de todas las religiones del Libro: "La Escritura es inspirada por Dios porque lo dice la Escritura". El Papa es "infalible" porque lo dice el dogma de la

infalibilidad del Papa, que lo promulgó un Papa. Por ello, no podía faltar en este punto citar 2Timoteo 3:16 ("toda la Escritura es inspirada por Dios...")[6] además de cualquier declaración de algún otro escritor neotestamentario sobre la "inspiración" de la Escritura (hebreá).

Ahora bien, ¿a qué Escritura se refería el autor de 2Timoteo 3:16? Obviamente, se refería a la Escritura hebrea y desde el concepto (sagrado) que tenían de ella. El autor de 2Timoteo 3:16 no podía referirse a los escritos del Nuevo Testamento (NT) porque esta parte de la Biblia cristiana aún no estaba formada ni reconocida como tal.

A este respecto, hay que decir lo que sigue:

a) *Hasta mediado del siglo II d.C. no tenemos un núcleo de lo que sería después el NT, que consistía en solo 20 libros: 4 Evangelios, 13 cartas de Pablo, Hechos, 1ª de Pedro y 1ª de Juan.*

b) **Entre mediados del siglo II hasta el siglo V**, cuando el canon se cierra, hubo cuatro listas pre-canónicas atribuidas a Clemente de Alejandría (150-215), a Orígenes (185-254), a

Hipólito de Roma (+235), y a Eusebio de Cesarea (+340).

c) **Clemente omite** Santiago, 3ª de Juan y 2ª de Pedro. Orígenes reconocía la Didajé, el Pastor de Hermas y la Carta de Bernabé. Eusebio reconocía (esta era una asunción generalizada) una lista de libros "discutidos", es decir, puestos en duda: Santiago, Judas, 2ª de Pedro, 1ª, 2ª y 3ª de Juan y Apocalipsis. Eusebio, además, reconocía que Hechos de Pablo, El Pastor de Hermas, Apocalipsis de Pedro, la Carta de Bernabé y la Didajé, eran leídas públicamente en las iglesias apostólicas.

d) **La Carta de Bernabé**, 1ª Carta de Clemente, el Pastor de Hermas y la Didajé estuvieron próximo a entrar en el canon definitivo – Concilio de Calcedonia, 451–. (Julio Trebolle, La Biblia judía y la Biblia cristiana, Trotta).

Debido a esta historia de la formación del canon, que se cierra en el siglo V, ¿cómo creer que el autor de 2Timoteo 3:16 estuviera pensando en los escritos del Nuevo Testamento que forma nuestra Biblia?

3. SOBRE LA HISTORIA DE LA "INSPIRACIÓN" DE LA ESCRITURA

El término "inspirado" que usan algunos autores neotestamentarios para referirse a la Escritura hebrea, independientemente de la semántica, y a la luz de la historia, se debe entender no como algo ontológico, sino sapiencial. Este término procede del mundo griego través del filósofo judío Filón y los Padres de la Iglesia (André Paul, "La inspiración y el canon de la Escritura" – CB 49. Verbo Divino). El fundamentalismo cristiano está en deuda con el filósofo judío Filón de Alejandría (25 a.C – 50 d.C.) respecto a la "inspiración" de la Biblia. En efecto, Filón declaraba que "...el profeta no publica absolutamente nada de su cosecha, sino que es intérprete de otro personaje, que le inspira todas las palabras que pronuncia, en el mismo momento en que la

inspiración lo capta y él pierde la conciencia de sí mismo, ante el hecho de que su razón emigra y abandona la ciudadela de su alma, mientras que el Espíritu divino la visita y pone en ella su residencia, haciendo resonar y mover desde dentro toda la instrumentación vocal para manifestar claramente lo que predice" (Las leyes específicas, IV, 48-49, en "Inspiración y el canon de la Escritura", Cuaderno Bíblico n° 49, p.27- André Paul, Verbo Divino). El filósofo judío incluso otorgaba el don de la "inspiración" a los traductores de la LXX del hebreo al griego.

Este concepto de la "inspiración" se mantuvo durante toda la Edad Media. Fue en el Concilio Vaticano II cuando se "cae en la cuenta" de que esa "inspiración" debe tener un sentido más generalista. Desde este Concilio las ciencias bíblicas han tenido en cuenta las disciplinas que conforman la hermenéutica, distanciándose del literalismo bíblico. No obstante, en el siglo XIX, como una reacción de defensa ante el deísmo de la Ilustración, unos fieles cristianos norteamericanos establecieron 5 Fundamentos para salvar la "infallibilidad" y la "inerrancia" de la Biblia (de ahí el término "fundamentalismo"). Un representante directo de este fundamentalismo es el grupo llamado de la Tierra Joven, que postula por una creación según el libro de Génesis, en seis días de 24 horas, hace seis mil años.(!) Salvo este sector cristiano fundamentalista, el cristianismo abierto a una hermenéutica interdisciplinar asume, por un lado, los géneros literarios de la Escritura, y, por otro, la información que ofrecen las diferentes disciplinas científicas sobre la naturaleza y el cosmos como condicionantes de la exégesis y la interpretación de los textos de la Biblia. Es decir, independientemente de lo que dice la Biblia, debe prevalecer lo que empíricamente constata la naturaleza, que hoy la ciencia puede falsar.

4. SOBRE LA CRÍTICA TEXTUAL

El canon del Nuevo Testamento que ha llegado hasta nosotros tuvo que andar un largo camino con no pocas dificultades. La primera dificultad –pero no la única– consistió en los criterios por los cuales debían de aceptar o rechazar los diversos y múltiples escritos de las listas pre-canónicas. Por este motivo durante varios siglos mantuvieron una lista de escritos en suspenso (citados más arriba). Ya hemos visto que la aceptación –o el rechazo– de algunos libros no fue unánime durante los primeros siglos del cristianismo. Algunos que fueron leídos como libros “inspirados” en las iglesias, fueron después sacados del canon definitivo. Y al contrario, otros considerados dudosos durante siglos, al final los aceptaron en el canon. Esta selección, aceptando ahora y excluyendo después, no tuvo nada que ver con ninguna “inspiración”, sino con poderes fácticos de la iglesia ya institucionalizada y, a veces, por motivos más políticos que religiosos.

Por otro lado, la expansión del cristianismo en los primeros siglos, traspasando fronteras físicas, culturales y lingüísticas, obligó a traducir los escritos cristianos del griego originario a las lenguas de los pueblos a donde la Escritura llegaba. Pero los textos originales se perdieron para siempre: ya no existen, son irrecuperables. Estas traducciones dieron origen a múltiples Versiones que necesitaban consecuentemente ser copiadas una y otra vez. Muchas de estas Versiones se perdieron o quedaron olvidadas en las bibliotecas durante siglos. Algunas de estas Versiones en forma de Códices, o porciones deterioradas, han ido saliendo a la luz gracias a la pala del arqueólogo o al ratón de biblioteca en la Edad Moderna. La cuestión es que al día de hoy contamos con más de cinco mil (5000) manuscritos entre Versiones, Códices, porciones, de todas las familias y de todas las épocas.

Los especialistas afirman que cotejando esos miles de manuscritos se hallan más de 250 mil variantes. Apenas hay dos versículos iguales. De estas variantes unas 300 son importantes, aun cuando no afecta a la doctrina cristiana (Julio Treballe, “La Biblia judía y la Biblia cristiana”, Trotta). En cualquier caso, recomponer desde este material un Nuevo Testamento Crítico en griego exige desechar aquellos textos que tienen menos fiabilidad según la época, la familia de textos a la que pertenece, etc. O sea, estos eruditos tienen que optar por la variante que consideran más cercana al texto original (¡que no tienen!).

Recomponer un Nuevo Testamento Crítico a partir de tan ingente cantidad de manuscritos se considera uno de los logros modernos de la historia de la Escritura (por ejemplo el “Textus Receptus”)[7]. De este Nuevo Testamento Griego Crítico (o de otras recensiones de autores diferentes) se traducen las muchas y distintas Versiones de la Biblia actuales. La Crítica Textual, cuando escoge una variante determinada para incorporarla al “Nuevo Testamento Crítico”, se pregunta: ¿cuál de ellas es la más próxima a la original? ¿Porque no sabemos cuál de ellas es la más auténtica!

Con la aplicación al estudio de la Biblia de las distintas ramas del saber se abrieron nuevas posibilidades de comprender la palabra bíblica en su sentido original. Dios, para comunicarse con los seres humanos, hace uso de la palabra y esta palabra está enraizada en la vida de los grupos humanos, pues es la palabra la que permite que los seres humanos podamos entendernos. Las ciencias humanas como la lingüística, narratología, semiótica, antropología, sociología, paleografía, arqueología, psicología, historia, literatura comparada, etc. pueden contribuir a una mejor comprensión de algunos aspectos de los textos.” (“Las ciencias bíblicas”,

societadbiblica.org). A la luz de todo esto, ¿tenemos que concluir que también los traductores son “inerrantes”?

5. SOBRE JESÚS Y ALGUNAS IMÁGENES DE DIOS EN LA BIBLIA

Cuando leemos críticamente los relatos evangélicos nos da la impresión de que Jesús no creía en la “inerrancia” de la Escritura (al menos con el sentido moderno). De hecho, este concepto no estaba en el sentir ni en el lenguaje de la época de Jesús; es un concepto moderno acuñado especialmente por el fundamentalismo protestante.

La Biblia presenta muchas y diferentes imágenes de Dios. Solo hay que reflexionar acerca de ciertos textos, que no son pocos. Pero el Galileo se opuso a las imágenes arbitrarias de aquel dios que se sustentaban precisamente en la Escritura.

El fuego del cielo (Lucas 9:51-56)

Cuando atravesaban Samaria para dirigirse a Jerusalén, los lugareños rechazaron al grupo liderado por el Maestro. La sugerencia de los discípulos fue mandar “fuego del cielo” para castigar a los samaritanos. Era una evocación del relato de 2Reyes 1:1-15 según el cual perecieron dos unidades militares de 50 soldados cada una con sus respectivos capitanes, una tercera unidad se salvó por la clemencia que pidió el capitán. Y total, un fuego mortal para acreditar al profeta como “siervo de Dios” (!). Pues bien, Jesús rechazó la petición de los discípulos, y con ello rechazó la evocación del supuesto suceso y la imagen de aquel dios arbitrario del que se hacía eco la Escritura.

La mujer acusada de adulterio (Juan 8:1-11)

Cuando le presentaron a una mujer “sorprendida en adulterio” los piadosos escribas y fariseos inquirieron a Jesús con la “Biblia en la mano” (solo la citaron) qué pensaba hacer él, ya que la Escritura indicaba

indiscutiblemente que había que lapidar a la mujer según Levítico 20:10 (también al hombre, pero a este no le retuvieron). Pero Jesús se las valió para no obedecer la Escritura. Guardó primero silencio, luego les interpelló con el sentido común, con la misericordia, con la justicia de Dios que es siempre salvífica. Después de esta interpelación, según el texto, nadie lanzó ninguna piedra contra la mujer “adúltera”. Jesús tampoco, por el contrario, la perdonó. Obviamente, Jesús debió usar una “hermenéutica” muy diferente a la de los escribas que exigían lapidar a la mujer.

Estos son solo dos botones de muestra en los que Jesús se distancia de esa imagen arbitraria y justiciera de Dios contenida en la Escritura hebrea. Ahora bien, esta imagen justiciera de Dios perduró todavía en el cristianismo primitivo, como vemos en el caso de la muerte infligida (por Dios) a Ananías y a Safira, por mentir sobre el dinero que habían sacado en la venta de una propiedad. (Hechos 5:1-11). ¿Se corresponde este juicio sumarásimmo con la actitud de Jesús?

CONCLUSIÓN

Hemos expuesto cinco pinceladas breves, pero concisas, de cinco tópicos que ponen en la cuerda floja la “inerrancia” de la Biblia. Al menos como lo entiende el fundamentalismo evangélico. Pero al margen de este grupo religioso cristiano, en el cristianismo existen otros grupos con una visión distinta de la “inspiración” de la Escritura. Así pues, CONSIDERANDO:

- Que la cosmovisión de los autores de la Biblia es precientífica.
- Que el canon del NT tuvo un desarrollo gradual en el tiempo, excluyendo y/o aceptando una ingente cantidad de escritos cristianos.
- Que el concepto de la “inspiración” procede del mundo griego a través del filósofo judío Filón y los Padres de la Iglesia.

–Que no tenemos los escritos originales, sino copias de copias, y la divergencia entre ellas es tal que los traductores tienen que recurrir a la lingüística y otras ciencias para decantarse por una probable mejor traducción.

–Que la Escritura en general ofrece imágenes míticas de Dios (matar a los primogénitos de un país por culpa de su gobernante)...

¿Cómo atribuir algún tipo de “inerrancia” a la Biblia? En cualquier caso, ¿qué valor deberíamos dar a este concepto? ¿Implica dicha “inerrancia” que el relato de la muerte de los primogénitos es histórico y, por lo tanto, refleja el carácter de Dios? ¿Se corresponde esta imagen de Dios con la que predicó Jesús de Nazaret?

Desde el siglo XVI (como hito histórico de referencia) el cristianismo ha venido haciendo una catarsis teológica e intelectual debido al avance de la ciencia moderna, que es empírica, y muy especialmente por el salto del geocentrismo al heliocentrismo (a pesar de Emilio Monjo y otros). Esta catarsis se ha objetivado en la afirmación de leyes en el campo de la física, la mecánica, la biología, la genética, la geología, etc. Esta catarsis, que ha originado un cambio profundo en el concepto que teníamos del mundo y de la realidad, no ha afectado a la fe, al contrario, la ha fortalecido precisamente porque ha limpiado el trigo de la paja, o sea, ha solventado racionalmente los “errores” hermenéuticos de la Escritura: La Tierra no es el centro del universo ni el Sol gira alrededor de la Tierra, como sugiere la Biblia. Por ello, la pregunta pertinente que planteamos ¿es inerrante la Biblia?

Notas:

- [1] Existen varias maneras de entender la “inspiración” de la Biblia. Aquí estamos considerando la llamada “verbal” o “plenaria”.
 [2] Emilio Monjo Bellido es director del Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo

Español (CIMPE), y de la Colección Historia de la Editorial MAD. En cuanto al campo de formación y académico es Doctor en Filosofía por la Universidad de Sevilla, y autor de varias obras.

[3] http://protestantedigital.com/magacin/13369/Fe_y_cosmologia

[4] <http://protestantedigital.com/sociedad/28862/>

[El Universo gira sobre la Tierra científicos católicos contra Galileo](#)

[5] http://protestantedigital.com/magacin/41231/Por_que_creo_en_la_inerrancia_biblica

[6] Según los especialistas, el verbo “es” no existe en el griego, lo pone el traductor y puede ir también después de Dios: “toda la Escritura inspirada por Dios “es” útil para...”. Es distinto.

[7] El “Textus Receptus” (Texto recibido) en griego fue realizado por Erasmo de Rotterdam a partir de los manuscritos existentes, que eran en esa época los mayoritarios. No obstante, la crítica bíblica considera que dicho “Textus Receptus” es mejorable por el material hallado posteriormente que son más antiguos y en algunos casos más fiables. Sobre este tema, ver el artículo del Prof. Daniel B. Wallace “¿Son idénticos el texto mayoritario y el texto original?” en la revista Renovación nº 5 (2014), p. 38: http://revistarenovacion.es/Revista_Renovacion_files/5enero14_Renovacion.pdf

Como contrapunto al artículo del Prof. Wallace, consultar:

http://www.iglesiareformada.com/Acevedo_El_Textus_Receptus.pdf

#14/ EMPIRISMO Y CREENCIAS

Nos guste o no nos guste la única realidad que vivimos, sentimos y vemos es la realidad física. Esto no significa que estemos negando alguna otra realidad, que la hay, o, al menos, la

intuimos. Esto ha sido así desde los tiempos del *homo sapiens*. Por ello, durante el tránsito de los mitos a la filosofía griega (primeros pasos de la ciencia), los filósofos se dividieron entre monistas y dualistas. Los primeros se atuvieron a la naturaleza observable y verificable (la materia); la lista de sus postulantes es larga, desde Tales de Mileto en la antigüedad hasta Karl Marx en la edad moderna. Los segundos percibieron que había algo más, trascendente, divino o casi divino; también es larga la lista, con Platón a la cabeza (con sus dos mundos) que prácticamente conforma la esencia de todas las religiones y parte de la filosofía. Este forcejeo dialéctico, si se puede llamar así, viene durando desde entonces.

La cuestión esencial es que la filosofía – tanto la monista como la dualista– dio un paso irreversible hacia adelante y nos trajo lo que hoy llamamos “ciencia moderna” o experimental. Pero hasta el siglo XVI, con el cambio de paradigma que supuso el paso del geocentrismo aristotélico/ptolemaico al heliocentrismo copernicano, y especialmente hasta el siglo XVII, la ciencia propiamente dicha tuvo que superar su noche oscura. La luz vino progresivamente descubrimiento tras descubrimiento en todos los campos del saber humano.

EMPIRISMO

Todo lo que hoy sabemos del mundo físico se lo debemos a la ciencia experimental. Es cierto que en muchos aspectos esto que sabemos es “provisional” todavía, como no podía ser de otra manera, pero lo que sabemos es “científico”, es decir, verificable. Si no fuera verificable no sería “científico”. Esta es la diferencia entre lo “físico” y lo “metafísico” (lo que está más allá de lo físico). La ciencia se encarga de enunciar lo que puede investigar desde su método epistemológico. Lo que está fuera de su epistemología pertenece a la metafísica, de lo cual se encarga bien la

filosofía o la teología. Pero son campos ontológicos diferentes. Por eso la ciencia no puede afirmar ni negar nada que pertenezca al ámbito metafísico, que es el que corresponde a la fe y a la religión, es decir, a las “creencias”. Si esto no se tiene claro, toda discusión se convertirá en un diálogo de besugos. Muchas controversias, incluso entre teólogos y científicos, tienen su raíz en este galimatías.

En la raíz de este galimatías se encuentra el “concordismo” bíblico/científico. Es decir, el intento de buscar una concordancia entre lo que ha afirmado la ciencia y lo que dice la Biblia. Hay quienes fuerzan a la Biblia para hacer que diga lo que ella no pretende decir. La ciencia de verdad –cuya epistemología se ciñe a lo físico y falsable– no puede afirmar ni negar lo que de metafísico tiene la Biblia (la creación en sí mismo, su fin, la trascendencia del ser humano, la moral, el bien, el mal, etc.). Por su lado, la Biblia no puede decir –no pretende decir– el “cómo” de las cosas: cómo se originó el mundo, cómo se originó la vida, cómo ha sido el desarrollo y la evolución de la vida en su amplia manifestación en nuestro planeta, etc. La Biblia no es un libro de ciencia. No tiene ninguna información científica porque ese no era el propósito ni las posibilidades de sus autores. Sí es el cometido y el propósito de la ciencia ofrecernos esa información. Decir que la Biblia ya nos ofrece dicha información es forzarla a decir lo que no dice y descontextualizar sus enunciados. Esto lo verificamos cuando la Biblia habla directa o indirectamente en asuntos cosmológicos, que emite conceptos erróneos de la época de sus autores.

Evolucionismo vs creacionismo

Desde hace décadas existe una cruzada en los Estados Unidos de Norteamérica sobre “creacionismo versus evolucionismo”. Los extremos ideológicos se tocan. Esto ocurre con estos dos “ismos”. Por un lado está el

movimiento cristiano creacionista denominado de la Tierra Joven, que cree –siguiendo literalmente el libro del Génesis– que Dios creó el mundo hace seis mil años en seis días de 24 horas, y que las especies del reino animal que hoy contemplamos son exactamente las que Dios creó al principio (a esto se le llama “fijismo”). Por el otro lado está el movimiento evolucionista materialista que, apoyándose en dicha teoría, no solo afirma que todo vino a ser por un proceso evolutivo, sino que niega que exista algún Dios. Una cruzada estéril en la que ninguno de los dos bandos caen en la cuenta de que Ciencia y Religión parten de metodologías distintas y contrapuestas de investigación. La Biblia no es un libro de ciencia (valor que le otorgan los creacionistas) y no pretende, por lo tanto, explicar el “cómo” de las cosas. La Ciencia, por su lado, no puede –ni pretende– afirmar ni negar las realidades trascendentes. No es ese su cometido ni su campo de investigación.

Pero no todos los evolucionistas son ateos como muestra el hecho de que muchos científicos son creyentes de cualquier religión; estos piensan que el concepto científico de evolución biológica no se opone a la noción cristiana de creación. Contrario al “fijismo” creacionista, Carlos A. Marmelada, Profesor de Filosofía, y Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad de Barcelona, dice que “el concepto biológico de evolución hace referencia al dinamismo real que se da en la historia de la vida y que se expresa a través de un despliegue que se lleva a cabo en el tiempo, siendo la teoría de la evolución la explicación científica de ese hecho”[1]. Con lo que no es compatible la evolución biológica es con el biblicismo literalista de la creación hace seis mil años en seis días de 24 hora, por supuesto.

Fernando Sols, catedrático de Física de la Materia Condensada en la Universidad Complutense, y Doctor en Física en la

Universidad Autónoma de Madrid, por su parte, dice que “la evidencia científica a favor de la continuidad histórica y el parentesco genético de las diversas especies biológicas es abrumadora, comparable a la seguridad que tenemos de la validez de la teoría atómica o la esfericidad de la Tierra. Este nivel de confianza se ha alcanzado gracias a la adquisición y comprensión de una gran cantidad de información obtenida a partir del registro fósil y de los avances en genética molecular.”[2] Esto lo dice respecto a la naturaleza en su totalidad. El hombre, en principio, y biológicamente, es una parte más de dicha naturaleza. Cualquier otra cualidad, o realidad, impuesta al ser humano, no le corresponde a la ciencia afirmarlo, sino a la filosofía y, particularmente, a la teología, o sea, a la religión. Esto significa que esa otra cualidad trascendente pertenece a la “creencia”. ¿Hay motivos para creer que esa otra cualidad es real? ¡Sí!

Francis Collins, genetista estadounidense, conocido por haber dirigido el Proyecto Genoma Humano, premiado con el Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica en el 2001, y autor del libro “¿Cómo habla Dios? La evidencia científica de la fe” afirma la evolución teísta o creación evolutiva. La evolución, para estos científicos cristianos, no se opone a la fe ni está en contra de ella. Evolución y Fe son perfectamente compatibles. La evolución de la vida es una realidad confirmada por la ciencia. Es la Teología la que debe revisar sus “creencias” y sus propuestas.

CREENCIAS

Lo que la Biblia dice acerca de los orígenes– aunque más elaborado teológicamente por su puesto– en el fondo es lo mismo que nos venían diciendo los mitos de otras civilizaciones, y respondía a las mismas grandes cuestiones del ser humano y su historia: el origen del mundo, de la vida, del hombre y de la mujer; el porqué del sufrimiento y del mal;

de la muerte; del más allá; del castigo o el premio en ese más allá; incluso de un salvador. Las diferencias que existen entre las distintas cosmogonías míticas, incluidas las que ofrece la Biblia, no anula el meollo de la cuestión. Los autores de la Biblia usan el relato mítico como medio literario para apuntar dichas realidades, pero no son descripciones etiológicas históricas de las mismas.

Desde un punto de vista ético, todas las religiones comparten los mismos tópicos y persiguen el mismo fin: el amor hacia los demás, la justicia, el bien común, etc. Por ello, por cuanto todas las religiones comparten esos mismos tópicos, no se puede decir que una en particular tenga el monopolio de la virtud. Es más, el hecho de que todas las religiones compartan esos mismos tópicos con ese mismo fin, es un indicador de que el ser humano alberga en sí mismo una cualidad universal ética, independientemente de sus creencias. A veces, paradójicamente, ocurre que pierden esa cualidad ética precisamente cuando aparece la creencia religiosa, sobre todo suele ocurrir más en las religiones monoteístas al considerar que ellas son, por separado, la única religión verdadera. La historia de las guerras religiosas así parecen confirmarlo. Lo que queremos decir es que para ser ético no es necesaria una creencia religiosa. El ser humano lo es independientemente de si cree o no cree en alguna fe en particular. El movimiento cultural llamado Humanismo, aun cuando surge en un ambiente geográfico e histórico cristiano, lo trasciende aportando a su medio social una ética no necesariamente religiosa.

Creencias e inquisición

Cuando Nicolás Copérnico (1473-1543) lanzó la idea de que no era el Sol el que giraba alrededor de la Tierra, sino esta alrededor del Sol (aunque ya Aristarco de Samos en el siglo III a.C. afirmaba que el Sol era el centro del universo), y después Galileo Galilei (1564-1642)

confirmó el sistema heliocéntrico, la Ciencia, la Filosofía y, sobre todo, la Teología se echaron sobre él como buitres carroñeros y no pararon hasta reducirle al silencio de la reclusión domiciliaria (salvó la vida por los pelos). Hoy los escolares de primaria cuando leen este episodio histórico se llevan las manos a la cabeza (vivimos con muchísima más información).

¿Por qué la Ciencia, la Filosofía y la Teología del siglo XVI no pudieron aceptar la revolucionaria idea de un sistema heliocéntrico? Básicamente por dos motivos:

- a) La cosmología aceptada desde hacía siglos era deductiva, se basaba en la simple observación; era el Sol el que se veía mover de Este a Oeste; además contaban con el aval de la enseñanza del sabio Aristóteles, que había afirmado el sistema geocéntrico.
- b) Por otro lado, la Sagrada Escritura (que se creía –y se cree– una revelación infalible) corroboraba el sistema geocéntrico. Pero tanto la Ciencia como la Filosofía y la Teología hasta el siglo XVI, se basaban en observaciones deductivas del movimiento de los cuerpos celestes en el espacio.

Hoy la ciencia moderna, que comenzó con una metodología inductiva, de la que surgió una manera distinta de estudiar el cosmos, confirma inequívocamente el heliocentrismo de nuestro sistema solar: Copérnico y Galileo tenían razón (incomprensible, ciertamente, en su época). La certeza que se tiene hoy del sistema heliocéntrico está probada (además de por la leyes de Kepler y de Newton), por la exactitud con la que envían naves no tripuladas al resto de planetas de nuestro sistema solar para interceptarlos y estudiarlos. Los especialistas en astrofísica y en astronomía saben perfectamente dónde está cada planeta en un momento dado, y saben cuándo y cómo enviar dichas naves no tripuladas para captarlos siguiendo las coordenadas según el sistema

heliocéntrico. Es decir, el geocentrismo se basaba en "creencias" y deducciones. Hoy no "creemos" en el sistema heliocéntrico, lo conocemos por la información científica fiable y falsable.

En este año 2017 el mundo cristiano (evangélico-protestante) celebra el 500 aniversario de la Reforma. El monje agustino Martín Lutero, a la vez que solventaba un problema personal espiritual, "cae en la cuenta" estudiando la carta de Pablo a los Romanos que la venta de indulgencias que practicaba la Iglesia de Roma era contraria a la doctrina bíblica de la "gracia". Como el monje no se retractaba de la denuncia que había formulado mediante las 95 tesis colgadas públicamente en la puerta de la Iglesia del Palacio de Wittenberg (Alemania) contra la Iglesia de Roma, esta le excomulgó. Así surge el movimiento religioso llamado Reforma Protestante. De este movimiento, con el tiempo, saldrían cientos de denominaciones religiosas cristianas con sus peculiaridades y doctrinas diversas. Pero cuando vamos al fondo de la cuestión "caemos en la cuenta" que todo se centra en "creencias". No existe absolutamente nada sustanciado en leyes o principios objetivos y evaluables. ¡Solo creencias! Y es que, tratándose de "transcendencias", no cabe otra opción que las "creencias". Alguien anotará que eran creencias "bíblicas" contra creencias "no bíblicas"; pero aunque sean "bíblicas", no dejan de ser "creencias". Las creencias sobre lo trascendente son subjetivas y privadas, y todas válidas en principio.

Posterior, o paralelamente al movimiento de esta Reforma, y por motivos más políticos que religiosos, se instaura un tribunal religioso llamado "Inquisición". ¿Su cometido? Juzgar a las personas cuyas "creencias" no se correspondían con las creencias oficiales de la Iglesia de Roma. El veredicto en el peor de los casos terminaba con la pena capital en la

hoguera. Este vicio de quemar a los "herejes" no fue un patrimonio de la Iglesia de Roma (aunque le ganaba por mucho), sino también lo practicó el movimiento de la Reforma (ahí tenemos como testimonio a Miguel Servet y a los cientos de anabaptistas víctimas de la intolerancia reformada). Quemar a los "herejes" era el deporte favorito de la época. Las familias al completo acudían a las plazas públicas donde se iban a quemar a los "reos". ¿Y por qué se quemaban a estos "reos"? Simplemente por cuestiones de "creencias". Los "herejes" no eran enemigos públicos que atentaban contra la integridad física de las personas, o de su hacienda y su patrimonio, no, simplemente no creían en las doctrinas ("creencias") de la Iglesia oficial, ya fuera la de Roma o la de la Reforma. ¡Ejecutaban a las personas simplemente por sus "creencias"!

Hoy los "ortodoxos" ya no queman a los "herejes". La historia es dinámica, los movimientos culturales van y vienen. Y el movimiento que desarrolló la sensibilidad suficiente para no quemar públicamente a los "herejes" fue el Humanismo que condujo al Renacimiento. El Renacimiento fue un movimiento cultural iniciado en el sur de Italia que sacó del ostracismo a los clásicos (los filósofos griegos), a los que el mundo de las "creencias" (cristianas) había sepultado durante el tiempo que duró la Edad Media, mil años. Fue el antropocentrismo (el valor del hombre) humanista lo que hizo caer en la cuenta la barbarie que suponía matar a un ser humano solo por lo que creía o no creía. Pero estos cambios no suceden de un día para otro, a veces ni siquiera de un siglo para otro. En algunos casos –o en todos– los movimientos culturales conviven hasta que el viejo pierde su vigor o desaparece para siempre (¿para siempre?).

En la historia de la filosofía algunos de estos "movimientos culturales" entraron en conflicto sentando cátedra mediante la formulación de

“creencias” (escuelas filosóficas). La diferencia entre estas “creencias” filosóficas y las “creencias” religiosas es que rara vez por causa de las primeras se mató a nadie. Discutían, se contradecían, pero la confrontación quedaba en el suelo de la simple dialéctica. Es cierto que a Sócrates le condenaron a muerte por su “filosofía”. Pero en los tiempos del filósofo la religión y los mitos estaban siempre de por medio: le condenaron a muerte porque su “filosofía” estaba robando a la gente “la fe en los dioses”. Hoy ese miedo sigue vigente. Cierta apología cristiana también tiene miedo de que nuevas “filosofías ateas” roben a los cristianos la fe en Dios (de este ateísmo habrá que hablar).

El tren de la historia

El cristianismo de este siglo, si quiere aprovechar el tren que está pasando, debería “caer en la cuenta” de que todas sus premisas metafísicas se fundamentan en (y se reducen a) “creencias”. En el mejor de los casos, creencias nobles, sublimes, pero “creencias” al fin y al cabo, por otro lado revisables. Todo lo metafísico se reduce a “creencias”. Además, desde un punto de vista socio-político, debería “caer en la cuenta” de que lo que importa para el bien de la Humanidad (al margen de la legitimidad de la fe religiosa, cualquiera que esta sea) es lo ÉTICO. Lo ético encuentra su razón de ser en lo inmanente, lo que tiene que ver con la vida de las personas aquí y ahora. Sin esta ética las “creencias” no tienen credibilidad, cualquiera que sean sus propuestas o sus promesas para el “más allá”. El “porque tuve hambre, y me disteis de comer...” de Mateo 25:31-46, que es un aforismo profundamente ético, sigue vigente.

Desde el siglo XVI, en las sociedades occidentales, y al unísono del desarrollo de todas las áreas del saber humano, hemos venido haciendo una catarsis de las creencias. Ya no creemos que el Sol gire alrededor de la

Tierra (algunos todavía piensan que sí porque lo dice la Biblia). Ya no creemos que las enfermedades, los rayos, los terremotos, etc. sean un castigo divino (aunque hay quienes todavía lo creen así). Ya no creemos que Dios creó el mundo hace seis mil años en seis días de 24 horas (aunque hay quienes lo defienden ateniéndose a la Biblia). La hermenéutica, gracias a la luz que ofrece la historia, la antropología social, las ciencias en general, nos permite distinguir en los libros sagrados (la Biblia) los distintos géneros literarios, el propósito pedagógico de algunos textos, el trasfondo mítico de otros, etc. Solo tenemos que abrir los ojos y “caer en la cuenta”.

Notas:

[1] Carlos A. Marmelada, 60 preguntas sobre ciencia y fe: Respondidas por 26 profesores de Universidad – Ed. Stella Maris.

[2] Fernando Sols, obra citada.

#15/ BIBLIA Y REVELACIÓN

El teólogo católico Andrés Torres Queiruga dice que “la revelación es real no porque Dios tenga que ‘entrar en el mundo’, irrumpiendo en sus mecanismos, físicos o psicológicos, para hacer sentir una voz milagrosa; es real porque él está ya siempre ‘hablando’ en el gesto activo e infinitamente expresivo de su presencia creadora y salvadora. El hecho mismo de la creación es ya su revelación fundamental; y la creación misma, en su modo de ser, en sus dinamismos y en sus metas y aspiraciones, va desvelando en el tiempo y en la historia tanto el proyecto de Dios sobre ella como lo que en cada momento está tratando de realizar. En definitiva, la revelación consiste en ‘caer en la cuenta’ del Dios que como origen fundante y amor comunicativo está ‘ya dentro’, habitando la creación y manifestándose en ella. Lo hace ver sobre todo en el ser humano, tratando de que descubramos su presencia, rompiendo

nuestra ceguera y venciendo nuestras resistencias" (Repensar la resurrección, Trotta 2003).

Este "caer en la cuenta" de que Dios ya estaba desde siempre "revelándose" a través de su creación, especialmente en el ser humano, es el mismo "caer en la cuenta" de que los libros sagrados (la Biblia para los cristianos) son trazos borrosos que los hombres han esbozado de la revelación percibida. De ahí las imágenes desfiguradas de Dios en dicha "revelación" (libros sagrados).

Jesús de Nazaret, con su actitud, su ejemplo y sus enseñanzas, es un referente nítido –la "piedra rosetta"– que nos permite "caer en la cuenta" no solo de lo que es esencial y fundamental, sino, sobre todo, del carácter inequívoco del Dios siempre "revelándose". La interpretación literalista de los textos religiosos, creando y dando forma a las "ortodoxias", no es un patrimonio del fundamentalismo contemporáneo, sino una corriente de pensamiento que se retrotrae a los orígenes de la cultura escrita. Lo escrito adquiere en el tiempo una autoridad inquebrantable, porque es el eje de la tradición que, a falta de originalidad, se convierte en verdad absoluta. En los Evangelios vemos a Jesús luchando contra esta forma de pensamiento fijada en la tradición –¡incluso en la escrita, la Escritura!– que había desvirtuado el carácter de Dios. De ahí que Jesús estuviera empeñado en que las gentes "cayeran en la cuenta" de que la imagen que tenían de Dios era errónea a pesar de que, a veces, provenía de la evocación de unos textos sagrados. Y este empeño fue una constante durante su ministerio. Unas veces mediante la enseñanza directa, "fue dicho..., pero yo os digo" (Mateo 5); otras reprendiendo a los discípulos cuando estos evocaron el "fuego del cielo" como había hecho el profeta Elías (2Reyes 1:1-15), en su caso para destruir a los samaritanos; y otras, guardando silencio primero e interpelando después a sus

interlocutores para no ejecutar un mandato "divino" según lo escrito en la Ley de Moisés (Lev. 20:10). En el primer caso, Jesús idealiza el espíritu de la letra; en el segundo, zanja el tema con un "no sabéis de qué espíritu sois" (Lc. 9:54-55); en el tercero, con un "ni yo te condeno" (Juan 8:11). En todos los casos Jesús se distancia de la imagen de Dios que evocaban los textos sagrados veterotestamentarios. Para los interpretes literalistas y las mentes legalistas, de cualquier época o lugar, la actitud de Jesús de Nazaret es difícil de entender y duro de aceptar, porque les rompe los esquemas aprendidos, pero, sobre todo, porque cuestiona la seguridad que ofrece un "así dice la Biblia".

El Jesús de los Evangelios –a pesar de la teologización de los relatos– es un referente nítido para "caer en la cuenta" de cuál es el verdadero carácter de Dios. Pero, no obstante de ser Jesús de Nazaret nuestro referente, "no hemos de olvidar que, como hombre histórico, estaba sujeto a las limitaciones humanas y temporales" (Claude Geffré). Geffré, teólogo dominicano-francés, dice que hay que distinguir "entre la revelación como acontecimiento y la revelación como mensaje. Como acontecimiento sucedido en Jesús es insuperable, irrebasable; como mensaje transmitido a través de Jesús y sus seguidores es limitada y no puede pretender agotar la plenitud de verdad que está en Dios. Dicho de otro modo: la verdad de Dios se nos comunica, incluso en Jesús, de forma limitada, finita, dado el vehículo humano"[1]. Como dice Goyret, "La Biblia es un canal humano que puede (y no siempre logra) comunicar un mensaje divino. Para el que está dispuesto a recibir ese mensaje, y se pone los "lentes" de la compasión y de la solidaridad (es decir, lee desde y con el amor de Jesucristo), el mensaje divino está ahí, a través de la palabra bíblica y, muchas veces, a pesar de la Biblia misma".

(Leonardo Goyret – en Facebook).

Caer en la cuenta, por su propia naturaleza cognitiva y psicológica, es una experiencia vital, un mirar lo mismo con otros ojos, una perspectiva nueva e inusitada hasta ese momento, es un descubrimiento... Un caso paradójico de esta realidad la encontramos en el relato de la conversión del centurión Cornelio (Hechos 10). Lo paradójico no radica en la conversión en sí del romano, sino en la "conversión" ("caer en la cuenta") del apóstol Pedro y de los líderes de la iglesia en Jerusalén. Hasta aquella dramática experiencia de Pedro en Home, al apóstol no le había pasado por la cabeza acercarse a una persona gentil para anunciarle el evangelio ["Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero a mí me ha mostrado Dios [en esta experiencia] que a ningún hombre llame común o inmundo" – v. 28]. Esta misma paradoja se da de rebote en los líderes cristianos radicados en Jerusalén que, cuando llegan a conocer la experiencia de Pedro, exclaman: "¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!" (Hechos 11:18). Omitimos otras implicaciones muy serias de este relato de Hechos 10, que comentaremos en otra ocasión.

En todos los casos que venimos citando (los discípulos de Jesús, los fariseos o los escribas, los líderes cristianos de Jerusalén, el mismo Pedro...) incide un múltiple común denominador: la cosmovisión teológica desde la que pensaban, el concepto que tenían de la Escritura y la imagen que albergaban de Dios. Jesús se opuso a este denominador común que se hacía visible en la praxis cotidiana de las gentes. Se propuso que cambiaran de mentalidad, de visión de la realidad... El relato de Hechos 10 es un subproducto de la reflexión teológica que la comunidad fue desarrollando. Así que, "caer en la cuenta", implica una reflexión profunda, un hacer diferente, una actitud distinta, ya sea por activa o por pasiva,

ya sea moral, material, intelectual o filosófica.

O sea, una cosa es la Biblia (conjunto de libros religiosos), y otra distinta es la revelación hallada en ella. Esta distinción viene de "caer en la cuenta".

[1] Citado por José María Mardones en "Matar a nuestros dioses".

#16/ HABLAMOS DONDE LA BIBLIA HABLA...

I. INTRODUCCIÓN

"Hablar donde la Biblia habla..." es el eslogan del frontispicio ideológico de las *Iglesias de Cristo del Movimiento de Restauración* (idcMR). Podemos leerlo en la abundante literatura existente, en las páginas webs de dichas *Iglesias de Cristo*, además de oírlo desde los púlpitos un domingo sí y otro también. El eslogan en sí mismo ya es una afirmación anticipada de la interpretación literal que se hace de la Biblia. Así lo confirma la exégesis de los textos bíblicos que encontramos en la literatura de las idcMR. La hermenéutica literalista es coherente con el eslogan y este con dicha hermenéutica. La triple "ventaja" de la exégesis literalista es que, primero, es más económico intelectualmente hablando (no necesita investigar); segundo, no exige pensar (solo leer); y, tercero, no arriesga nada... ¡O mucho! (piense el lector en la obcecación de los religiosos en el caso Galileo).

1. Contexto del eslogan

El eslogan tiene un contexto histórico: la diversidad de denominaciones cristianas en el Nuevo Mundo, que no era otra que la que existía en el Viejo Mundo (Europa). Con la emigración continuada desde la vieja Europa al nuevo continente recién descubierto, se hizo presente el mismo conglomerado religioso, confuso por su misma naturaleza. Todas las denominaciones religiosas contaban con sus propias tradiciones y estatutos además de la Biblia. Los padres del *Movimiento de*

Restauración (Campbell, Stone...), disidentes de la Iglesia Presbiteriana, cuestionaron dichas tradiciones y estatutos conminando a todos los líderes de las demás denominaciones a remitirse solo y exclusivamente al Nuevo Testamento respecto a la organización de la iglesia, el culto, la eclesiología, etc. De ahí el eslogan *"hablar donde la Biblia habla y callar donde la Biblia calla"*. Es decir, el *órdago* consistía en que abandonaran las tradiciones y los estatutos particulares de sus respectivas Iglesias y se limitaran solo a las enseñanzas del Nuevo Testamento. Este es el contexto histórico del eslogan y en ese contexto se ha de entender. Decir, además –y esto es muy importante–, que en aquella época, tanto unos como otros creían en la *"infalibilidad"* e *"inerrancia"* de la Biblia, aun cuando el *"liberalismo teológico"*, y las ciencias bíblicas modernas, ya habían iniciado su desarrollo amparados por la Ilustración.

Desde el siglo XVII venían sucediendo cambios profundos en la Ciencia, la Filosofía y la Política, dejando obsoleto el antiguo paradigma precientífico anterior a Copérnico y Galileo (siglo XVI). Esta obsolescencia alcanzó también a la valoración y el concepto que se tenía de la Biblia como libro religioso, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II (mediados del siglo XX). Los conceptos *"infalible"* e *"inerrante"* hoy se han relegado a un grupo cada vez más minoritario en el mundo religioso, especialmente en Norteamérica, donde nació el Fundamentalismo.

2. "Infalibilidad" e "inerrancia": un poco de historia

Independientemente de la interpretación que se haga de algunos textos bíblicos referente a estos dos conceptos, dicha interpretación tiene su propia historia, de la cual aquí dejamos una brevísima semblanza.

Filón de Alejandría (15 aC - 50 dC), filósofo judío y embajador del judaísmo en el mundo

griego, sentó el mejor precedente para la posteridad de la *"inspiración"* de la Biblia hebrea (que luego se atribuyó a las escrituras cristianas). Filón decía:

"El hombre que profetiza se ve obligado a pronunciar palabras cuyo alcance desborda todos los límites terrenos: el órgano, la boca, la lengua y hasta la inteligencia; es humano, pero su resonancia es sobrehumana..." (Vida de Moisés, 1, 274)*.

Filón extendía este carácter sobrenatural a los traductores de la Septuaginta (traducción de los libros sagrados judíos al griego a mediados del siglo III aC). *"Los traductores, según escribe Filón, "actuaron cada uno bajo el dictado de un invisible inspirador"; por eso dice que hay que llamarlos "no ya traductores, sino hierofantes y profetas, ya que se les concedió, gracias a la pureza de su inteligencia, marchar al mismo paso que el espíritu más puro de todos, Moisés"* (Vida de Moisés, 11, 37 y 41. Antonio M. Artola y José Manuel Sánchez Caro, *"Biblia y palabra de Dios"*, Verbo Divino).

Dieciocho siglos después –este concepto se mantuvo intacto durante ese tiempo– el Concilio Vaticano I, como reacción al liberalismo teológico en boga, en la sesión III del día 24 de abril de 1870, se ocupó en la definición del origen divino de las Escrituras en la siguiente manera:

"Dichos libros del AT y del NT íntegros con todas sus partes, como se describen en el decreto del mismo Concilio [de Trento]... deben ser recibidos por sagrados y canónicos. La Iglesia los tiene por sagrados y canónicos no porque, habiendo sido escritos por la sola industria humana, hayan sido después aprobados por su autoridad, ni sólo porque contengan la revelación sin error, sino porque, habiendo sido escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor y como tales han sido entregados a la misma Iglesia..." (Antonio M. Artola y José Manuel Sánchez Caro, *"Biblia y palabra de Dios"*, Verbo Divino -

Pag. 165).

Sin embargo, casi un siglo después, durante el Concilio Vaticano II (1965), se enfrentaron dos concepciones antagónicas sobre la verdad de la Biblia. Por una parte, una mentalidad anclada en la doctrina clásica sobre la inerrancia se empeñaba en que el Concilio se pronunciara sobre la total exclusión de error en la Biblia. Por otra, se iba abriendo camino una corriente nueva que enfocaba la cuestión desde un punto de vista nuevo: el de la verdad de salvación. La primera actuaba bajo los imperativos inconscientes de una concepción griega de la verdad. La segunda pretendía salvar los escollos de una comprensión rígida de la inerrancia. Lo que se debatía en el fondo era el modelo de verdad por el que optaba la Iglesia para explicar la Palabra de Dios. (Antonio M. Artola y José Manuel Sánchez Caro, "Biblia y palabra de Dios", Verbo Divino-Pag. 228).

En el documento *Dei Verbum* (uno de los 16 documentos del Concilio Vaticano II), referente a la Biblia, se dice:

"Naturalmente, el Espíritu no se hace responsable de todo lo escrito por el hagiógrafo; como dice la misma constitución DV (*Dei Verbum*), ese aliento o presencia del Espíritu se encuentra en aquella "verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación" (DV 11). No se trata, pues, de verdades del orden histórico o científico, sino de las relativas a la salvación del hombre..." (DV 12).

Esta evolución de criterios en la Iglesia Católica Romana (ICR) se debió a los conocimientos científicos y filosóficos que estaban poniendo en evidencia la debilidad del dogma de la "infalibilidad" y la "inerrancia" de la Escritura.

Reacción del Protestantismo en EE.UU.

Sin embargo, ante el mismo fenómeno cultural, en el que la ICR reconoció que no podía seguir

insistiendo en la "inerrancia" de la Biblia, los líderes protestantes (en los Estados Unidos) reaccionaron de forma distinta. Estos se afianzaron más en dicha "inerrancia".

A principio del siglo XX un grupo de líderes cristianos estadounidenses proclamaron cinco fundamentos que consideraban imprescindibles para la fe cristiana. Pues bien, uno de ellos consistía precisamente en el carácter "infalible" e "inerrante" de la Biblia.

Se acuñó el término "fundamentalismo" derivado de estos cinco "fundamentos". Este Fundamentalismo, pues, nace como reacción al deísmo liberal que encontró el caldo de cultivo en la Ilustración. La mayoría de los Evangélicos (incluidos los de las *Iglesias de Cristo*), sobre todo los de fuera de Norteamérica, ignoran cuál es la cuna de su teología literalista, la cual ha ejercido –y sigue ejerciendo– una gran influencia en Latinoamérica y algunos países de Europa, particularmente España, a través de las misiones estadounidenses, el apoyo económico recibido y la literatura procedente de allí. Sobra decir que la antítesis del "fundamentalismo" es el "liberalismo", que apuesta por una apertura hacia los nuevos conocimientos filosóficos y científicos.

3. El estatismo de nuestros exégetas

No obstante de las sugerencias que pone sobre la mesa la nueva hermenéutica (empujada y alumbrada por dichos conocimientos científicos y filosóficos), nuestros exégetas del MR, fundamentalistas, sienten un profundo recelo hacia dicha hermenéutica (herramienta multidisciplinar imprescindible hoy en la exégesis bíblica). Sienten recelo de esta hermenéutica porque esta exige precisamente estudiar y pensar; es decir, investigar; y la investigación supone discernir, ponderar, cotejar, decidir..., con los riesgos que ello conlleva; ciertamente es más fácil pontificar: *así dice la Biblia*. Pero es la investigación la que ofrece la información que subyace en el texto,

¡pero que no está en el texto! Y esta información evidencia que, a veces, no todo es lo que parece en la Biblia. Y el hecho de que no todo sea lo que parece en la Biblia, supone para nuestros exégetas literalistas una profunda inseguridad. Por eso, el exégeta con una mínima formación teológica, después de citar "lo que dice" la Biblia, se preguntará *por qué* la Biblia dice "eso". Ofrecer la respuesta adecuada a ese "por qué" es la misión de la hermenéutica. Pero la información (y la formación) en este quehacer hermenéutico no se encuentra en las páginas de la Biblia (sola), sino en los libros de diversas disciplinas (historia, antropología cultural...).

II. SINSENTIDOS DEL LITERALISMO

El literalismo, por su simpleza, parece ofrecer, sobre todo, seguridad: ¡la Biblia dice así!. Pero, como ya hemos apuntado más arriba, no todo en la Biblia es lo que parece. Luego el literalismo, sin más, lleva a complejas conclusiones reconocidas hoy como obsoletas cuando no contradictorias y engañosas. Por eso la exégesis correcta necesita de una hermenéutica interdisciplinar. Veamos algunos sinsentidos de la interpretación literalista (*¡Hablar donde la Biblia habla...!*):

EN PRIMER LUGAR, por ejemplo, los textos que usamos para restaurar "la Iglesia del Nuevo Testamento" tienen un carácter esencialmente teológico, hablan de una "Iglesia" abstracta, teórica, invisible; no tiene nada que ver con las iglesias históricas, que eran diversas y plurales. Por lo tanto, desde un punto de vista eclesiológico, la heterogeneidad del cristianismo primitivo hace imposible "restaurar" una supuesta "Iglesia del Nuevo Testamento". Este deseo de los padres del MR era mera ingenuidad (comprensible por la falta de información histórico-crítica del cristianismo primitivo). El sinsentido de esta idea radica precisamente en el intento de restaurar una Iglesia única que nunca existió históricamente

hablando (ver "La Iglesia primitiva" en Renovación n° 98 - octubre 2021). La idea de "restaurar" la Iglesia fundada en el año 33 dC. es un galimatías. Es un galimatías por tres razones: a) La iglesia local primitiva, de Jerusalén, continuó observando las costumbres judías de la Ley; b) Pero el MR hace una distinción enfática entre las Escrituras hebreas y las cristianas (Antiguo y Nuevo Testamento), cosa que aquellos cristianos no hicieron, obviamente. Primero porque no existía ningún "nuevo testamento" literario todavía, por lo tanto, la única Escritura que tenían era la Biblia hebrea, y no encontraron ningún problema en continuar con sus preceptos (no importa cuáles sí y cuáles no); y c) Tras el nacimiento del cristianismo gentil en Antioquía, que no observaba la Ley (salvo algunos preceptos impuestos por los judeocristianos de Jerusalén), no hubo nunca una Iglesia homogénea hasta la Gran Iglesia de siglos posteriores (la Iglesia constantiniana). Es decir, no tenemos ninguna iglesia modelo "primitiva" e histórica desde la cual "restaurar" nada. Solo tenemos textos teologizados de esa presunta Iglesia. En cualquier caso se trataría de "restaurar" una iglesia que cuadrara con el perfil de las iglesias gentiles, es decir, las iglesias paulinas, cuyo modelo sería la iglesia de Antioquia de Siria. Así pues, tenemos dos opciones, restaurar la iglesia "primitiva" de Jerusalén (judaica), o restaurar la iglesia de Antioquia de Siria (gentil). Son los dos modelos de iglesias que encontramos en el Nuevo Testamento, y legítimos los dos.

EN SEGUNDO LUGAR, el literalismo (*hablar donde la Biblia habla...*) conlleva otorgar vigencia a instituciones socio-políticas de la época del Nuevo Testamento hoy obsoletas (esclavitud, patria potestad absoluta, sumisión de la mujer al varón, etc.). De esta sumisión de la mujer al varón deviene la cuestionable interpretación de que la mujer ni siquiera puede orar en la iglesia y mucho menos

desarrollar algún tipo de liderazgo. Los hermanos y hermanas hispanoamericanos (y estadounidenses), pertenecientes a *Iglesias de Cristo*, que han llegado a España por la inmigración o de vacaciones, entraban en shock cuando veían que en la *Iglesia de Cristo* de Madrid (¡la iglesia más retro de España, por otro lado!) las mujeres oraban en el culto y participaban en él (¡ciertamente, algo se había evolucionado en esta iglesia desde sus comienzos, pero algunos hemos pagado un alto precio por propiciar y promocionar dicha evolución!). Pero también hemos observado que algunos de esos hermanos y hermanas abandonaron el culto, por sus prejuicios, en cuanto vieron participar a la mujer en el culto. Prejuicios abonados por la interpretación literalista de la Escritura que secundan los códigos domésticos sobre “la mujer, los niños y los esclavos” (Colosenses 3:18-4:1; Efesios 5:21-6:9; etc.) de los cuales venían hablando los filósofos en el mundo griego desde la época de Platón (siglo IV aC.). Es decir, los escritores del Nuevo Testamento simplemente evocaron dichos códigos sociales y mundanos de la época (ver “La iglesia nació en la casa” en: <https://revistarenovacion.files.wordpress.com/2014/01/la-casa-iglesia1.pdf>). Algunos líderes del otro lado del “Charco” piensan que investigar en los libros que no sean de la Biblia es “filosofía del mundo”, y además se enorgullecen de pensar así (!). En España algunos también piensan igual.

EN TERCER LUGAR, este literalismo, al margen de cualquier principio hermenéutico, desnaturaliza el texto bíblico y el pensamiento de su autor, que escribía para personas que vivían en un contexto social, familiar y religioso distinto al nuestro, como son los casos de la sumisión de la mujer, la esclavitud, etc. Una exégesis literalista de 1Cor 11:2-15 (ver “Señal de autoridad” en: <https://revistarenovacion.files.wordpress.com/>

[2014/01/senal-de-autoridad.pdf](https://revistarenovacion.files.wordpress.com/2014/01/senal-de-autoridad.pdf)) nos llevaría a la conclusión de que la mujer debe cubrirse la cabeza con un velo. Por no citar la patria potestad absoluta desde la cual el paterfamilias formalizaba el matrimonio de los hijos (especialmente de las hijas), sin contar con su consentimiento cuando estos aún eran púberes; o ungir con aceite a los enfermos para sanarlos, como sugiere Santiago 5:14. Pero la historia y la antropología cultural (¡la hermenéutica!) nos explica por qué era común la práctica de ungir con aceite a los enfermos en Oriente Medio en la época del Nuevo Testamento, y por qué la mujer vivía bajo la tutela del varón de por vida. En la práctica, ciertamente, estos líderes del MR no son tan “literalistas” cuando les interesa, y hacen caso omiso de ciertos textos, como el que habla de ungir con aceite a los enfermos para su curación. Y me pregunto por qué, pues ¿no es este texto “Palabra de Dios” también? ¿Será porque sienten miedo de hacer el ridículo presentarse en un hospital con un tarro de aceite para ungir al enfermo, y que les expulsen del hospital? ¡Me supongo que estos exégetas literalistas tampoco formalizan el casamiento de sus hijas púberes (1Cor. 7:37-38) ni imponen el uso del velo a sus mujeres (1Cor 11:6)!

EN CUARTO LUGAR, la afirmación del sistema heliocéntrico por parte de Galileo Galilei fue un hito singular en la historia del conocimiento humano que separó para siempre dos cosmovisiones distintas, dos maneras de entender y percibir la realidad del cosmos. Es significativo que la idea de una Tierra esférica apareciera por primera vez en textos griegos (Platón, Aristóteles...) que contrasta con las opiniones de algunos personajes prominentes cristianos (San Agustín, s. IV, y otros), que se burlaban de estas ideas griegas.

La retórica de Eclesiastés 3:21: “¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu del animal

desciende abajo a la tierra?" está expresada desde la cosmogonía de un mundo precientífico, pero carece de sentido desde el paradigma de la ciencia moderna. No existe ningún "arriba" ni ningún "abajo" donde pueda "subir" o "descender" ningún "espíritu". Este es un lenguaje figurado mítico. Textos como: "el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero" (Josué 10:12-19), o que "hizo volver la sombra por los grados que había descendido en el reloj de Acaz, diez grados atrás" (2 Reyes 20:1-11), o que "un gran pez tragó a Jonás, y estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches" (Jonás 1:17), comprometen los conocimientos científicos que tenemos de las leyes del universo y de la física. Y no vale apelar a un Dios-todopoderoso-que-está-en-los-cielos, o la recurrente frase de que "para Dios nada es imposible". Un Dios-supermán que detiene el giro de la Tierra sobre su eje casi un día entero para aniquilar a un puñado de vidas humanas y, además, invierte dicho giro diez grados en la sombra de un reloj de sol para confirmar la sanidad ofrecida por la palabra de su profeta, no ayuda mucho a la evangelización de nuestra sociedad ilustrada y moderna. ¿Cómo midió el tiempo, en el primer caso, si se detuvo el movimiento de la Tierra y este movimiento es precisamente uno de los valores que permite medirlo? A nuestro exégeta ni siquiera se le pasa por la cabeza si eso que dicen los textos citados es coherente, si tiene algún otro sentido o simplemente si eso fue así. Para la exégesis literalista no existen géneros literarios, relatos pedagógicos, comprensiones teológicas de la época que sirvan de contexto al relato bíblico: ¡Es así porque así lo dice literalmente la Biblia! ¡Hablar donde la Biblia habla!

III. BIBLIA Y HERMENÉUTICA

Independientemente del concepto que tengamos de la "inspiración" de la Escritura, creemos que Dios, como afirma el autor de la

carta a los Hebreos, ha hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres [antepasados] por los profetas y, en estos últimos días, nos ha hablado por medio del Hijo (Jesucristo). Esta afirmación del autor bíblico es una simple profesión de fe que podemos asumir como creyentes. Pero esta afirmación no puede implicar que toda la Biblia, palabra por palabra, sea "inerrante". Una lectura crítica de los libros de la Biblia desmiente tal "inerrancia". La historia de cómo se formó el canon, tanto de las Escrituras hebreas como de las Escrituras cristianas, cuestionan dicha "inerrancia". Este concepto se construye a partir de silogismos y sofismas. Aun cuando aceptemos que la Biblia es la "Palabra de Dios", no obstante, está escrita por hombres de una época concreta, de una cultura particular y de una región geográfica específica. Estos autores escribieron desde la percepción, la cultura, los conocimientos y los conceptos de sus coetáneos, es decir, desde una cosmología y una cosmogonía precientíficas. La Biblia nos informa de una verdad religiosa y salvífica, no de una "inerrancia" científica o histórica. ¿Cómo puede ser toda la Biblia "inerrante" desde el punto de vista del concepto moderno de "verdad" e "historicidad"? ¿Qué hemos aprendido de la experiencia del caso Galileo? ¿Acaso no condenó a este científico el dogma de la Biblia "infalible" e "inerrante", según el cual la Tierra era el centro del universo, inmóvil, alrededor de la cual giraban el Sol y todos los astros? A Galileo Galilei no se le juzgó y condenó por la interpretación particular que hacían de la Biblia unos teólogos, sino por el concepto cosmológico que tenía la Teología, la Ciencia y la Filosofía de la época, que coincidía con todas las declaraciones que la Biblia hacía –y hace– al respecto.

Cosmológicamente hablando, las afirmaciones y referencias bíblicas son falibles y erróneas. El conocimiento científico que hoy tenemos del

universo desmiente los conceptos de la cosmología bíblica: la Tierra no es plana, no está quieta, no es el centro del universo, no gira el Sol alrededor de ella. Cosmogónicamente hablando, los relatos de los orígenes del Génesis no son ajenos al lenguaje mítico (el autor desmistifica los mitos de su entorno con otro mito). "Arriba" no existe ningún cielo donde esté Dios acogiendo las "almas salvadas" (Paraíso), ni "abajo" existe un "lago de azufre" donde se retuercen en agonía perpetua las "almas condenadas" (Seol). Estas figuras son prestaciones de las religiones místicas persa, egipcia... y se corresponden con el lenguaje mítico del cual los autores de la Biblia no eran ajenos. (Ver "El mundo simbólico de la Biblia", en: <https://revistarenovacion.files.wordpress.com/2019/05/cosmogoniabiblia.pdf>).

¿Qué hemos de entender entonces por "inspiración"? Cualquier cosa menos una "comunicación" verbal, palabra por palabra. El literalismo no tiene ninguna consistencia, aunque para algunos exégetas les sea imprescindible para poder afirmar: ¡Así dice Dios!

IV. BIBLIA Y EXÉGESIS

La exégesis literalista, en la que se empeñan las idcMR, se pierde en un callejón sin salida. Se obstinan inútilmente en la semántica del texto al margen del contexto socio-cultural (¡hermenéutica!). Algunos exégetas de las *Iglesias de Cristo* no dudan en exhibir el análisis gramatical de una oración del texto griego para confirmar una proposición particular. El análisis gramatical, por ejemplo, que conmina a que sea el hombre, y no la mujer, quien dirija la oración pública en la asamblea, porque el texto dice explícita y textualmente: "quiero, pues, que los hombres [andras=varones] oren en todo lugar..." (1Tim 2:8 -VRV60). Y así un largo etcétera. Obviamente, toda exégesis bíblica, en

principio, no puede abstraerse de este tipo de análisis, pero cuando dicha exégesis se hace subestimando el más elemental principio hermenéutico, el resultado puede ser una proposición anacrónica y obsoleta, como ocurre con el tema de la mujer en las *Iglesias de Cristo*. El análisis gramatical en la exégesis bíblica es válida e imprescindible, pero, como las llaves, con la misma no puedes abrir todas las cerraduras. Cada cerradura (proposición bíblica) necesita su propia llave (hermenéutica) por muy complicada y laboriosa que sea esta tarea. Evocamos de nuevo el texto de 1Cor 11:2-15, donde, desde ese análisis literal, la mujer debería cubrirse con un velo (ver: <https://revistarenovacion.files.wordpress.com/2014/01/senal-de-autoridad.pdf>).

V. LO QUE DEBERÍAMOS QUERER DECIR

Independientemente del contexto en que surge nuestro eslogan, lo que deberíamos querer decir con el mismo, pero no sabemos (o no queremos) decirlo, es lo siguiente.

Deberíamos querer decir que aceptamos solo la Biblia como autoridad última en cuestiones de fe y prácticas religiosas. Si fuera esto lo que queremos decir, el eslogan no es una originalidad de los padres del MR. Este concepto ya fue el estandarte de todos los reformadores, empezando por Prisciliano, obispo de Ávila (España s. IV), que apelaba a la Escritura para volver al cristianismo primitivo. Y continuando con los protagonistas de la Reforma del siglo XVI: Zuinglio en Zúrich, Calvino en Ginebra, Knox en Escocia, Lutero en Alemania... Lutero apeló a la Biblia en su defensa en la Dieta de Worms (Alemania, 1521) ante la presencia de Carlos V, quien la presidió. Lutero dijo que no abjuraría de sus 95 tesis "a menos que no esté convencido mediante el testimonio de las Escrituras". Y, como contrapunto a la autoridad del Papa y de los

Concilios, decretó la autoridad única de la Biblia (*Sola Scriptura*).

Fue también la Biblia la base de los movimientos cristianos disidentes de estas Iglesias históricas, que no encontraban en ellas sus exigencias espirituales. Así surgieron los Metodistas, los Anabaptistas, etc. Salvo los "Mormones" y los "Adventistas del Séptimo Día", que tienen además de la Biblia el "Libro de Mormón" y los "Escritos de la Sra. Elena G. de White", respectivamente, todos los movimientos y sectas cristianos dicen fundamentarse en la Biblia. No obstante, a los padres del MR les pareció insuficiente que usaran la Biblia como guía de su fe si junto a ella apelaban a sus tradiciones o estatutos anexos.

VI. CONCLUSIÓN

En cualquier caso, a dos siglos de distancia en el tiempo, decir hoy que nosotros "*hablamos donde la Biblia habla y llamamos donde la Biblia llama*" es todo un esperpento porque nuestras enseñanzas se fundamentan en la Biblia "según la entendieron los padres del MR". Así que, igual que todas las denominaciones cristianas, seguimos la Biblia y la tradición que los padres del MR nos legaron. Y, ahora, el MR en España ¡sus propios estatutos también!

Tal es así, que cuestionar los principios o las enseñanzas del MR se considera inapropiado, y llegar a conclusiones diferentes es apartarse de la "verdad", o sea, una herejía. Esta es la perspectiva teológica que los "grandes líderes" tienen como responsabilidad guardar (¿porque en ello le va la nómina?). Y con dicha perspectiva amordazan a cualquiera que piense distinto, porque es inasumible cualquier revisión que ponga en duda la irrevocable verdad a la que llegaron los padres del MR. Es decir, hoy, los vigilantes de la ortodoxia tienen por misión guardar los valores "tradicionales" del *Movimiento de Restauración*. Esta dinámica

irresoluble abre las puertas del sectarismo como en cualquiera otra denominación en la que es imposible la autocrítica y la dialéctica filosófica. El hecho de que algunos hayamos tenido que "ir por lo libre", después de dimitir de nuestro ministerio en el seno de una iglesia local, es una señal inequívoca de que nos hallamos en una organización religiosa de pensamiento único donde la discrepancia y la pluralidad es puesta en cuarentena indefinida.

El eslogan "*hablar donde la Biblia habla y callar donde la Biblia llama*" requiere de una profunda revisión. Con algunos tópicos ya hemos comenzado (los instrumentos de música - ver <https://revistarenovacion.files.wordpress.com/2014/01/instrumentos.pdf>).

Para una visión teológica más amplia de las *idcMR*, ver "12 tópicos de las Iglesias de Cristo revisados" en: <https://revistarenovacion.files.wordpress.com/2021/09/12topicosrevisados-1.pdf>

FIN

